
colección "el espejo"

MANUEL MUJICA LAINEZ

LOS CISNES

EDITORIAL SUDAMERICANA

BUENOS AIRES

A los poetas

Luis Antonio de Villena,

en Madrid,

y

Oscar Monesterolo,

en la Córdoba argentina.

"I have looked upon those brilliant creatures.
And now my heart is sore.
All's changed since I hearing at twilight.
The first time on this shore,
The bell-beat of their wings above my head,
Trode with a lighter tread."

WILLIAM BUTLER YEATS

The Wild Swans at Coole.

ÍNDICE

- I. El Palacio de los Cisnes 9
- II. Opiniones 16
- III. Homenaje a Eurípides 25
- IV. Pintura Bíblica 34
- V. Los traidores 44
- VI. El diván del guardamuebles 54
- VII. Homenajes a Leontina 62
- VIII. Conversión de Teté Morgana 69
- IX. Bodas, etc. 77
- X. La muerte del Cisne 87

I

EL PALACIO DE LOS CISNES

Hacía varios años que el viejo poeta distraía su soledad compilando una minuciosa e interminable "Antología del Cisne". Para ella, había conseguido reunir toda suerte de textos dispares, de Platón a Wordsworth, de Horacio a Lope de Vega y Mallarme, de Pitágoras, Aristóteles, Calimaco, Esquilo, Eurípides, Propercio y Virgilio a Shakespeare, Spenser, Shelley, Keats, Matthew Arnold. Y por supuesto Ovidio y Buffon. Y por supuesto Darío. Y Lugones. Y Yeats y Milosz y tantos más. Hijo de un profesor de latín y de griego, profesor él mismo, jubilado, de francés y de inglés, poseía varios idiomas, y su placer consistía en lograr traducciones lo más fieles posible. Juzgaba a esa actitud una disciplina saludable para los nervios, la única capaz, en su caso, de obligarlo a trabajar y a concentrarse, porque, de lo contrario, su espíritu vagabundo de buscador de imágenes y de suscitador de sutiles músicas, andaba siempre recogiendo e inventando armonías, o tratando de descubrir eso, ese símbolo, esa alusión, que se esconde detrás de las cosas, que es otra forma y proyección de las cosas, y que tanto preocupa, irresistiblemente, a los poetas.

En el momento en que comienza este relato, se dedicaba a dar el toque final a su versión de las estrofas consagradas al cisne por Sully Prudhomme, que había empezado a interpretar días antes. Sólo así conseguía sosegar la angustia causada por lo ocurrido esa tarde. Porque esa tarde, al crepúsculo, cuando el caserón parecía pronto a adormecerse, pese a las estridencias vitales que provenían de las calles próximas, había sucedido algo terrible.

Aníbal Charlemagne, que tal era el nombre, demasiado heroico, demasiado imperial, del poeta, había regresado hacía una hora de la vecina Biblioteca de Maestros del Consejo Nacional de Educación, donde solía pasar parte del día. Se despojó de la raída capa gris, que usaba durante casi todo el año; se quitó la boina, contemporánea de esa prenda y, sentado a su mesa, que abarrotaban los diccionarios y los manuscritos, había abierto el cuaderno en la página borroneada con los versos de Sully Prudhomme. Releyó las líneas iniciales en voz alta, marcando con la diestra la cadencia de los alejandrinos, al compás del invencible castañeteo de su falsa dentadura:

"Sin ruido, en el espejo de hondos y calmos lagos,

el cisne impulsa la ola, y con sus largos remos

se desliza. En sus flancos, su plumón se asemeja

a las nieves de abril, que hace ceder el sol..."

Interrumpió la declamación, para rever las notas que horas atrás recogiera en la Biblioteca, de un volumen ilustrado muy hermoso, "Maravillas y Misterios del Mundo Animal". Lo intrigaba un dato encontrado allí, el cual afirma que según el Dr. Daniel Elliott, ornitólogo norteamericano, el mito del "canto del cisne" no es tal mito, pues el propio doctor aseguraba haberlo oído, a un kilómetro de distancia, proveniente de un cisne al que él (antiornitológicamente) había disparado su arma de cazador. Eso contradecía cuanto escribieron numerosos hombres de ciencia, que tachan de leyenda y de ficción literaria a dicho canto, al cual, como se sabe, difundieron no pocos autores

antiguos, entre ellos Platón, en su relato de la muerte de Sócrates. Y fue precisamente en ese momento cuando aconteció lo terrible. Fue precisamente entonces cuando estremeció al arcaico edificio un largo grito extraño, que parecía brotar de sus vísceras y que de allí ascendió hasta la habitación de Charlemagne, ubicada en las alturas del que sus moradores denominaban, en broma, "Palacio de los Cisnes".

El viejo poeta se precipitó fuera de su cuarto. Salió al mismo tiempo que Leontina, la prostituta que ocupaba la otra pequeña buhardilla, en el extremo opuesto de la azotea. Estaba ella a medio vestir, y la seguía un hombracho maduro, congestionado. Hicieron Aníbal y ellos un discreto saludito, ya que el despeine y desbroche de Leontina y de su compañero no motivaban mayores ceremonias, y juntos se asomaron a la balastrada que circuía el techo en el costado, y sondearon el vacío hacia el distante y minúsculo jardín interno, de secas y polvorientas plantas, de donde supusieron que procedía la desgarrada voz. No eran los únicos convocados por la inexplicable mezcla de alarido, gemido y canto sollozante, que por escasos segundos vibró en la casa. En los pisos inferiores, desde las galerías y las abiertas ventanas, otras cabezas se inclinaban hacia las sombras del jardín, mientras que se escuchaba un rumor creciente de palabras, de comentarios, de exclamaciones, que al subir al sitio del cual atisbaban Charlemagne, Leontina y el purpúreo cliente, iba cargándose de ecos y complicándose con resonancias incorporadas en el camino.

El grito misterioso, en el que la obsesión de Aníbal Charlemagne, por descontado, creyó reconocer el reclamo de un cisne moribundo, no se repitió. En cambio, cuando las cabezas curiosas no se habían retirado aún de los puestos de acecho, surgió, en medio del patio-jardín, el escultor Miguel González, que tenía su taller en la planta baja, y a su vez, levantando el rostro descompuesto y barbudo, como un actor, hacia los espectadores invisibles de los antepechos, los balcones y las claraboyas, y abriendo los brazos con amplio ademán, sollozó:

--i Ha muerto! i Damián ha muerto! i La estatua se le cayó encima y ha muerto!

Entonces, desde los tres pisos, los moradores del Palacio de los Cisnes se lanzaron escaleras abajo, rumbo al jardincillo. Comunicaba éste con el resto de la casa por una enjuta, oscilante gradería metálica, de caracol, que había sido aplicada contra el corredor descubierto del primer piso, no bien los fabricantes de marcos alquilaron lo que antaño fue entrada de coches, la cual había dado paso al jardín desde la calle, y quedó cerrada para siempre. Como dicha escalera era muy angosta, y sólo se podía utilizar su tirabuzón en fila india, agolpáronse los inquilinos en su acceso, y Charlemagne vio reunida por primera vez a la unanimidad de quienes se distribuían en la casona. Ni siquiera faltaron los fabricantes de marcos, vendedores de oleografías espantosas, quienes despreciaban a los demás locatarios, artistas en su mayor parte, que poco o nada vendían de sus respectivas obras, y que no obstante las diferencias de sus inquietudes y de sus costumbres, estaban vinculados (con excepción de Leontina) por la afinidad que resulta de las tentativas del quehacer estético.

Los marqueros eran dos, y constituían un mundo aislado, dentro de la casa de la calle Paraguay. Vigilaban, desde su negocio dominaría de la entrada, las idas y venidas de los residentes; las llegadas de los nuevos individuos; las reiteradas visitas; las desapariciones. Al no conocerlos personalmente, sino a través de un vago saludo, pues ni siquiera los pintores encargaban sus marcos allí, por caros, habíanse formado una serie de ideas equivocadísimas acerca de los inquilinos que cruzaban el frontero zaguán, y cuando conversaban a media voz, burlones, obscenos, ásperos, en mitad de

la tarea de cortar vidrios y varillas, intercambiaban opiniones caprichosas y despechadas sobre lo que harían los otros, inventando amores truculentos, traiciones, celos y odios ficticios, en los que terminaban por creer, y que conectaban entre sí, estrechamente, a hombres y mujeres que a menudo, en la realidad, se trataban apenas.

¡Cuánta sería la gravedad del caso, intensificada por las frases desesperadas del escultor, oídas a través del tabique separatorio, para que también los encuadradores, los primos Morales, abandonasen su faena, en el local denominado "El Cisne Azul", por el que había pintado en el zaguán y que ellos colorinchearon y barnizaron con tosca intensidad! Treparon velozmente escaleras arriba, haciendo cimbrar el pasamano que se enriquecía, en su comienzo, con la efigie de bronce de un cisne descabezado, y en cuyo cielo raso volaba una bandada de blancos y descascarados cisnes, que habían perdido las tonalidades del óleo, al revés del azul, hasta transformarse en espectros aéreos, flotantes en la neblina. Esos cisnes, y los que sucesivas promociones de pintores huéspedes, más o menos experimentados, añadieron en las galerías ventosas y en los baños repulsivos--cisnes blancos, negros, rojos, grises, amarillos, verdes--, son los que le ganaron al caserón su mote palaciego. Fueron ellos también quienes le sugirieron a Charlemagne, al mudarse allí, la ocurrencia de componer una antología tan pasada de moda como la decoración que la inspiró. Cisnes y cisnes. Los había doquier, en la casa cercana de la Plaza Rodríguez Peña, la casa de los artistas, la casa que su último propietario, nieto del que la construyó y pobló de aves de largo cuello, trató en vano de recuperar para demolerla, desalojando a los inquilinos innúmeros que se habían apoderado de sus salas, de sus salones, de sus desvanes y de cuanto recoveco contenía, hasta que abandonó la empresa, y dejó que el portero español se entendiese con el detestado enjambre de bohemios intrusos. Cisnes y cisnes. Entre ellos ascendían los marqueros Morales, que jamás entraban en el corazón del Palacio, y que ahora saltaban de dos en dos los escalones de mármol carcomido, pisándole los talones al portero, para sumarse al grupo que, como lentas hormigas, iba metiéndose en la férrea espiral temblorosa que conducía al jardín.

Entre tanto, Leontina había considerado oportuno ponerse un kimono japonés, de factura criolla e insultantes crisantemos, y hacer que su cliente se esfumase. Aunque nadie ignoraba la profesión que ejercía, y el portero Ramón lo aceptaba, probablemente a causa de un ventajoso acuerdo económico, las habilidades tradicionales con las que pagaba su merecido sustento no tenían un carácter oficial, y ante el resto, convencionalmente, pasaba por pintora. Lo era, en sus ratos libres, y para más, pintora ingenua, en especial de asuntos bíblicos. Agreguemos, completando su rápido retrato, que excedía la cincuentena; comenzaban a aflojarsele las carnes, sin que perdiera volumen y redondeces y hasta acrecentándolos; su pelo se había familiarizado con los matices más opuestos, y en la actualidad participaba de varios simultáneamente; su cara, que había sido hermosa, tendía a la caricatura, por el exceso de grasa y de maquillaje; y sus ojazos celestes, de muñeco, trasuntaban una bondad hermana de la inocencia.

Cuando le llegó el turno, Aníbal emprendió el descenso del temible caracol, tan atribulado como los clásicos famosos que, para narrarlo en verso posteriormente, bajaban a los Infiernos. Así como los fabricantes de marcos nunca se habían encaramado, hasta entonces, a las esferas del Arte, no se había descolgado Charlemagne, hasta ese día fatal, con el patio-jardín por meta. El patio-jardín y el vecino taller de González eran, si bien se mira, prácticamente inaccesibles, pues hubiera bastado con clausurar la escalerilla, en su mitad, para cerrar el exclusivo paso

que conducía a esas oscuras profundidades. Sabíase, eso sí (porque en el Palacio de los Cisnes nada permanecía totalmente oculto), que quienes utilizaban en mayor número la escalerilla mencionada, en dirección al estudio del escultor, eran muchachos, y si en algunas oportunidades no se los veía, porque se escabullían en la penumbra y recorrían la espiral de hierro con agilidad de bailarines, pronto sus risas, sus guitarras y sus canciones delataban su presencia, y convertían al yerto jardín en una pajarera alegre. Pero ahora reinaba allí el silencio absoluto. Miguel González había vuelto a su indistinguible taller como a una cueva, y Aníbal giraba, peldaño a peldaño, entre Leontina y Teté Morgana, el director de teatro experimental. En la planta baja, encontraron los ventanales del estudio que, cerrados, ninguna luz recibían. Metieronse en la habitación amplísima, probable resultado de la eliminación de las paredes intermedias de varios antiguos cuartos de servicio y, en el primer instante, la aglomeración de quienes los precedieran y la escasez de iluminación no les permitió percatarse de la causa del alboroto. Por fin, los quejidos de González los guiaron hasta el sitio, a la izquierda, donde se desarrollaba el espectáculo que les heló la sangre.

Había ahí un claro, pues la gente no osaba acercarse, y formaba un círculo de cuya negrura emergía, aquí y allá, el blancor de las estatuas, y en el centro de ese círculo estaba el artista, de hinojos, mesándose el largo pelo y la barba entrecana y repitiendo, con hipos de llanto:

-- ¡Ha muerto! ¡Damián ha muerto!

A su lado, desnudo, yacía el que él llamaba Damián. Apenas se distinguía la mitad inferior de su cuerpo esbelto, contorsionado e inmóvil, porque la cara y el torso desaparecían bajo la masa de una alta escultura de piedra y del trípode que la había sustentado. El viejo poeta logró aproximarse algo más, y advirtió una amplia mancha roja sobre el pecho juvenil.

Advirtió, además, que la escultura caída, bastante adelantada ya, representaba a un cisne abrazado a Leda, pero en breve comprobó que González había modificado a la mitología de acuerdo con su gusto, y que el cuerpo que envolvían las anchas alas y la boca que besaba el pico del ave, no eran los de la consabida amada de Zeus, sino los del desventurado tendido en el suelo. No le alcanzó el tiempo para recoger más detalles; el corazón le latía demasiado aceleradamente, y entre los que rodeaban al modelo exánime, se produjo un remolino, al destacarse el portero Ramón y decir, con razonable gobierno, que era menester llamar de inmediato a la policía.

El entero caserón no disponía de más de dos teléfonos: uno, en el taller de las señoritas elegantes, y el otro, en el de las señoritas pobretonas. Ambos fueron ofrecidos simultáneamente, y el andaluz, con buen criterio higiénico, optó por el de las primeras. Antes de alejarse ordenó, usando la autoridad indiscutible del capitán de un barco que zozobra, que aquellos que no estaban en la habitación cuando se produjo el accidente, la abandonasen en seguida, y que se limitaran a permanecer en ella los que lo habían presenciado. Ante la noticia del próximo arribo policial, el despejo se realizó con mucha más velocidad que el hacinamiento que lo antecediera.

Las hormigas se mudaron en liebres y se arrojaron sobre la escalera de caracol que, sacudida, enloquecida, estuvo a punto de desprenderse de los sostenes que la fijaban. Algunos, antes de partir del estudio, palmearon a Miguel y le susurraron unas

incoherentes frases de consuelo. Entre los últimos en salir, hallábanse Aníbal Charlemagne, Leontina y el director Teté Morgana. Los tres observaron que, fuera de ellos que en cuanto fuese posible lo dejarían, sólo quedaban en el taller el desconsolado González, que continuaba de rodillas al lado del muerto, y un muchacho, de pie en la lobrete de un rincón, que dio entonces dos pasos hacia Miguel y hacia la media luz, y que mostró ser moreno, delgado, y poseer unos rasgados ojos verdes, que brillaban en un rostro de insólita impavidez. Ninguno de ellos recordaba haberlo visto antes, pues, por supuesto, lo comentaron mientras subían la escalera, deseosos de meterse en sus respectivos cuartos.

Eso era lo terrible que había sucedido aquella tarde. La policía se había presentado; se había llevado el cuerpo; se había llevado al escultor y al de los ojos verdes. Los vecinos fueron interrogados, uno a uno, y las respuestas fueron unánimes: habían oído unos gritos agudos; inmediatamente, y luego de atestiguar la desesperación de González, habían acudido en tropel al taller de éste, donde asistieron al trágico espectáculo descrito ya. La declaración de Aníbal introdujo una pequeña variante; al tratar de definir los gritos de Damián, añadió: "Como el canto de un cisne", lo cual motivó que el escribiente frunciese el ceño, asombrado.

Transcurrieron las horas, y la casa se fue vaciando de sus pobladores. Charlemagne, por un privilegio especial, era el único que dormía allí. Es cierto que algunos, trampeando, lo hacían de vez en vez, a ocultas del portero, pero lo corriente era que, como esa noche, a las doce o una los habitantes del Palacio de los Cisnes se redujesen a Ramón, cuya pieza se disimulaba bajo la escalinata del cisne descabezado, y Aníbal, que usufructuaba el mencionado desván en la azotea y un baño adyacente, que no podía ser más precario y que no disponía más que de agua fría.

Charlemagne, sentado a su mesa, tornó al manuscrito de Sully Prudhomme. No lograba, sin embargo, concentrarse en los retoques. La imagen del bello cuerpo retorcido, y la suposición de lo que había sido imposible ver, o sea de la cabeza destrozada bajo el pétreo cisne, lo perseguían. Por la ventana frontera, comprobó que la habitación de Leontina estaba iluminada aún. Era raro que ella recibiese clientes de noche y, pensó Aníbal, menos que se atreviese a hacerlo en una noche tan saturada de memorias dramáticas. El viejo poeta sintió, repentina, la inquietud de la soledad y la necesidad de conversar con alguien. Pese a que la primavera se insinuaba en la tibieza del aire, arrebujo sus setenta y cuatro años en la capa gris y cubrió su calvicie con el capucho que a su espalda pendía. Arrancó del cuaderno la página que contenía los versos; la dobló y la deslizó en su bolsillo; luego cruzó la terraza, apoyándose en el grueso bastón, y llamó a la puerta de su amiga, la prostituta. Cuando acudió a abrirle, comprobó que nadie la acompañaba y que estaba llorando. La abrazó calladamente, y juntos entraron en la habitación. Era ésta muy extraña. Por lógica, ocupaban el espacio principal una inmensa cama, de bronce, sobre cuyas almohadas dormía un gato blanco, y un lavatorio de espejo, con jarra, palangana, jabonera y una Biblia. Pero lo fantástico procedía de las pinturas, obra de Leontina, que tapizaban los muros, sin marcos, y que reproducían episodios tan aleccionadores y célebres como el ingreso de los animales, por parejas, en el Arca; el de Judit, degollando a Holofernes; el de Sansón, derribando las columnas del templo; el de Salomón, a punto de hacer dividir en dos al disputado niño; el de Caín, perseguido por el divino Ojo (adentro de un triángulo); el de Josué, haciendo detener a un sol con cara de bebe robusto; el del Mar Rojo (rojo como el "rouge" que Leontina usaba para los labios), partiéndose cortésmente, para dar paso a las huestes de Moisés; y muchos etcéteras; todo ello dibujado con penoso ahínco, y policromado con primario estrépito, pero no desprovisto

de un hechizo que fluía, quizás, de su elemental candor; y archiconocido por Charlemagne quien, empero, cada vez que volvía a contemplarlo, se admiraba de que los parroquianos de los favores de Leontina pudiesen cumplir las gimnasias que los llevaban allí, rodeados de esas escenas trágicas y santas, harto opuestas a los cromos estimuladamente eróticos que hubieran sido más previsibles. Sin embargo, según le había explicado Leontina al poeta, dichas pinturas operaban con benéfico fruto sobre cierto tipo de clientes, que eran quienes regresaban y prefería conservar, y hasta algunos se habían interesado por ellas y le habían comprado varias, tanto que a la decapitación de Holofernes, que probablemente atraía a los sádicos, tuvo que repetirla en cinco óleos iguales.

La mujer secó sus lágrimas con la manga del kimono y, de acuerdo con la añosa costumbre que Charlemagne y ella compartían, se dedicó a cebarle unos mates. A poco, entablaron una conversación afectuosa, y Leontina trató de recuperar el sosiego. El suceso atroz del taller de González la había impresionado tremendamente. En el curso de su existencia, había visto sin inmutarse, en esa misma casa y en otras donde trabajó, docenas y docenas de cuerpos masculinos, despojados hasta de la más íntima ropa, pero en tal forma la había conmovido el que yacía, curvado por las últimas convulsiones, bajo la volcada estatua de Miguel, que fue como si por primera vez, anulando las incontables experiencias previas, se enfrentase con la realidad de un hombre desnudo. Fue--y es lo peregrino que trató de aclararle a Aníbal, gimoteando-- como si entonces, y por obra de un joven muerto sin rostro, hubiese perdido una segunda virginidad, más honda y dolorosa que la previa.

-- ¡Y ese cisne!--murmuraba--, ¡ese cisne horrible!

Se había sentado en el suelo, sobre la alfombra rota, y había apoyado la cabeza en las rodillas huesudas del poeta quien, de tanto en tanto, le acariciaba el pelo multicolor. Sus grandes ojos celestes, realizados por el tinte de las ojeras violáceas, buscaban, al notar que los dedos del anciano alisaban su cabellera, los ojillos negros, pequeños y hundidos, de Charlemagne, cuyo dibujo singular, sumado a lo totalmente mondo de su cráneo y de sus angulosas, rasuradas y amarillentas mejillas, le confería el aspecto inusitado de un monje, de un bonzo.

Para entretener a Leontina y para olvidarse de la aflicción que lo sobrecogía, el viejo optó por hablarle de otros cisnes, como si con ello pretendiese borrar la figura del que se había abatido, duras las alas y el pico ávido, abrazado a un cuerpo de piedra, sobre el indefenso Damián. Le contó que los cisnes sobresalen entre los animales más fieles, y que cuando muere uno, el otro, durante varias estaciones, arma su nido, aguardando el retorno del compañero, hasta que él muere también. Muere de amor y de soledad. Eso contribuyó a serenar un tanto a Leontina, que era esencialmente romántica. La alusión a la lealtad amorosa, deslumbraba como un ideal supremo a su servidumbre de mujer de muchos, de todos. Por lo demás, ya habían departido, en diversas ocasiones, sobre el tema que se había apoderado del espíritu de Charlemagne, desde que éste concibió su "Antología del Cisne". A tal grado alcanzó la posesión experimentada por el poeta, que éste le había confesado que las escasas oportunidades en que salía de noche, al volver al Palacio y ascender la escalinata, iluminada pobrísimamente, bajo el pintado y agrietado vuelo de los cisnes blancos, creyó percibir un aleteo, que lo siguió a lo largo de los desiertos corredores y de la segunda escalera, y que lo acompañó a la entrada de su cuarto, con un batir de plumas tan inmediato e intenso, que aún sintió que lo rozaban levemente en la oscuridad, hasta que, ya en la azotea, la bandada se elevó en el aire y se alejó, desapareciendo, pues el rumor de alas se hizo más y más

tenue y se apagó por fin. Sin duda esos prodigios literarios tenían, asimismo, la virtud de emocionar a Leontina y de arrebatarla de su mundo de sexualidad comercial y triste a una esfera en la que eran posibles las transmutaciones mágicas, y en la que el viejo bonzo desempeñaba el papel de un prestidigitador lírico, pero esta noche, la conmoción sufrida en el taller de Miguel González había sido demasiado perturbadora para que Aníbal la eliminase fácilmente.--¡El cisne!--porfiaba--, ¡el cisne de piedra,

horrible!

El gato blanco saltó de la cama y se frotó, ronroneando, contra sus piernas. Lo alzó Leontina y lo apretó, como a un niño, entre sus pechos abundantes, que a medias descubrían la indiscreción del kimono. Lloraba de nuevo. Entonces el poeta sacó del bolsillo los versos de Sully Prudhomme y, en voz baja, marcando, según su hábito, el ritmo de los catorce pies, leyó:

"Sin ruido, en el espejo de hondos y calmos lagos,

el cisne impulsa la ola, y con sus largos remos

se desliza. En sus flancos, su plumón se asemeja

a las nieves de abril, que hace ceder el sol;

pero firme y de un blanco que brilla bajo el céfiro,

su gran ala lo arrastra como a un lento navío.

Alza su hermoso cuello sobre el cañaveral,

lo hunde, lo pasea, y estirado en el agua,

lo curva con donaire, como un perfil de acanto,

y oculta en su garganta brillante el negro pico.

A veces, junto a pinos que albergan paz y sombra,

serpentea, y dejando que los herbajes densos

se arrastren en pos de él como una cabellera,

avanza, con andar desmayado y tardío.

La gruta, en la cual oye su sentir el poeta

y la fuente que llora una ausencia infinita,

*le placen: vaga allí y una hoja de sauce
al caerse le roza los hombros en silencio.
A veces, a alta mar, lejos del bosque oscuro
se llega y, timoneando, soberbio, en el azur,
elige, al celebrar su blancura que admira,
el sitio deslumbrante donde el sol se refleja.
Luego, cuando la costa del agua no distingue,
a la hora en que todo forma un confuso espectro,
cuando ya no se mueven ni un junco ni un gladiolo,
y hacen ruido las ranas en el sereno bosque
y en el claro de luna la luciérnaga luce:
en el lago sombrío, que bajo ella copia
una espléndida noche lacteada y violeta,
el ave, como un vaso de plata entre diamantes,
la cabeza en el ala, se duerme entre dos cielos"*

A medida que adelantaba la lectura, se producía en las facciones de Leontina una suave transfiguración. Ya no veía al monstruo de piedra, cruel, destructor, tumbado sobre el cuerpo del muchacho y aplastándolo, sino al otro, al luminoso descrito por el poeta, que bogaba como un lento navío en el claro de luna. El asesino sofocante se había mudado, por gracia de un artista, en uno de los príncipes encantados del cuento de Andersen, que Charlemagne le había referido alguna vez y que, como el de Sully Prudhomme, nadaban plácidamente, pero llevando livianas coronas de oro.

En torno, los personajes pintarrajeados--Noé, Salomón, Josué, Holofernes, Caín, Sansón, Adán y Eva, los ángeles de Sodoma-- aparentaban haberse detenido en medio de sus arduas tareas (entenderse con el sol; contar animales; perder la testa; escapar de un Ojo; enfrentar--los ángeles-- a ansiosos violadores), para escuchar la reseña portentosa del cisne parnasiano, cuya serenidad contradecía sus violencias y furias. Un silencio casi audible sucedió al último alejandrino y a la visión del cisne dormido en el agua. Lo quebró el poeta para revelar un detalle que había reservado hasta el final, como remate de su labor apaciguadora, y era que en el diccionario de la Real Academia Española se topaba con la estupenda referencia de que en la jerga de germanía, el lenguaje de los rufianes españoles, "cisne" era uno de los vocablos que

éstos usaron (o usan) para designar a las mujeres que ejercían el mismo comercio sensual de su amiga y copartícipe de la azotea.

--De modo--sonrió-- que tú eres un cisne.

--¿Un cisne?

Leontina dilató los ojos desconcertados; depositó al gato en el piso, con ternura maternal, se paró, se desperezó, se quitó el kimono y quedó desnuda, flácida y voluminosa, delante del septuagenario, que se rascaba la cabeza, similarmente desnuda. Después se vistió, porque debía apresurarse y tomar el colectivo que la conduciría a su casa. Besó a Aníbal, le agradeció los versos que tanto bien le hicieran, y atravesó el gran Palacio vacío, sin miedo ya de tropezar con el fantasma que la mataría con sus aletazos feroces, porque ella también era un cisne. Y Aníbal Charlemagne retornó a su pieza, seguido por el gato Jazmín, que pasaba el día en lo de Leontina, y asistía con indiferencia filosófica a los espectáculos cambiantes y a la larga repetidos que organiza la inmemorial Lujuria, y que se ofrecían cotidianamente allí, pero que dormía sobre el lecho casto del poeta, acurrucado a sus pies.

II

OPINIONES

Sólo tres días faltó Miguel González del Palacio de los Cisnes. Al cabo de ellos, los primos Morales, desde su posición de espías, se codearon al observar su retorno. Lo escoltaba el de los ojos verdes. Pasó el escultor, ensimismado, respondiendo apenas al saludo de los marqueros. Éstos murmuraron que "le habían caído veinte años encima". Y, en realidad, daba la impresión, por el agobio de los hombros, de llevar un gran peso, lo que contrastaba con su porte habitual, orgulloso, erguido. Era un hombre aristocrático, alto, descarnado y, más allá de la cincuenta, conservaba las huellas de un físico espléndido. Una larga, curiosa cicatriz, le marcaba la mejilla izquierda., hasta rozarle la barba que las canas invadían. Tenía, sin duda, algo de fauno, pero también tenía mucho de señor, en las maneras; en el uso espontáneo de cierta cortesía anticuada;

en el modo de levantar una ceja, de repente, como obedeciendo a un tic que era asimismo el reflejo de su actitud frente a la vida. Entró, pues, en la casa, y con su acompañante se esfumó en la rotación de la escalerilla, rumbo al taller.

Poco más tarde, pese a que los fabricantes de marcos habían sido los únicos testigos de su regreso, la noticia de que había vuelto Miguel cundió en el Palacio. Es difícil, si no imposible, conjeturar cómo se produjo ese conocimiento. ¿Poseería el caserón el don misterioso de difundir las informaciones concernientes a sus habitantes, por medio de una telegrafía secreta y silenciosa, que emanaba de sus muros? ¿Serían los cisnes, los múltiples cisnes distribuidos en todas partes, los encargados de transmitir esos mensajes oscuros, sin abrir los picos? ¿Estarían ahí con ese objeto, tantos y tantos cisnes? ¿O debemos resignarnos a imaginar que los Morales le comunicaron al portero Ramón, cuando fingía barrer el zaguán, la novedad importante? De ser así ¿habrá correspondido al andaluz, a medida que recorría la escalinata y los corredores, escoba y trazo inútiles en mano, simulando una limpieza simbólica, la mágica tarea de actuar como un emisario mudo de quién sabe qué dioses, qué demonios y qué fuerzas, cuya presencia bastaba para que, a través de las paredes, los moradores de la casa de la calle Paraguay supiesen lo que acontecía, y se enterasen de que González estaba, una vez más, entre ellos? Lo aparentemente imposible, era posible en la intimidad del Palacio. Aníbal Charlemagne sostenía que allí adentro se mudaban las leyes esenciales que rigen al mundo.

Lo cierto es, repetimos, que muy pronto se supo el reintegro del escultor al ámbito de la casa. De un extremo al otro del edificio, quienes lo ocupaban, avisados de su reaparición, aguzaron los oídos, tratando de captar el acostumbrado ruido de los golpes contra el mármol y la piedra, que solían delatar la presencia del artista, y nada escucharon. Sin embargo, sentían que estaba ahí. Y en cada taller, en cada estudio, en cada cuarto, crecieron las versiones, acerca de qué habría sucedido, de suerte que si alguien, un extraño, hubiese entrado entonces en la casa, hubiera podido captar un rumor, un runrún, que cundía de una habitación a la próxima, algo semejante al zumbido de una colmena, pero también similar al susurro de muchos lejanos cisnes que, prontos al vuelo, aleteasen suavemente. Y las opiniones divergían, según quienes las expresaban, ya que se reducían a meros cálculos y sospechas.

Por una vez, los Morales, en general equivocados, se aproximaron, en su suponer, a la verdad.

--Seguro--dijo uno de ellos (Lucho)-- que es un tipo de influencias y entiende cómo manejarlas. A cualquiera de nosotros nos hubieran metido allá un par de meses, con el pretexto de las averiguaciones... o años... o no salimos más...

--Mirá--respondió el otro (el Negro)--, éstos siempre se arreglan. Tienen amigos y parientes. Lo que no quita que éste sea un hijo de puta. ¿Viste que casi no nos saludó? ¿Qué se habrá creído? Lo mata al pobre chico y todavía anda dándose aires.

Ramón confirmó esas declaraciones, con el valioso aporte de su omnisciencia palatina:

--Don Miguel es sobrino de Monseñor Anselmo González--apuntó--, quien hace pagar mensualmente, con suma puntualidad, su alquiler. Y además está relacionado, por la familia, con un general, creo, o un almirante. No sé. Con gente de fuste. Mi

abuelo repetía, allá, en Málaga, que lo mejor, para vivir tranquilo, es ser pariente del obispo y llevarse bien con él.

Así pensaban, enjuiciaban y se instruían en la planta inferior de la casa, cuyos residentes coincidían en pertenecer al estrato menos evolucionado de la sociedad. A medida que se ascendía la escalinata y que se ingresaba en los diversos talleres, las apreciaciones modificaban su tono. Por supuesto, la pasión regulaba, en determinados casos, el punto de vista. Por ejemplo, en el de Teté Morgana, director de teatro experimental.

Teté Morgana disponía de una habitación muy amplia, en el primer piso, que a lo que parece fue, a comienzos de la centuria, el escritorio del dueño de casa, un sociólogo o psiquiatra, aunque también se creía que había sido ornitólogo, tal vez (sencillamente) por el exceso avícola en la decoración. Dicho ex escritorio era utilizado por el maduro director para los ensayos de la obra que preparaba ya no se recordaba desde cuándo, pues, en el curso de distintos períodos, la había tomado y la había abandonado, la había retomado y la había tornado a abandonar. Los acontecimientos que referimos eran coetáneos de una época en que los aprestos de la zarandeada obra estaban en plena y entusiasta ejecución. Dados el carácter y la tendencia de Morgana a lo grandioso, y a entender que su talento, para explayarse con la necesaria holgura y majestad, requería el ambiente y el acicate de los supremos clásicos, esa obra era una tragedia: el "Hipólito" de Eurípides. Recluido en su salón con sus adictos, incomprensiblemente fervorosos, repetía y repetía las escenas memorables. Tres jóvenes encargados del papel del inocente Hipólito se habían sucedido, desde que Teté iniciara esta etapa nueva de su antiguo proyecto, y su cambio dependió de las mudanzas producidas en los sentimientos del director, ya que éste pensaba que, para poder transmitirle al actor el fuego de su sensibilidad, se requería que entre ambos existiese un vínculo emotivo de tiernas raíces. Obviamente, había habido otros Hipólitos anteriores, pero éstos naufragaron en la estela de la evolución artístico-impresionable de Teté Morgana. Junto a esas crisis y mutaciones, gran parte del resto de la compañía continuaba inalterado, ofreciendo un ejemplo de fidelidad pasmosa, bajo la ilusión, es cierto, de que la tragedia se representase alguna vez, cosa que no auguraba ningún indicio. Seguían siendo las mismas: Afrodita, Artemisa, la Nodriza, Fedra y las mujeres del coro. Las mujeres no variaban. Variaban, en cambio, Hipólito, Teseo, el Corifeo y los servidores. La situación del conjunto masculino resultaba así tan inestable, como afirmada la del femenino conjunto. En cualquier momento, obedeciendo a un acceso de cólera, a un capricho, a la fatal propensión a la dramática histeria que caracteriza a cierta gente relacionada con el teatro, Hipólito podía eclipsarse y desvanecerse, por razones que sólo los muy amigos--Afrodita y Artemisa--recogerían de los labios plañideros de Teté, y ser reemplazado por un muchachito que hasta entonces no había brindado mayores pruebas de mérito, dentro del grupo de los servidores. Pronto, Morgana lo exaltaba, lo lanzaba; descubría, ante la sorpresa general, las admirables condiciones histriónicas que dormitaban en el alma del mozo, y se ocupaba de infundirle el ardor sacro. Así, hasta el próximo Hipólito. Lo singular es que todo ese mundillo ingresaba en el estudio de Teté, viniendo de sus trabajos respectivos. Había empleados de bancos y de tiendas, de oficinas y de supermercados. Artemisa era auxiliar de un experto en prótesis dentarias. También había estudiantes. Llegaban cansados, deshechos por la jornada monótona y activa, y en lo de Morgana se producía, casi cotidianamente, el milagro: la fatiga idiotizadora se aflojaba, capitulaba, o era substituida por otra, noble consecuencia de lo que se suponía ser una clara vocación, y Teté, pese a su mediocridad y a su inseguridad, que disfrazaban los improperios y los desplantes, lograba, ante los miembros de su abigarrada compañía,

la dignidad de un maestro, de un conductor, del único capaz de conjurar el prosaísmo uniforme de sus vidas y de enaltecerlos líricamente, hasta saturarlos de insólita arrogancia. En ese sentido, cumplía una misión tan arbitraria como benéfica. Claro que cuando llegaba el momento ineludible en que los pseudoactores, por los altibajos de la presentación de una obra tomada y dejada, huérfana de teatro, debían volver a la realidad de sus existencias y a la certidumbre de que su asomarse al escenario del Palacio de los Cisnes no había sido más que un sueño, el desconcierto y la desilusión del despertar producía a veces desequilibrios riesgosos.

Lógicamente, Teté detestaba a Miguel González. Ambos eran más o menos contemporáneos, y se conocían de antigua data, ya que la comunidad de los gustos les había hecho concurrir a los mismos sitios. A Teté lo irritaban el señorío y la reserva de Miguel, y a Miguel lo irritaban la farolería y la fantochada de Teté. Teté vigilaba, escrutaba, valoraba, dejando abierta la puerta de su estudio--frente a la cual desfilaban, indefectiblemente, quienes se dirigían al taller de González--, a los muchachos que frecuentaban al escultor, y éste, al cruzar, no resistía a la tentación de abarcar, con una rápida ojeada, a quienes obedecían a las indicaciones del director, adentro de su sala. No bien Morgana se enteró del regreso de Miguel, hubo una pausa en su eterno ensayo. Es decir que, hasta nueva orden, las mujeres del coro, puestas de hinojos a la redonda, alrededor del Corifeo, prolongaron, invencibles, sus lamentaciones, y se obstinaron en golpear y golpear el piso, con los cerrados puños, levantando nubes de polvo. Entre tanto, Teté Morgana, el último Hipólito, Diana y Venus, cuchicheaban amargamente. Teté estuvo a punto de declarar su parecer de que González había empujado la estatua a propósito, para deshacerse de Damián, pero se mordió la lengua a tiempo.

Recordó que, de haber ocurrido las cosas así, el de los ojos verdes hubiese estado implicado en el crimen, ya que se hallaba presente cuando éste se produjo (si se produjo), y el de los ojos verdes, a quien Teté apenas entreviera, cuando con Leontina y Charlemagne abandonó el taller del artista, había alterado hondamente las fibras íntimas del señor director. Morgana optó, pues, por poner término al recreo y por recuperar las riendas del ensayo. Reproduciendo un ademán que no tenía razón de ser, ya que en su cabeza el pelo raleaba bastante, metió la mano en el que le quedaba, golpeó las manos y recitó, sonoro, el texto que seguramente sería enigmático y hasta inescrutable para el público, teniendo en cuenta que es inútil pretender leerlo sin notas explicativas:

--"¡Ojalá pudiera hundirme en las inaccesibles profundidades de la tierra, o que un dios me situara, pájaro alado, entre las bandadas que vuelan! ¡Ojalá pudiera volar hasta la onda marina de la ribera adriática o hasta las aguas del Eridán, donde, en el sombrío oleaje de su padre, las hijas desventuradas, apiadadas de Faetón, destilan las ambarinas luces de sus lágrimas!"

Y el coro entero, las ocho mujeres, duplicaron simultáneamente las palabras armoniosas, sin tener la menor idea de lo que expresaban y, envueltas en la polvorienta suciedad, como en una arcana niebla, desmelenadas y grises (tosiendo, por supuesto, algunas), agitaron los brazos, a semejanza de Teté, aleteando como desesperados cisnes, y proclamaron, sílaba a sílaba :

--"¡Ojalá pudiera hundirme en las inaccesibles profundidades de la tierra, o que un dios me situara, pájaro alado, entre las bandadas que vuelan!"

Frente al estudio de Morgana, cerraba el vestíbulo al que conducía la escalinata principal, el taller de la señora Francisca, profesora de bailes españoles (y de otros, si fuese necesario). La presencia de Doña Paquita se patentizaba desde el zaguán por el repiqueteo jubiloso de las castañuelas, que tanto enfurecía a Teté, y que éste procuraba dominar con el estruendo de los puñetazos que las mujeres del coro y los efebos de la servidumbre de Hipólito le propinaban al piso, de manera que, a ciertas horas, aquella zona de la casa resonaba, mezclando los golpes al castañetear de la madera, como si una tribu africana se hubiese apoderado del Palacio.

Era Doña Paquita, a la sazón, una mujer septuagenaria; ni flaca ni gorda, ni bonita ni fea, ni española ni argentina; eso sí, muy graciosa y dotada de una agilidad sorprendente; muy pudorosa, asimismo, por aquello de la honra, etc. Disponía, para sus clases, de las dos salas a la calle, unidas entre sí por un arco, y dignificadas con una chimenea vagamente Luis XVI, a la que coronaba un alto espejo. Dichas salas azuzaban la envidia de Teté, aspirante a ellas, pero Doña Paquita se había instalado allí antes de que el director conociese siquiera la existencia del Palacio de los Cisnes. La evidencia de que González había vuelto, sabida por correo telepático, la obligó a suspender las cabriolas, el piano y el matraqueo rítmico. Rodeáronla sus nueve discípulas y su alumno. Vestían los diez unas mallas negras, y el mocito se daba aires de majó, de chulo, a fuerza de patillas, de bucle y de algún líquido o pomada que le doraba la piel. Todos ellos se pararon con estudiada elegancia, cruzando las piernas, apoyándose en la chimenea y en la barra, poniendo una mano en la cadera o dejando caer la otra, como si la olvidasen. Desde el piano, la señorita mayor, rascadora de teclas, escuchaba con avidez.

La señora Francisca quería y admiraba al escultor.

--Don Miguel--sentenció-- es un gran caballero, y para apreciarlo basta observar cómo saluda y con cuánto garbo y distinción camina. Un hidalgo, un príncipe. Sin duda esa calidad tiene que haber impresionado a la policía. Hombres así, uno no encuentra a menudo. Dos veces me ha traído rosas, y una, sorbete, y siempre me besa la mano. Para mí--añadió, bajando el tono, recatadamente-- éste es un asunto de faldas, de celos.

La sorpresa del auditorio fue unánime, sobre todo la del majó. Pero Doña Paquita, en eso muy española, veía cualquier episodio tras el prisma del deseo del varón, cazador perenne de la hembra. No se resignó el falso chulito a aceptar su interpretación y arguyó:

--Sin embargo, señora, esa cantidad de muchachos ...

Doña Paquita lo interrumpió, con violenta sequedad, a la que acentuó un toque de castañuelas, que podía haber sido un toque de alarma:

--Son modelos. Los precisa para sus obras maestras. Además, Don Miguel, un caballero, no es hombre de traer mujeres aquí.

Con esto terminó el diálogo, y los diez bailarines tornaron a adoptar las posturas anteriores, arqueados los brazos sobre las cabezas, adelantado el pie derecho y el vientre contraído. El espejo, en cuyo tallado y dorado marco los cisnes enlazaban sus cuellos y confundían sus alas, hasta formar una orla amorosa, reflejó en su luna los

saltos acompasados, las flexiones, los giros, las reverencias. Y la pianista enlutada, al calarse los anteojos en la picuda nariz y acercarse mucho a la música, pareció uno de esos pajarracos agoreros que visitan a los nocturnos poetas, por ejemplo a Edgar Allan Poe.

Atravesado el vestíbulo en cuyo techo se esfumaban los palmípedos ansariformes lamelirostros (anas cygnus)--ubicamos así a los cisnes, no por exhibicionismo técnico, recogido en modestos diccionarios, sino para mostrar que algo tan poético como el amante de Leda puede convertirse, por obra de la ciencia inexorable, en un catálogo de feos vocablos--, los que ingresaban en el Palacio viraban a la derecha y, después de abrir una puerta de rajados vidrios, desembocaban en la intemperie de la ancha galería. Era en ese corredor de techo generoso, balaustrada de manipostería y columnas de hierro, donde se aseguraba la trémula caracola, comunicante con el mustio jardín y con el invisible taller de González. Lo flanqueaban varias habitaciones, puestas a continuación de la que servía para los ensayos y proyectos de Teté. Habían sido, cuando habitaba el caserón una familia numerosa, dormitorios. Ahora constituían el dominio del pintor Leonardo Calzetti.

Sería ocioso que pretendiésemos documentar al lector sobre la biografía de Calzetti. Hasta los menos al tanto de las cosas de la plástica, deben haberlo oído nombrar. Era (lo fue siempre, hasta el final) un asceta, un incorruptible. Frío, pálido, imperturbable, sentíase que su alma flotaba muy por encima de su cuerpo, en regiones de acceso arduo, que rige un clima glacial y puro. Andaba entre sus jóvenes discípulos, como un iluminado en medio de sus respetuosos seguidores. A diferencia de lo que acontecía en los vecinos estudios de Doña Paquita y de Teté Morgana, donde reinaba la bulla y eran tan previsibles la risa como las palabrotas, allí imperaba el silencio. El pintor había mandado tapar las juntas de las puertas con burletes y cubrir los muros con unos paneles aislantes, que no cumplían plenamente su función, pues siempre hallaban las castañuelas y las vociferaciones euripidianas algún resquicio por donde colarse, aunque diluidas, para perturbar la paz adusta de una atmósfera que desterraba a los ecos del mundo y a su traicionera frivolidad. Por descontado, Calzetti y sus discípulos eran (seguían siendo) cubistas. Los diversos movimientos plásticos sucedidos después de que Cézanne por un lado y, más tarde, el hallazgo del arte negro, dieron nacimiento a una escuela que reduce las formas a las fundamentales de la geometría, transcurrieron sin pena ni gloria para Calzetti y para sus adoradores. Éstos adoraban a Calzetti, y Calzetti adoraba al Cubo. El Cubo era su dios. Fuera del Cubo, cuyos seis cuadrados iguales encerraban las Tablas de la Ley de la religión verdadera, el resto no pasaba de un amasijo de idolatrías, herejías, apostasías, libertinajes y ateísmos. Y Leonardo Calzetti circulaba, sacerdote magno de una secta extinguida, de una liturgia sobreviviente en el seno de esa ermita postrera, entre aquellos que, de pie frente a sus caballetes como ante pequeños altares, reiteraban con devoción, año tras año, los mismos arlequines, las mismas naturalezas muertas, muertas por la indigestión constante de esferas, de conos, de cilindros y, naturalmente, de cubos. Circulaba, indicando aquí, retocando allá, pronunciando una frase breve. Y en lo alto de las habitaciones herméticas, maravillosamente despojadas y limpias, los discípulos reverentes adivinaban que su espíritu hendía el aire immaculado, como otro cisne, pero como un cisne cuya comparación no resistía ninguno de los que poblaban la casa de la calle Paraguay, porque si recordaba a alguno era al "olímpico cisne de nieve" que cita Darío, pero llevado a la severidad de la síntesis máxima, un cisne archiblanco y pluriimpoluto, de alas isósceles, cuerpo paralelepípedo, cuello elíptico y pico romboedro.

Da la medida de los alcances de la difusión del regreso de Miguel González, el hecho de que hasta allí, hasta en ese sanctasanctórum de la perfección incontaminada, en esa monarquía del polígono indiferente a cuanto no fuera la contemplación reflexiva de sí mismo, se insinuase, tímidamente, solapadamente, la noticia invasora. Los siete catecúmenos advirtieron que la comunicación planeaba, quizás cerca del alma volandera del maestro, y que se posaba, distrayéndolos, en sus telas y en sus papeles. Lo advirtió Calzetti y, por primera vez en mucho tiempo, engoló la voz para decir:

--Parece que González está de vuelta. Eso le permitirá reanudar unas obras que, pese a las deformaciones que intenta, considero muy poco interesantes.

Levantaron las cabezas los siete neófitos, futuros apóstoles del Cubo, y uno de ellos, cuyos dieciocho años se rebelaban aún contra el rigor que imponía una comunidad tan austera, se atrevió a murmurar:

--Para mí, señor, la culpable fue la piedra, el bloque, que se negó a ser tratado por Miguel González en esa forma, y terminó cayéndose solo, de vergüenza. Por desgracia, lo hizo sobre ese pobre muchacho.

Rieron sus condiscípulos, entre dientes, como ríen los seminaristas, y Calzetti se limitó a ponerse el índice en los labios, para que la quietud renaciese, y para que su espíritu, descendido un instante de la higiénica encaramadura, recuperase elevación, como un globo que arroja el lastre vano y sube, sube, luminoso.

Más allá de la galería, tan helada en invierno y tan tórrida en verano, doblando a la izquierda, se hallaba el que fue comedor de la casa, un aposento enorme, forrado de oscuro maderamen, al que centraba una segunda y monumental chimenea, en la cual, esculpida, estaba la clave aclaratoria de los cisnes que invadían esa casa cisneática; el probable escudo familiar de quienes la construyeron. En su campo destacábase un cisne parado; otro cisne asomaba sobre el yelmo, entre los lambrequines, y alrededor, en sendas cintas ondulantes, resaltaba la leyenda: "Candidor Nive", mientras que, por fantasía, el decorador había tallado en torno del conjunto el collar de la Orden del Cisne, que el Duque de Cléves creó, efímeramente, en la Edad Media, y del cual pendía un ave áurea. Dueñas de ese recinto privilegiado, cuyos dos ventanales daban al patio interior, eran las señoritas elegantes: María Teresa Giménez Peña y Niní Soler. Ambas contaban menos de treinta años y sobresalían por muy ricas, aunque, dentro de lo posible, lo encubrían, pues les fascinaba jugar a la bohemia. La primera era bonita y esbelta; bonita también la otra, pero casi enana, y con unos ojos tan duros que parecían de vidrio. Usaban las dos costosas pelucas y unos blusones manchados. Las dos pintaban, carecían en absoluto de talento, y exponían juntas en Buenos Aires, en Nueva York, en Río de Janeiro, en París o en Roma, donde alquilaban, sin falta, las galerías. También exhibían en ciudades menos importantes. Siempre estaban de viaje, partiendo para Europa o volviendo de los Estados Unidos, quejándose de la carestía, contando que habían vivido en unos hoteles miserables (lo que no era verdad) y mostrando unos recortes anodinos, publicados, con sus fotografías y las de sus cuadros, en alguna revista femenina de Iowa o de Tennessee o de Lyon o de Bolonia o de lo que sea. Y aunque era evidente que esas notas habían sido tan pagadas como las galerías, quienes las veían en el Palacio--Teté, Hipólito, algún discípulo de Calzetti, el chulito de la señora Francisca-- chisporroteaban de contenida rabia, pues tanto María Teresa como Niní pretendían que los viajes (con los cuales soñaban infructuosamente todos ellos) les eran impuestos por la insistencia de los críticos y de los "marchands"

extranjeros, ya que hubiesen preferido mil veces permanecer allí, y lo que más irritaba el despecho de los ya mencionados, carentes de escenarios y de salas, es que cuando las señoritas elegantes exponían en Buenos Aires, ellos no resistían la curiosidad de asomarse a la inauguración, y se encontraban con una multitud de parientes de las niñas, una multitud perfumada, emplumada, cotorreante y tuteante, que llenaba el espacio de exclamaciones admirativas y que, para colmo del resentimiento, compraba varias de las pinturas, las bobas acuarelas y los superfluos óleos, a buenos precios.

Esa tarde, las señoritas recibían a tomar el té a un amigo tan elegante como ellas, industrial y, en sus horas de ocio, pintor abstracto, autor de composiciones lamidas y relamidas, frotadas con carísimos barnices, que sus colegas ejecutivos colgaban en sus despachos, y que intrigaban mucho a esos colegas, quienes, felizmente, sabían ya que, frente a un cuadro, lo único que no hay que preguntar es: "¿qué quiere decir?"

Conversaban, infaliblemente, sobre el regreso de González.

--Su obra--dijo el visitante-- es demasiado figurativa. ¡A quién se le ocurre, en esta época, salir con esas antiguallas! Ya no se las ve ni en el Salón Nacional.

--Y él--decidió la enana Niní-- es un grosero, un mal educado. A mí no me saluda.

--A mí sí--continuó María Teresa--, pero es como si no me saludase, porque cuando me mira, me parece que me vuelvo transparente y que espía algo a través.

--Es un guarango--se empeñó Niní, cortando una torta de chocolate-- y siempre está peleando. En cuanto abrimos las ventanas que miran al jardín, oímos sus gritos. Para mí que tuvo una discusión con ese chico Damián, se agarraron a golpes, y entre los dos tiraron la estatua. ¡Qué estatua! ¡Un espanto! ¡Un cisne besando a un hombre, haciendo porquerías! ¡Qué querés, Nicolás, vos me conoces bien y sabes que no soy puritana--y la enanita se irguió, desafiante, y clavó en el pintor sus ojos de vidrio--, pero eso me pareció demasiado!

Esbozó un gesto vago el huésped:

--Si siquiera estuviese bien hecho... El tema, la anécdota ¿ a quién le importan... ?

Detrás del que fue comedor, se ocultaban un baño imposible y el arranque de la escalera que comunicaba con el segundo piso, una escalera cuya pared, caligrafiada, dibujada y rasguñada como un palimpsesto colosal, desbordaba de caricaturas, de obscenidades, de nombres, de insultos y, obviamente, de cisnes, en general mal trazados, tanto que casi todos parecían unos patos híbridos, dotados de largo cuello y víctimas de tortícolis, pero que aun así, aun siendo esos cisnes de la peor factura, contribuían al extraño clima de la casa, la cual, por la presencia de tanto cisne, de repente, al caer la noche e iniciarse la indecisión y el vaivén de las penumbras, adquiría un tono y una vibración acuáticos, orientales, como si los estanques se sucediesen en sus diversas plataformas, y como si el sonido ronroneante, persistente, del tráfico lejano, procediese de infatigables surtidores.

En el segundo piso, que reproducía las proporciones del que acabamos de describir, sólo dos cuartos estaban ocupados. Los demás, según el portero andaluz, contenían

una cantidad de muebles valiosos que antes, en la buena época, habían adornado al Palacio, y que el último miembro de la familia del Cisne--un solterón que vivía en Londres, pendiente de los caballos de carrera-- depositó allí, bajo cuatro llaves. Aníbal Charlemagne fantaseaba sobre esas cuevas de Alí Baba, en las que se superponían las mesas y los bargueños, los cofres y los sitiales, las lámparas y los jarrones y los bustos y los retratos solemnes y las enrolladas alfombras y los baúles colmados de gruesas cortinas de damasco y de terciopelo, y le precisaba a Leontina que, a altas horas, al cruzar por ahí, oía rumores que podían ser producidos por correrías de ratas, locas de felicidad ante un festín tan opulento, pero que también se parecían a pasos cautelosos, fantasmales. El miedo agrandaba entonces los ojos celestes de Leontina, y el viejo poeta se echaba a reír, haciendo bailar su dentadura, pero en realidad no las tenía todas consigo, y si estaba vacía la casa, prefería pasar rápidamente delante de esas habitaciones. Dijimos que únicamente dos cuartos, dos ex dormitorios, contaban con ocupantes. Eran éstos dos amigas, las señoritas pobretonas, tan distintas y contrarias a María Teresa Giménez Peña y Niní Soler, las inquilinas del primer piso, que de acuñarse una medalla alegórica de la femineidad (de la femineidad soltera, por cierto, sin que en ella figurasen para nada los rasgos de la madre y de la esposa), sus rostros podrían ir grabados en las opuestas caras. María Teresa y Niní hubiesen representado el lujo, el coqueteo, el melindre, lo trivial, lo gracioso (o lo que se esfuerza por serlo), cierta hipocresía burlona, la pequeña ambición disfrazada de grande, el afán de aparentar, de gustar, de seducir a los hombres; en tanto que Sonia y Rebeca resumían eso, de solidez masculina, que poseen ciertas mujeres, una sobriedad, un recato--que no excluye la sorna, siendo una forma de la timidez--, y un propósito de triunfar seriamente, como cualquier hombre podría hacerlo, rivalizando con él en iguales lides.

Andaban ambas por la cuarentena, lo que les otorgaba diez años más que a sus vecinas. Sonia era relativamente frágil; parecía un muchacho anguloso, con prematuras patas de gallo y lacio flequillo. No era fea; era desconcertante. Modelaba en barro, y luego trasladaba al yeso unas figuras de mujeronas monstruosas, cubiertas de pechos y de nalgas, infladas como balones, que no carecían de interés plástico, no obstante el pavor que infligían. Y Rebeca se ubicaba más en la línea de esos modelos grotescos y fabulosos (ni qué decir que a infinita distancia de los imposibles creados por su amiga), pues era muy corpulenta, muy turgente, muy redonda y usaba muy corto el pelo. Si alguna vez, en su adolescencia, fue bella, los rasgos que lo certificaron habían desaparecido, y apenas sobrevivía, del pasado esplendor, un par de ojos inmensos, pardos y dorados, en los que fulgía la inteligencia.

Rebeca levantaba horóscopos, y luego los pintaba, atestándolos de estrellas, lunas y soles policromos, de alados Mercurios, de Venus desnudas, de Martes belígeros, de preciosas letras griegas, y los vendía, ganando unos pocos pesos. También poseía, desde la pubertad, un don raro, inexplicable: el de transmitir fuerza. Rebeca transmitía fuerza, como si fuese una pila eléctrica que, puesta en contacto con un ser humano, le infundía inesperado vigor. La fuerza que de ella emanaba, no se manifestaba inmediatamente, dentro de quien la recibiera, pero de súbito, uno o dos meses después de la corta sesión en el curso de la cual Rebeca le había comunicado su poder, el beneficiado (que era, invariablemente, un ser nervioso, a quien atormentaba un conflicto) se sentía capaz de afrontar y de resolver, cortando por lo sano con valentía, la dificultad que lo afligía con su persecución. Y lo singular es que el "contacto" del cual hablamos, se producía sin que Rebeca tocara a su cliente. Ella se limitaba a recitar unas secretas oraciones, haciendo unos pases sobre el cuerpo yacente del interesado, no rozándolo nunca, al cabo de lo cual cobraba su modesta remuneración y lo dejaba ir. En el ochenta por ciento de los casos, el resultado era satisfactorio. Explícase así

que los buscadores de horóscopos decorativos y los necesitados de energía moral, hombres o mujeres, solicitasen turno, de continuo, en el estudio de Rebeca, que no disponía de más muebles que un diván, una silla y una mesa atiborrada de libros, de compases, reglas, escuadras y lápices de colores. Las paredes habían sido blanqueadas a la cal, y su adorno solitario consistía en un dibujo que Rebeca había hecho a pedido de Charlemagne, y que no le había entregado aún, pues cuatro chinches lo seguían asegurando al muro. Mostraba la escena en que llega el caballero Lohengrín, de pie en la navecilla que boga en medio de un río de cartón, arrastrada por el cisne al que liga y unce una cadena de oro, a defender a Elsa de Brabante y a enamorar al rey Luis de Baviera, Lohengrín: el tenor, el caballero del Graal, el caballero del Cisne, el caballero de la blanca armadura, con abiertas alas de cisne en el casco, que recordaba, imprevistamente, al yelmo del escudo familiar ostentado en el estudio de las señoritas elegantes, y que no podía faltar dentro del repertorio poético de Aníbal, al que incorporaba toda una colección de estruendos y de dulzuras wagnerianas... con adioses al cisne, nostalgia del cisne, partida del cisne y escamoteo, entre aplausos, del cisne...

Sentadas en el diván, debajo de ese diseño que tenía resabios inquietantes de Aubrey Beardsley de Walt Disney, Rebeca y Sonia bebían sendos vasos de whisky y comían galletitas saladas. Terminada la diaria tarea, vestían las dos trajes sastre, y fumaban tanto que la habitación se llenó de humo. La obesa Rebeca, entre sorbo y sorbo, desplegó el horóscopo de Damián, que todavía no iba más allá del bosquejo, aunque ya estaba planteado definitivamente, y lo fue recorriendo con sus dedos abultados, a medida que descifraba ante su amiga (que ignoraba lo más elemental de esos misterios) el mensaje propagado por los astros. Damián había estado allí, dos semanas atrás, a solicitarle que lo compusiese. Habían conversado durante buen rato, y por eso sabía que era provinciano, huérfano, y que en Buenos Aires, fuera de Miguel a quien había encontrado hacía un año y medio, por azar, carecía de amistades. Damián le había requerido también que le "diese fuerza", y quedaron en que regresaría al cabo de una semana, pero no lo hizo. Era un muchacho raro, y parecía estar bajo el influjo de una aguda tensión. El horóscopo indicaba su muerte próxima y trágica, y Rebeca había resuelto no dárselo o, por lo menos, ocultarle su contenido.

--Me dijo--concluyó-- que Miguel había cambiado, que ya no lo trataba igual. Agregó que Efraín no salía del taller del escultor, y que traía con él una mala influencia.

--¿Quién es Efraín?

--El muchacho ese, moreno, de ojos verdes. ¿No lo notaste, cuando esa tarde bajamos al taller?

--No.

--Parece un gitano.

--Será judío... con ese nombre...

--No sé. Este asunto esconde algo. Damián tenía miedo; necesitaba fuerza. Y la vuelta tan inmediata... Ahora cuentan que González es sobrino de un arzobispo, o hijo de un coronel... A mí me gustó Damián. Fino y dulce. Costaba sacarle las palabras,

pero cuando se largaba a hablar, era como si una hubiese abierto una canilla. Estaba asfixiado, saturado.

Para terminar el planteo sucinto de los comentarios despertados en la casa de la calle Paraguay por la muerte del modelo del escultor, nos falta recoger los de la azotea. Tenían sus piezas allá, como dijimos, Leontina y Charlemagne. En momentos en que Sonia y Rebeca miraban el horóscopo, como si navegasen por el cielo, entre los planetas vestidos (o desvestidos) de actores clásicos; en que Niní y María Teresa tomaban el té con Nicolás, industrial y pintor abstracto, haciendo sonar sus pulseras y voces; en que los discípulos del maestro Ramón Calzetti rendían culto a los ídolos poliédricos, cual si copiasen, con lápices y pinceles, las suras del Corán de la Geometría; en que Doña Paquita prodigaba castañuelas y olés, y sus alumnos se defendían de traspies y calambres; en que Teté Morgana se desgañitaba: "¡Ojalá pudiera hundirme en las inaccesibles profundidades de la tierra... !" (cosa aventurada, porque hartos se sabe que no hay que desafiar a los dioses); en que el andaluz Ramón, apoyado en el marco de la puerta principal del Palacio, succionaba un escarbadientes y musitaba para sí que no somos nada; y en que Lucho y el Negro Morales destilaban acideces e indecencias sobre varillas y vidrios, la prostituta y el poeta, reunidos en la habitación de este último, hablaban quedamente.

El cuarto de Charlemagne no podía ser más sencillo. Fuera de la mesa agobiada por los diccionarios, que citamos ya, y en cuyo centro se destacaban las carillas densas de tachaduras que instruían sobre las angustias de traducir a Stéphane Mallarmé, apenas una rigurosa y estrecha cama en la que el gato Jazmín dormía, plácido y suntuoso; una minúscula y desordenada biblioteca; un armario con un espejo de mareada luna; un par de sillas y una cocinita, constituían la totalidad del mobiliario. Sobre la cama, aguardando a ser reemplazado por el caballero Lohengrín, un cisne negro, probablemente un "affiche" de Australia, ya que de ahí es oriunda esa especie, se recortaba, airoso, vanidoso y como atildado. En la pared frontera, un tragaluz redondo y pequeño como el ojo de buey de un camarote, atisbaba a la plaza Rodríguez Peña, a sus árboles y a su crepúsculo.

Leontina no disimulaba un gesto malhumorado. Carecía de visitantes, y eso incidía sobre sus finanzas estrictas. Volviendo al tema inevitable de Damián, descargó su irritación:

--Eso les pasa a los maricones por andar siempre refregándose entre ellos. No entienden lo que es una mujer; no saben apreciar lo bueno.

Inopinadamente, con un brusco ademán, sacó "lo bueno" (que así juzgaba a sus grandes pechos) del kimono, y lo expuso, ante la impasibilidad del anciano, que conocía esas reacciones.

--Tenga en cuenta, Don Aníbal--prosiguió, evocando una de sus bíblicas pinturas-- lo que les pasó a los hombres que se metieron con los ángeles, en Sodoma. Dios hizo desaparecer la ciudad.

Guardó los testimonios exuberantes de que pertenecía al orden de los mamíferos, y trazó sobre su cara la señal de la cruz.

Charlemagne dio pruebas de una benevolencia incomparablemente mayor. Era viudo, sin hijos, y sin embargo, en su lejanísima juventud, había tenido un amigo, otro poeta, a quien había querido más que a nadie, mucho más, por supuesto, que a su mujer. Se lo confesó a Leontina, y ésta quedó cabizbaja, meditabunda.

--Es el mejor recuerdo de mi vida--completó Charlemagne-- y ésta debe ser la primera vez que lo cuento.

--Ustedes... los poetas.. --gorjeó Leontina, sonriente, amansada-- son una gente especial... no sé... no se los puede medir como a los otros... Pero... --tornó a encabritarse-- ese muchacho tan lindo... ¿se fijó?... el de los ojos de gato, verdes... andar con esa mierda... Sí, Aníbal Charlemagne se había fijado, como Teté Morgana. Se había fijado y, de pronto, los dos ojos verdes se encendían en la oscuridad del cuarto del bonzo viejo, de tal suerte que esa noche había prendido la luz, creyendo que los que brillaban extrañamente, en la negrura tenebrosa, eran los de Jazmín. Pero no había tal: Jazmín dormía, como ahora, como siempre, ovillado a sus pies. Eran otros ojos, que se borraron.

Así como, por la mañana, había corrido la noticia de la vuelta de Miguel González, desafiando la intimidad de las paredes y la clausura de las puertas, a las ocho, cuando descendían las sombras, se enredaban en los follajes de la plaza e irrumpían en la casa de los cisnes, provocando el combate desigual de las lamparillas amarillentas, comenzó a esparcirse de piso en piso y de estudio en estudio, sin que nadie la comunicase, la novedad de que poco después traerían el ataúd de Damián para velarlo allí, porque, como Rebeca le había dicho a Sonia, el joven no tenía parientes. Y aún más: se supo que, ante la imposibilidad de descender la caja fúnebre al taller de Miguel, pues la operación hubiese exigido un complicado aparejo, Doña Paquita cedió sus salones para la ceremonia.

En esos salones--lo mismo que, tres días atrás, se habían agolpado en el local de González, alrededor del cuerpo desnudo y de la estatua caída--, se fueron reuniendo, después de comer, los moradores del Palacio y algunos más, de afuera, en su mayoría muchachos y adolescentes. Nunca, desde que aquella había dejado de ser una casa familiar, se había realizado allí un velorio. La casa pareció sentirlo, pues fue como si se estremeciese y, sin que ninguno entendiera por qué, si bien se prefirió atribuirlo a la proximidad de los cirios, el espejo dorado, el de los cisnes amorosos, se enturbió, como si lo velasen las lágrimas.

Nadie vería el rostro deshecho, el torso hundido, pero todos, a medida que se aproximaban al ataúd (unos con una flor, otros para ponerse de rodillas y rezar brevemente, otros para quedar inmóviles y como en hipnótico sueño), mientras se percibía el bisbiseo y el triquitraque del rosario de Doña Paquita y el tintinear de las pulseras de la enana Niní Soler y, de vez en vez, un suspiro o un sollozo del escultor, todos, uno a uno, indefectiblemente, imaginaban el espanto de la cara destrozada y encerrada, que había sido, hasta poco antes, tan fresca y tan hermosa.

III

HOMENAJE A EURÍPIDES

Dijimos que los primos Morales, por una vez, se habían aproximado a la verdad, cuando opinaron que el pronto regreso de Miguel González se debió a sus relaciones. Acertaron entonces, pero también dijimos que en general se equivocaban y establecían los vínculos más fantásticos entre los moradores del caserón. Ramón, el andaluz, conocedor o maliciador, con buen olfato y documentación seria, de los lazos distintos que los unían, y que hubiera podido trazar fácilmente, para Lucho y el Negro, el árbol genealógico del Palacio de los Cisnes, con sus múltiples ramas, bifurcaciones, desgajaduras y enlaces, no lo hacía y optaba por guardar esa información para su propio disfrute, puesto que tal dominio contribuía a su importancia de conserje y Cerbero, graduado en escobas, escobillones, plumeros y cepillos, pero desdeñoso de su uso, y depositario circunstancial (por curiosidad, indiscreciones y cercanía) de secretos vislumbrados, que constituían la parte "amateur" y más significativa de su personalidad porteril. En cuanto a los fabricantes de marcos, advirtiendo que Ramón se reservaba esas ricas referencias y crónicas, y deduciendo que lo que quería era que se las solicitaran--precisamente para ganar superioridad ante los ojos de los Morales, como poseedor de la clave de misterios muy sutiles--, preferían no darle el gusto y fiarse de su propio instinto y sagacidad psicológica, al reconstruir la red compleja de las alianzas, rivalidades y otras dependencias existentes, a su juicio, entre los habitantes del Palacio.

Habían resuelto, en consecuencia, que Leonardo Calzetti, el adorador del Cubo, era el ex amante de Doña Paquita, doctora en castañuelas; que el señoril Miguel González, era el amante de la señoril María Teresa Giménez Peña; que el chulito danzarín integraba la compañía teatral de Teté, y que en cambio el Bebe Andía (el alumno de Calzetti que se atrevió a hacer una broma, en clase, a propósito de la escultura de Miguel) estudiaba bailes españoles con Doña Paca; que Rebeca (la que hacía horóscopos) esculpía, y que Sonia (la que esculpía) hacía horóscopos; que ambas eran madres de familia; que el industrial abstracto, amigo de las niñas elegantes, a lo que venía era a yacer, al contado, con Leontina, y se burlaban soezmente, pues juzgaban que hubiera podido elegir mejor; que la buena mujer que desempeñaba el papel de Artemisa en "Hipólito", y que ganaba su vida púdicamente, como auxiliar de un especialista en prótesis dentarias, ejercía idéntico comercio al inmemorial de la pecadora de la azotea; que en esa azotea, Aníbal Charlemagne practicaba hechicerías con una gata blanca, pues hablaba a solas, y una vez le habían entendido farfullar que la casa estaba llena de voladores cisnes, obedientes a su mando; y que todos los demás inquilinos y concurrentes, incluyendo al sobrio portero Ramón, a la muy coqueta enana Niní, al donjuanesco Teseo del ya citado "Hipólito" y a los adustos, puritanos y equiláteros catecúmenos de Leonardo Calzetti, eran homosexuales. He ahí

cómo Lucho y el Negro, que cortaban vidrios, enmarcaban oleografías detestables y las vendían, fraguaban, a manera de dos imaginativas Scheherezadas alternas, el uno para el otro, los interminables cuentos de las noches (mil y una) del Palacio de los Cisnes, utilizando los mismos personajes, riéndose, mofándose, envidiándolos, despreciándolos, multiplicándolos y adaptándolos, como dóciles títeres, a las exigencias de su aburrimiento de encuadradores condenados a cadena perpetua, sin redención, en "El Cisne Azul". Uno de los diversos puntos que los Morales no habían considerado, al embarullar, diariamente, el cuadro de las correspondencias y sentimientos que asociaban a los palatinos, era el muy fundamental de la inquietud de Teté Morgana por conectarse con Efraín. Como disponía de mucha más lucidez que los marqueros, aplicó su inteligencia a lograrlo (y lo cual era difícil), a que esa combinación pareciese el resultado de la lógica. Empezó por dejar transcurrir el tiempo, pues el drama estaba demasiado cerca. Durante quince días se limitó, desde su estudio, a acechar el paso de Efraín, camino del taller de Gonzálvez y, si el muchacho miraba entonces, fugazmente, hacia el ensayo de "Hipólito", a dirigirle un amistoso saludito. Eso lo obligaba a aguzar sobremanera la atención, ya que, ignorando en qué momento pasaría el joven, debía fijar un ojo en el ensayo y el otro en la puerta. La preparación de la obra no se resintió por ello. Las del coro siguieron golpeando el piso, levantando polvo y gimiendo, inescrutablemente:

--"Es vano, es vano que en las riberas del Alfeo, como en Pytho bajo el techo de Foibos, las hecatombes de bueyes sean acumuladas por la Hélade, si el Amor, el soberano de los hombres, el llavero de Afrodita..."

(Ese Pytho, ese pito, intrigaba a las coristas, y cuando una de ellas le preguntó a Teté, en medio de la risa general, de qué pito se trataba.

Morgana le respondió, amoscado, que era "una de esas cosas de la mitología".)

Hipólito continuó machacando el discurso misógino :

--"¡Oh Zeus! ¿por qué has infligido a los hombres la existencia de las mujeres, ese azote fraudulento, estableciéndolo a la luz del sol? Si querías propagar la raza humana, no había que pedir el medio a las mujeres: contra oro, hierro o un peso de bronce, depositado en los templos, los mortales deberían adquirir la semilla de los hijos, cada uno de acuerdo con el don ofrecido, y habitar casas liberadas de la ralea femenina..." (Dicha parte del texto de Eurípides le gustaba especialmente a Teté, pero no conseguía que ninguno de sus Hipólitos sucesivos la declamase con la requerida pasión. Tropezaban en la palabra "fraudulento", que pronunciaban "fradulento": era fatal.)

Pero, a los tumbos, las pruebas proseguían, añosas, y la distracción impuesta a Morgana por su nuevo desasosiego, no incidía mayormente sobre su desarrollo. El único signo de la ansiedad que lo carcomía, fue la modificación de su actitud frente al Hipólito de turno. Con el pretexto más trivial, lo amonestaba en público y lo mandaba al cuerno, él que, hasta poco antes, lo había manejado con particularísima blandura. Por fin, al cabo de una quincena, Teté consideró que había sonado la hora de actuar y, como en pasadas ocasiones, volcó su revelación recóndita en los oídos de las dos damas más próximas a su intimidad: Artemisa y Afrodita. Fogueado, desde hacía varios decenios, en el manoseo de las tragedias griegas, que tomaba y dejaba y raramente llevaba al escenario, se había acostumbrado al uso y abuso de las "confidentas", que en ellas abundan y que tan útiles son para el espectador. La

ayudante del experto en prótesis dentarias y la empleada de una casa donde vendían sellos postales para coleccionistas (que tal era la actividad de Venus, fuera de las tablas), respondieron de inmediato a su requerimiento afectuoso. Estaban habituadas, por veterana experiencia, a las mudanzas de su carácter arbitrario, que consideraban uno de los signos de su individualidad excepcional, pues creían firmemente en su talento, y se sometieron sin vacilar a lo que les pedía. Por eso, la siguiente tarde, suprimieron el ensayo, y partieron juntos, los tres, en misión diplomática, al taller del escultor. Morgana llevaba una gran carpeta. Hipólito quiso acompañarlos, mas no lo admitió Teté, quien licenció a los actores. Descendieron, pues, el mareo de la escalerilla, y llamaron a la puerta de González. Una voz grave, desde el interior, les indicó que podían entrar. Así lo hicieron, y se encontraron con que Miguel, tumbado en un sillón, leía, y con que Efraín hacía otro tanto, enfrente. Alrededor, con un fondo de embarulladas bibliotecas y de estantes con cacharros y objetos barrocos, y de confusos croquis al carbón, pinchados en las paredes, erguía la blancura de varias estatuas. Una de ellas, evidentemente la del muchacho y el cisne, que causara la muerte de Damián, había sido trasladada a un ángulo penumbroso y, cubierta por un paño, esfumaba allí su traza de espectro.

Pusiéronse de pie los dos hombres, y Teté, algo sonrojado, presentó a su escolta. En seguida, comunicó el objeto de su embajada, para lo cual abrió la carpeta sobre un caballete vacío, y sacó de ella varias láminas y esbozos. Se refirió brevemente a su preparación del "Hipólito" de Eurípides, de la que estaban enterados, en el Palacio, hasta los ratones, las polillas, las hormigas y las arañas. Las alumnas y el majo de Doña Paquita, en los ratos de descanso, se divertían representándola cómicamente, y repitiendo los versos inexplicables que habían aprendido sin querer. Por supuesto, el chulito sabía de memoria el parlamento sobre el azote de las mujeres, que consignamos más arriba. Y Leontina, en la azotea, cantaba, con música propia y ambición de contralto, aquello de:

--"¡Ojalá pudiera hundirme en las inaccesibles profundidades de la tierra !"

Seguidamente, Teté detalló su descontento respecto a las decoraciones de las cuales disponía para la obra. Eran, en efecto, unos diseños muy pobres y muy sonsos, ni siquiera originales, pues se inspiraban, con obvia fidelidad, en las ilustraciones del "Tesoro de la Juventud". Lo que calló fue que su autor era el Hipólito número 2, el que había sido reemplazado por el actual y que, en aquella época, el improvisado escenógrafo pasó, de repente, de acicalador del proscenio a primer recitante, no sirviendo para ninguna de las dos tareas.

--Todo esto--declaró Teté-- es una porquería. Aquí no hay proporción, no hay imaginación, no hay nada.

(Y cuando los había mostrado el segundo Hipólito lo abrazó, efusivo, pregonando maravillas.)

--Una porquería. Fíjese, maestro, lo que dice sobre el asunto el texto de mi edición: "El palacio real de Trezena. A la derecha e izquierda de la puerta central, las estatuas de Artemisa y Afrodita; delante de cada estatua, un altar". Es todo. Pero el decorador debe comunicar la atmósfera ¿no le parece?... la atmósfera. Y esa atmósfera procede de las dos estatuas, de la nobleza, de la armonía de las dos estatuas. En estos dibujos lo que se ve es un par de mamarrachos. Exactamente lo contrario de lo que yo

necesito, porque "Hipólito" es una tragedia sacra, la lucha entre dos diosas, entre dos poderes: la virtud, la inocencia, simbolizada por Artemisa, y la desenfadada pasión, que Afrodita representa; el casto Hipólito de un lado, y del otro el hambre carnal, que Eurípides personifica en Fedra y en su nodriza. Trate uno de exponer ese contraste del espíritu y el sexo, con estos adefesios presentes en el escenario, y destruye la obra. Por eso me he aventurado a dirigirme a usted.

--¿A mí?--y Miguel alzó la ceja, obedeciendo a su tic nervioso.

--A usted. Cuando estuve acá, el día del... del accidente..., me fascinaron sus esculturas--prosiguió Morgana, sin mirar a Efraín--, y pensé: ¡qué estupendo sería que quien ha creado todo esto, crease también el decorado de "Hipólito"!

Soltando el brazo derecho, con grácil ademán, abarcó las formas blancas, diseminadas en la habitación. Simultáneamente, las dos acompañantes, altas ambas y acostumbradas a asumir el papel de divinidades, adoptaron un tono plañidero, que correspondía más bien a las mujeres del coro y, balanceándose ligeramente, rogaron:

--¡Maestro, maestro, por favor!

No pudo negarse Miguel, por lo menos, a examinar los proyectos traídos. Meneó la hermosa cabeza, que aguzaba la barba gris, y al hacerlo se sacudió su pelo largo:

--Sí. Son muy poco interesantes.

Tomó un lápiz y, con rápido trazo, encima de uno de los papeles, enmendó las figuras, estirándolas y cñiéndolas. De súbito, pareció que el problema lo absorbía, que se abstraía, porque siguió definiendo los contornos. Inesperadamente, se volvió hacia Teté:

--Déjeme la carpeta. Veré qué es posible hacer.

Estaba dado el paso inicial. Y había sido tan sencillo, que Morgana se resistía a creerlo. Tomó la diestra del escultor entre sus dos manos, mientras que las mujeres le besaban la cicatriz y la barba, y el artista retrocedía, defendiéndose y curvando la enconada ceja.

-- ¡Gracias, gracias!--arrulló Teté--. ¡No esperaba tanto! ¡Con razón hablan así de usted en el Palacio, maestro! La carpeta queda aquí. Uno de estos días me permitiré venir a buscarlos a ustedes (por primera vez empleó el plural), para que me hagan el honor de apreciar nuestro trabajo personalmente.

Tornó a estrechar la diestra de Gonzálvez; saludó a Efraín con una leve inclinación de cabeza, y salió, victorioso, con Diana y Venus a la zaga, como si él también fuese un dios, o mejor un semidiós, un sátiro petimetre del siglo XVIII, que ascendía la escalera giratoria, cual si trepase un árbol aparente, en un proscenio cortesano.

A los seis días estaba de vuelta, solo esta vez. Ardía, al parecer, por enterarse qué había inventado Gonzálvez para "Hipólito", y el escultor le mostró una serie de dibujos que Teté calificó de estupendos. Se fue, invitándolos a él y a Efraín, a quien no le había

dirigido la palabra, a asistir al ensayo próximo. Éstos aceptaron, concurrieron, y a poco de sentarse estaban inmersos en la escena crucial del encuentro entre Hipólito y Teseo, su padre, luego del suicidio de Fedra, su madrastra, quien lo acusó falazmente de atentar contra su honestidad.

El Hipólito número tres, que era bonito y ceceoso, se retorció las manos, clavaba los ojos en el techo y lloriqueaba:

--"Hay algo eztraño a mí y ez aquello que creez que ez mi falta; hazta hoy mi cuerpo permanezió puro de plazerez amorozoz; zólo conozco zuz prácticaz por referenziaz y por haberloz vizto en pinturaz; y ezoz ezpectáculoz carezen de atractivoz para mí, porque mi alma ez virgen."

Continuaba así un buen rato, contoneando su cuerpo puro y exhibiendo su alma virgen, incesantemente corregido por Teté, que tocaba con el pie al de Miguel, para transmitirle su desaprobación, hasta que Teseo lanzaba su apóstrofe:

--"¿Miráis al charlatán y al impostor, que cree triunfar sobre mí con su dulzura, luego de haber deshonrado al padre de sus días?"

Y el diálogo, erizado de zetas y de trabalenguas, se desenvolvía, con el destierro de Hipólito, seguido por sus camaradas, todos ellos bien parecidos, bronceados y enrulados, hasta que las sufridas mujeres del coro, golpeando el piso como siempre y desapareciendo detrás de nubes de polvo, lo que otorgaba a la escena un aspecto fantasmal, casualmente poético, reproducían sus gemidos habituales.

Concluido el cuadro, Teté Morgana bajó con Gonzálvez y Efraín hasta su estudio, donde quería rever las decoraciones. Allí derramó su acíbar. La obra no progresaba a causa de Hipólito. Inútilmente, había pretendido él encenderlo con la llama del arte. No servía... no servía. . . Y, de una semana a la otra, postergaba decírselo y cambiarlo, por dos razones: 1º) porque demasiado sabía que con ello iba a causarle una inmensa desilusión; y 2º) porque carecía de un sustituto, ya que el papel entrañaba muchísima responsabilidad.

Guardaron silencio el escultor y el de los ojos verdes, hasta que lo quebró este último, murmurando :

--Esas zetas...

--Sí, sí--se precipitó Teté--, las zetas y los gestos. Le falta virilidad, y eso no se improvisa. Hipólito es un cazador virgen, un muchacho deportista, que anda por los bosques, con sus amigos. Por ahí dice una definitiva frase: "No me gustan los dioses a quienes se adora durante la noche". Y a este muchacho, desgraciadamente, al muchacho que tiene a su cargo el papel de Hipólito, le gustan demasiado los dioses a quienes se adora de noche. Y eso se trasluce. En fin... ahora que la escenografía corresponde exactamente a mi sueño, y que he dado un paso más hacia la realización definitiva de la tragedia, me debo convencer de que lo que me falta es un verdadero Hipólito. Con el que tengo iríamos al fracaso. Un Hipólito...

Sus ojos vagaron por la estancia, sorteando las figuras modeladas y los relieves, y se decidieron a detenerse en los de Efraín. Jugando el todo por el todo, dijo:

--Vos serías un Hipólito.

Como González, cuando Teté le propuso la ejecución de las decoraciones, Efraín se sorprendió:

--¿Yo?

--Vos. Vos tenes el físico de Hipólito... y además... (en eso no me equivoco, porque me guía una especie de instinto) tenes el sentido del teatro. Hoy me bastó observar cómo asistías al ensayo, para captarlo.

--Bueno...--concedió el joven-- algo de teatro he hecho. En Bahía Blanca. Teatro experimental, por supuesto.

--Es el único que vale. Entonces... ¿no te animarías? ¿no te animarías a probar? Y Teté se volvió hacia el escultor:

--¿Qué le parece?

--Es asunto de Efraín, no mío.

--¿ Entonces?

Era evidente que a González le disgustaba la idea. En su cara se había acentuado la expresión grave; la ceja rebelde se le encrespó y se tironeaba la barba. Por eso se desconcertó Morgana, cuando el moreno sonrió, concediendo:

--De acuerdo; podemos intentarlo.

El despido del descartado Hipólito originó un monólogo que no hubiese desdeñado Eurípides. El niño lloró, fingió arrancarse el pelo, amenazó, quiso arañar, suplicó y a la postre partió, con un portazo y una lluvia de ordinaries que se contraponían a lo delicado de su físico, después de rechazar, altivamente, el papel de uno de los amigos (mudos) de Hipólito, que Teté le ofreció como si arrojara un hueso pelado a un pobre perro hambriento. Morgana suspiró y balbució:

--C'est la vie.

Estaba curtido por episodios similares. Lo substancial era que el camino quedaba expedito para Efraín. Y Efraín (en opinión del entusiasmado Teté) resultó, luego de tres frustradas tentativas, el Hipólito ideal. De inmediato, aprendió su parte; de inmediato, le infundió una seducción de la cual carecía hasta entonces; se movía con una desenvoltura natural, y lograba que su personaje pareciera un inocente, sin parecer un tonto. Al director se le escurría entre las manos, en el proscenio y fuera de él. Lo enloquecía. Le imprimía a Hipólito el carácter que se le ocurría darle, y que difería mucho del marcado por Teté. Y en cuanto terminaba el ensayo, antes de que éste

pudiese retenerlo, con una excusa cualquiera, se eclipsaba. Verdad es que González estaba presente casi todo el tiempo.

El escultor había cumplido su tarea, entregándole a Morgana el proyecto de escenografía, y ahora dejaba traslucir que hubiese preferido que Efraín no participase del espectáculo. Pero su actitud era inútil, y el gitanillo (o el apuesto judío), como si lo hiciese a propósito para irritarlo, ponía semana a semana más calor e intensidad en su histriónica interpretación del amado de Fedra y del intacto aborrecedor de las mujeres. Pensaba Miguel que el muchacho concluiría por cansarse, pues aquello de los ensayos sin meta práctica carecía de sentido, y que pronto mandaría al diablo a Eurípides, a "Hipólito" y a su director, con lo cual se engañó por completo, pues fue precisamente Efraín quien se agenció para que "Hipólito" subiese a las tablas.

Lo obtuvo por intermedio de Niní Soler. La enana pasaba días de soledad, como secuela de los cuales sufría, desde que María Teresa, su amiga, su inseparable, tomó súbitamente el partido de comprometerse con el industrial que, además de acaudalado y de pintor de abstracciones, era buen mozo y chic y conocía a todo el mundo y las intrigas de todo el mundo, y tenía lo que hay que tener, etc. Era algo con lo cual Niní no hubiese contado nunca. Inexplicablemente, angelicalmente, había imaginado que María Teresa estaría a su lado durante la vida entera; que compartirían talleres, viajes, salas de exposición, amigos; que el industrial--¿ cómo no nombrarlo?: se trata de Nicolás Estévez, de los Estévez de Mendoza, que no serán los mejores, pero son los más opulentos--, que Nicolás Estévez les pertenecía a ambas por igual; que ni le asomaba en la cabeza la idea peregrina de casarse con ninguna de ellas, ya que a las dos las consideraba con idéntico cariño, con idéntica preocupación por sus obras. Y ahora, de la noche a la mañana, sin decir agua va, sin decir nada, resultaba que María Teresa y Nicolás se casaban (enlace Giménez Peña-Estévez ¿qué tal?), y que ella se quedaba sola, en su estudio, con sus acuarelas, con su pequeñez, con su gran fortuna y con su desamparo.

Ignoramos por qué medios se enteró Efraín de la situación. Hemos manifestado ya que en el Palacio de los Cisnes existía una suerte de osmosis espiritual; que las informaciones atravesaban los muros como si fuesen tenues membranas, sin que nadie las comunicase; y que sin embargo los hechos de trascendencia atinentes a sus moradores se sabían y difundían. Lo cierto es que Efraín supo en seguida qué problema, qué desazón aquejaba a Niní, y desde entonces se dedicó a visitarla. A ella la deslumbró el mozo, que se presentó en el momento oportuno, sin recurrir a argucias, y que a la diminuta le venía de perlas, pues gracias a él les demostraba a María Teresa y a Nicolás que no eran imprescindibles. Efraín no sería dueño de una fábrica; ni tendría un auto enorme; ni esquiaría; ni pintaría cuadros esmaltados con barnices de importación, costosísimos, pero en cambio poseía unos ojos verdes admirables, de nictálope, que aseguraba que veían en la oscuridad; era el beneficiario de una figura de torero, de un cutis cetrino, de un aire melancólico, reservado, misterioso, y era actor, e iba a representar el principal papel masculino en el "Hipólito" de Eurípides. Los novios flamantes salían, y ella permanecía abandonada, enferma de desengaño, entre los paneles sombríos del ex comedor, perdida la mirada en el cisne del escudo ("Candidor Nive") y en el collar de la Orden del Duque de Clèves que lo rodeaba, hasta que de repente, sin anunciarse, aparecía Efraín, y era como si la apagada chimenea se hubiese encendido y un fuego extraordinario calentase e iluminase la habitación. Pronto, el muchacho se tornó indispensable. María Teresa estaba allí cada vez menos, y Efraín cada vez más. Diez días le bastaron a este último, para alcanzar suficientes familiaridad y dominio como para confiarle a Niní que la

compañía de Teté Morgana carecía del dinero necesario para alquilar un teatro y ofrecer en él la tragedia ya lista. Tres días después, Niní le hizo saber--como él, por lo demás, descontaba-- que estaba dispuesta a solventar los gastos. Y puesto que la enana era tacaña, aparte de que le gustaba que la supusiesen bohemia, estableció como condición que se eligiese un local módico. Cuando Efraín le reveló que "Hipólito" estaba en condiciones de subir en breve a escena, Teté pasó de un estupor no ficticio-- porque era algo tan remoto de sus quimeras, como de las de Niní la idea de que María Teresa se casase con Estévez--, a una angustia tampoco simulada. Se le venía encima, desprevenidamente, la obligación de dar examen. En realidad, como los estudiantes crónicos (y sin confesárselo) él hubiera preferido seguir su vida de ensayos, de canjes de Hipólitos, de clausura, como un monarca pigmeo en su reino liliputiense, sin salir de él y sin arriesgar la batalla que por fin se le imponía. Al mismo tiempo, su vanidad, su deseo de triunfar ante el mundo, y en especial ante Efraín y para Efraín, lo obligaba a aceptar y a agradecer la liberalidad de Niní, por más que lo estremeciesen unos nervios invencibles. Alquilaron y reservaron, para dentro de un mes, a mediados de abril, un teatrejo del barrio de Almagro, que era en rigor un garaje enaltecido a la jerarquía de sala de espectáculos, puerto donde recalaban las compañías experimentales menos exigentes, a las que se facilitaban unas plateas incómodas, un escenario mínimo y sórdido y unos farolitos fuera de lugar. Gonzálvez se vio obligado a reducir la escala de la decoración, con lo que las estatuas de Diana y Venus, que en su diseño inicial eran monumentales, sobrepasaron apenas la altura humana. Las señoras y señoritas del coro y los muchachos de la servidumbre de Hipólito se dedicaron afanosamente a coser los trajes que Teté había planeado años atrás, utilizando para ello las telas más modestas. Contrabalanceaba la mezquindad de tales atuendos el inusitado esplendor de los mantos púrpuras de Teseo y de Fedra, producto de sendos cortinajes que María Teresa, generosamente, hizo venir del galpón de su quinta de San Isidro y a los que nunca se les eliminó el olor a naftalina. En cuanto a Hipólito y sus acompañantes, se movían en medio de esas miserias y de esas pompas, literalmente desnudos. Niní, en su carácter de productora, no perdió ensayo, y desde entonces se sentó aparte, con el escultor, quien encontraba todo mal, mientras que la joven iba de prodigio en prodigio, como si repentinamente le tocase vivir un cuento de hadas.

Llegó, inexorable, la esperada y temida noche. Niní, María Teresa y Nicolás Estévez se habían ocupado de distribuir entradas en los círculos mundanos; los alumnos de Calzetti y Miguel Gonzálvez lo hicieron en el sector de las artes plásticas; Sonia y Rebeca, en la esfera de los trajes sastre; Artemisa, en los ambientes odontológicos; Afrodita, en los medios filatélicos; Doña Paquita, sus niños y su majo, vendieron algunas a gente adicta al "ballet"; Leontina las endilgó a sus clientes, en momentos en que éstos se vestían y arreglaban cuentas; y Aníbal Charlemagne convenció que las adquiriesen a varios empleados de la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación. Se suscitó así una solidaridad excepcional en el Palacio de los Cisnes, pues hasta los discípulos de Leonardo Calzetti, tan distantes, quebraron su orgulloso aislamiento y descendieron de la áulica plataforma del Cubo, para sumarse a la concurrencia, cuyo interés oscilaba de la valoración de los largos esfuerzos de Teté al aprecio inmediato de la calidad muscular de los intérpretes. A los mencionados como público, hay que añadir al portero del Palacio, que recibió una entrada de favor, y a las familias de los actores, que asistieron resueltas a romperse las manos aplaudiendo, sucediera lo que sucediese. Sólo faltaron el Negro y Lucho Morales, quienes le declararon al andaluz que ellos no perdían el tiempo en pavadas. Ese conjunto abigarrado colmó totalmente el ex garaje, en el cual, desde hacía una semana, Teté se debatía para que las cabezas de las diosas de cartón modeladas por Gonzálvez, no escaparan a la vista del concurso, más allá de las bajas bambalinas, y para que tanto esas esculturas como los altares

dejasen suficiente espacio al movimiento de los mantos de los reyes y a la evolución del coro.

La obra, como suele suceder en estos casos, tardó en comenzar. Transcurrieron tres cuartos de hora, después de las diez anunciadas para la subida del telón, y éste seguía inmóvil. El crítico periodista a quien Teté había podido arrastrar hasta allí, mandándolo a buscar en taxi, amenazó con irse. Por fin, tras un nutrido patear de los amigos de María Teresa, Niní y Nicolás (algunos de los cuales sostenían que en las butacas había pulgas y acaso bichos peores), y que provocaron los chistidos de los inquietos parientes de los participantes, se apagaron las luces. Un reflector bastante débil alumbró el surgimiento de un caballero con clámide (a continuación se supo que tendría a su cargo el papel del Corifeo) quien ubicó, a la derecha del proscenio, un cartel redactado así:

"hipólito"

tragedia estrenada

el cuarto año de la 87° olimpiada,

o sea en 428 antes de j.c.,

bajo el arcontado de epameinon.

homenaje a eurípides

de teresio morgana.

Descorrióse el remendado telón, y la obra recibió el primer aplauso, cuando la parte de la platea más vinculada a Teté y los suyos se creyó obligada a significar su conformidad con la escenografía. Ésta era poco menos que invisible, por la anemia de la iluminación. Pero acto continuo la sala se colmó de resplandores, al encenderse un segundo y cruel reflector. Por el estrecho pasillo central, entre el batir de palmas, avanzaba hacia el escenario la compañía en pleno. La encabezaba la áurea desnudez de Efraín, cuyos verdes ojos brillaban como piedras preciosas. Iban detrás los reyes, arrastrando el lujo triunfal de sus cortinas púrpuras y mostrando sus ojeras muy pintadas; y sucesivamente, las dos diosas: Artemisa, con una genial cota de malla, hecha de infinitos alfileres de gancho, y Afrodita, bajo tules de organizada transparencia; la fatal Nodriza, el ya visto Corifeo; las mujeres de Trezena, vestidas de gris; el inevitable mensajero que interviene en toda tragedia clásica; y alrededor, los compañeros y servidores de Hipólito, tan desarrapados como él. La dura claridad que el sencillo foco proyectaba, permitió apreciar la decoración, que había sido apretada y reducida, dentro de lo posible, pese a lo cual, más allá de la segunda hilera de plateas, las estatuas de Diana y de Venus resultaban tan descabezadas como el cisne de bronce que servía de arranque al barandal de la escalinata del Palacio. Eso, el recuerdo de ese mutilado cisne que, tácitamente, mágicamente, flotó sobre los moradores del caserón allí reunidos y que, aunque la mayoría no se percatase de qué se trataba con exactitud, impuso su enigmática presencia, desató entre ellos una breve corriente cálida, cuya irradiación atribuyeron a la que procedía de la electricidad, pero que tenía raíces harto más profundas. ¿Acaso no eran ellos, todos ellos, los cisnes? ¿acaso no los

llamaban así, irónicamente, en la ciudad, sin tener en cuenta sus divergencias diametrales? Aplaudieron, pues, los cisnes: con hispano fervor, Doña Paquita; con aprendido gracejo, el chulito; Leontina, con infantil asombro; sus clientes, con ávidas indagaciones del trasluz epidérmico de Venus; Niní, dividiendo su atención entre la financiera usura y la anatomía de Efraín; María Teresa y Nicolás Estévez, codeándose en cuanto reconocieron las cortinas de San Isidro; Sonia, buscando modelos de hembras gordas, por cierto ausentes; Rebeca, medio dormida ya, pues se acostaba temprano, como le aconsejaba su personal horóscopo; Aníbal Charlemagne, imitando inconscientemente, poéticamente, al agitar los brazos (por mimetismo), el aleteo de los cisnes; con reticencia, las huestes de Calzetti, y con austeridad rítmica el propio Leonardo Calzetti, cuya alma planeaba por encima de las luces y por encima de la memoria del cisne roto, en el ámbito impoluto donde empuña su cetro mixtilíneo la Geometría suprema. En fin, de una forma u otra, aplaudieron. Subió la compañía al escenario, lo cruzó con gallardía, pero encogiéndose y condensándose, para no derribar las estatuas de cartón en el tablado, y sólo se detuvo la diosa Afrodita, con lo que la tragedia germinó. Su discurso fue largo. Explicó los desdenes que le imponía la indiferencia de Hipólito, "quien rechaza al amor y se abstiene del himeneo", consagrando su devoción a Artemisa, la cazadora, la gimnasta, y proclamó que se vengaría, por intermedio de Fedra, madre política del joven, la cual lo amaba violentamente. Añadió que Teseo, esposo de esta última y padre del joven, no tenía idea de la existencia de esa pasión, y que ella (la diosa) se la revelaría, haciendo refluir la culpa sobre el casto mancebo, quien moriría a causa de las maldiciones paternas, mientras que Fedra moriría por su lado "no sin honor". Al detallar el argumento que desarrollaría después, Eurípides eliminaba cualquier probabilidad de "suspenso". Era la costumbre y, por lo demás, todos sus contemporáneos conocían la historia de Fedra e Hipólito de pe a pa. Eso no ocurre, en cambio, con los contemporáneos nuestros, de manera que, en realidad, el público del teatrillo de Almagro, una vez que se la habían narrado, no tenía por qué quedarse. Se quedó por varias razones, que se escalonan entre el pago de las entradas y el parentesco y amistad con la farándula, hasta la distracción frente al parlamento de Afrodita, y hasta la dedicación mucho más vehemente a justipreciar los atributos corporales de la diosa que su descriptiva elocuencia. Resumiendo: buena proporción de los presentes continuó en ayunas de la oratoria afrodisíaca. Ya se desataban los bostezos, cuando surgió Hipólito, escoltado por cuatro servidores, y la ostentación de tantas y tan buenas carnes despabiló a los de las butacas. Allí se produjo un intercambio de frases entre el doncel y uno de su séquito, quien lo exhortó a que no menospreciara a Venus para ocuparse de Diana, pero Hipólito se retiró con sus muchachos, sin ser convencido, después de haber pronunciado la rotunda frase: "No me gustan los dioses a quienes se adora durante la noche", la cual recogió una lluvia de aplausos, si bien había entre quienes manifestaban su asentimiento, numerosos escuchas que no aprobaban la afirmación, rindiendo culto, al contrario, a las deidades de la actividad nocturna.

El ingreso del coro femenino, que entró por la derecha, introdujo una diversión más. Puestas de hinojos a la redonda y tocándose casi, por lo exiguo del espacio, iniciaron su lamento monocorde, de acuerdo con las indicaciones que les había marcado Teté:

--"Mi ama, agotada en su lecho de dolor, permanece encerrada, y velos livianos sombrean su blanca cabeza. Hace dos días, me dicen, que su divina boca no prueba la fruta de Deméter: víctima de un mal secreto, quiere arribar al término funesto de la muerte."

Para mostrar cuán grande era su pesar, las mujeres, siempre aplicando la sabiduría escénica de Morgana, pusiéronse a golpear el piso, con lo que se alzó una nube tal de polvo--pues no lo habían barrido quién sabe desde cuándo-- que los de las primeras filas rompieron a toser y a estornudar y a sacar pañuelos, al tiempo que los de atrás, todavía no incomodados por la nube avanzante, multiplicaban las expresiones de indignación, pues perdían los recitados, sin los cuales (calculaban ellos) lo escaso que habían entendido hasta ahora corría el riesgo de esfumarse. Pero en ese lapso de zozobra, la insólita aparición de seis servidores portaantorchas, con sus hachas quemantes, por el fondo, hasta situarse entre las dos diosas de Gonzálvez y sus perdidas cabezas, conmovió al público con un sobresalto imaginado a última hora por el talento teatral de Teté, y renació el silencio. Lo quebró un largo grito, al que dieron eco otros y otros. La antorcha sostenida más cerca del cartón que representaba a Afrodita, por una inadvertencia de quien la llevaba, ansioso, tal vez, de exponer lo más posible de sus lindezas pectorales y abdominales, se entretuvo en lamer al principio, y en seguida en devorar aquella materia inflamable, de suerte que en segundos se originó un incendio. El accidente hubiera tenido solución, si no hubiese cundido el terror entre los servidores, las del coro y el barullero Teté, que se mostró en el proscenio aullando, con lo que se trastornó el resto de los pajes y comenzó a girar, demente, sin atinar qué rumbo seguir con las teas, las cuales, como liberadas, desataron sus lenguas y sus cabelleras de fuego y se apoderaron de cuanto hallaron en su camino. El incendio se tornó general, e inútilmente Hipólito, Teseo, Fedra y la Nodriza, pasándose de mano en mano unos baldes llenos de agua, trataron de vencerlo. Terminaron por huir, mezclados con el público que brincaba sobre las plateas, derribándolas, y se esforzaba por ganar la ahogada salida. Nadie pensó en que las mujeres debían salvarse antes que los hombres; eso quedaba para los cuentos de naufragios, que se leen tranquilamente en la cama. Cada uno pensaba en salvarse a sí mismo, y si Efraín, rojo de furia, alzó en brazos a Niní Soler, a medias sofocada en un nivel más bajo que el resto de los fugitivos, fue por pura casualidad. Escapaban los cisnes, aleando, batiendo los brazos, impacientes por volar. Hubo docenas de contusos y de desmayados, pero ningún muerto, alabadas sean Venus y Diana. El teatro-garaje se redujo a cenizas. De ese modo concluyó, velozmente, el homenaje de Teresio Morgana a Eurípides, tributado veinticuatro siglos después del estreno de esa obra, en la Grecia ilustre.

Aníbal Charlemagne fue, con el portero Ramón, el único en regresar esa noche al Palacio de los Cisnes, ya que sólo ellos tenían allí su casa. El poeta se despidió del andaluz y ascendió la escalinata casi a oscuras, latándole el angustiado corazón. Más que nunca, pensó que grandes bandadas de cisnes poblaban las habitaciones y las galerías y levantaban el vuelo doquier, rozándolo. Y fue entonces cuando creyó ver, en el segundo piso, al cruzar frente a los cuartos de depósito donde se perseguían las ratas, algo, algo incierto, ambiguo, un espectro, una sombra, el fantasma de Damián,

PINTURA BÍBLICA

Aníbal Charlemagne gozaba de su baño una vez por semana. Lo gozaba intensamente. Para ello, hacía hervir agua dentro de un par de ollas muy grandes, con las cuales iba colmando la tina, hasta que llegaba el momento delicioso de hundirse en el líquido caliente. La preparación, el sumergirse y por fin el estirarse bajo el agua, asumían un carácter ceremonioso y casi pío, porque aquellos eran los momentos en que el poeta se entregaba con más seriedad a la íntima meditación. Lo sorprendemos ahora, oscilando perezosamente dentro del húmedo elemento, que proyecta en torno una nube de vapor, de manera que el esquelético bonzo desnudo, asomado a la bañera, semeja una extraña aparición, uno de esos genios asiáticos que surgen, conjurados, en medio del humo de un cofre o de una vasija. Está pensando en el desastre de "Hipólito", ocurrido ocho días atrás, y en lo inútil y vanidoso de los designios humanos. En ese instante entra Leontina, seguida por Jazmín.

Venía, como otras veces, en ocasiones similares y si se encontraba libre, a cepillarle y fregarle la espalda. Hízolo así, cariñosamente, pues sabía que, aparte de cumplir con las exigencias de la higiene, brindaba al setentón un simulacro de voluptuosidad, ya que los últimos estertores de ésta parecían haberse refugiado en el espinazo serpentino, de marfil estriado y viejo. Lo jabonaba, lo frotaba, y hablaban de los acontecimientos recientes, contemplados por la gravedad del gato, que se lamía los pelos blanquísimos.

Teté Morgana había desistido de volver a intentar la presentación de "Hipólito". Había llegado a la conclusión de que la tragedia de Eurípides le traía mala suerte, y planeaba buscar fortuna en el teatro, más adelante, por medio de una obra cuyo personaje principal fuese una mujer. Siempre grandioso, se inclinaba hacia la "Medea" de Séneca. Que ni le mencionasen a los actores jóvenes. Si alguien, por error, pronunciaba el nombre de alguno de sus antiguos Hipólitos, hacía cuernos con los dedos. La verdad era que Efraín lo abandonó la noche misma del carbonizado estreno, luego de una escena terrible que ambos compartieron con Niní Soler y con el propietario del garaje perdido de Almagro, en la que la voz de la enana colérica alcanzó inesperados agudos. El juicio estaba ya en manos de picapleitos, y Teté y Efraín--que hacía causa común con la minúscula-- no se saludaban. (Y a propósito de Niní, es justo informar que lo de enana no se debe tomar al pie de la letra, pues no lo era exactamente: medía un metro y veintiocho centímetros, con tacos ¡y qué tacos!) En consecuencia, Morgana había licenciado a la compañía hasta nuevo aviso: los exquisitos, frágiles portaantorchas, con lágrimas en los ojos, le oyeron repetir que estaban "desterrados para siempre, por imbéciles y por hijos de puta, de todo teatro experimental". Raramente se veía ahora al señor director en el Palacio de los Cisnes, y entonces subía a escape la escalinata, para encerrarse en su estudio. Sólo Artemisa y Afrodita, sus confidentas, sus consoladoras, se reunían allí de tarde en tarde. Le traían alfajores, le hacían una taza de café y analizaban el futuro. Se murmuraba que Teté le había encargado su horóscopo a Rebeca, para saber a qué atenerse, y que también había asistido a una de las sesiones en que la rechoncha maga transmitía vigor, pero quien lo contaba era Doña Paca, y aquello podía no pasar de un infundio. Efraín iba y venía del taller de Miguel González al de Niní Soler, con lo que andaba muy ocupado. Tales eran las noticias que Leontina mezclaba con la espuma, mientras entregaba a Charlemagne.

--Es una lástima...--dijo el poeta--. Efraín hubiera conseguido interpretar a Hipólito.

--Y ¡qué cuerpo! ¡Qué manera de moverse!

Quedaron los dos en suspenso, como soñando y, para romper el hechizo, la prostituta tornó a su tarea y cambió de conversación, preguntando por la "Antología del Cisne".

--He concluido la traducción del soneto de Mallarmé. Es muy difícil.

--Léamelo, Don Aníbal. Aunque no lo entienda, me gusta la música.

--Tráeme mi cuaderno y una toalla.

Secóse el viejo las manos y, sin abandonar la tina, todavía envuelto por el vapor que a medias mostraba y ocultaba su enjuta desnudez, se caló los anteojos y leyó, casi murmurando:

*"El virgen, el vivaz y el hermoso presente
¿podría desgarrarnos con aletazos ebrios
el olvidado lago que bajo el hielo encanta
al glaciar transparente de los vuelos no huidos?
Un cisne de otros tiempos recuerda que es él mismo,
magnífico, quien libérase, pero sin esperanza,
por negarse a cantar la región donde vive,
cuando brilla el hastío del estéril invierno.
Sacudirá su cuello esa blanca agonía
que el espacio le impone al ave que lo niega,
mas no el horror del suelo que aprisiona sus plumas.
Fantasma que a este sitio consagra su pureza,
aquiétase en el sueño del fingido desdén
que reviste la inútil expatriación del Cisne."*

Una vez más, permanecieron en silencio. Lo quebró Leontina para opinar:

--No lo entiendo, pero parece muy hermoso.

Suena bien.

--Tampoco lo entiendo yo totalmente. La gran poesía transcurre siempre dentro de una zona a cuyos límites no llegamos por completo.

--Prefiero el que antes me leyó.

--¿El de Sully Prudhomme? Es un poeta mucho menos importante que Stéphane Mallarmé.

--A mí no me interesa que sea importante. Me interesa que me guste o no, Don Aníbal.

--En eso tienes razón.

--Pero éste me gusta también, aunque no lo comprenda. Hay una línea... la del fantasma...

¿cómo dice?

--"Fantasma que a este sitio consagra su pureza ..."

--¡Qué bien! "Fantasma que a este sitio..." Por tercera vez calló, y se dedicó a acariciar a Jazmín, que ronroneaba de placer. Alargado en la bañera, Charlemagne se contuvo para no referirle que la noche del incendio había creído ver al espectro de Damián, en la galería del segundo piso. La hubiera asustado ociosamente. Se puso de pie, huesudo y chorreante, y Leontina lo arrojó con la vetusta salida de baño, cuyo capuchón, al cubrirle la calva y enmarcar su rostro consumido y amarillento, acentuó su aspecto monjil. Aníbal se sacudió, se secó, ayudado por su amiga, y se puso una bata felpuda, gastada y emparchada como su íntegro y escaso ajuar. Luego, sin consultarse, arrimaron sendas sillas de paja a la cocina, porque el otoño avanzaba y sentían frío. La mujer calentó agua en una pava, y a poco el mate pasaba de una mano a la otra, entibiándolas, mientras proseguía la conversación. A esa altura, Leontina comprobó que habían agotado los temas y que empezaban las repeticiones. Ya habían analizado la situación de Teté y de los demás relacionados con la ruina del teatro; ya había leído Charlemagne su versión de un poema oscuro, inquietante, en el que un cisne fantasmal consagraba su pureza a un sitio; ya podía la usufructuaría de "un triste comercio" (a juicio de los diarios) tener la certidumbre de narrar su aventura de los dos días anteriores, sin ser interrumpida. Había aguardado a que los restantes asuntos quedasen de lado, huecos y exprimidos, porque se trataba de algo para ella tan fundamental que exigía la máxima atención. Y, como quien abre un libro en el que las figuras aventajan al texto, y va señalando, de una página a la otra, las ilustraciones de un cuento singular, fue mostrando los sucesivos y encadenados episodios. El gato saltó sobre el regazo de Charlemagne y se acomodó allí, aparentemente dispuesto a escuchar.

Dos días atrás, al atardecer, merodeaba ella por la Plaza Rodríguez Peña, en pos de alguno que contribuyese a solventar su magro presupuesto, cuando avistó, debajo de

la estatua del prócer, a un hombre parado, que parecía esperar pero que, simultáneamente (ella era muy ducha para cazar en el aire esas actitudes equívocas), no parecía esperar a nadie concreto. Esperaba, de ello no había duda. Pasó frente a él, atisbándolo con el rabillo del ojo, y alcanzó a distinguir que se trataba de alguien de unos cincuenta y cinco años, de mediana estatura, con una corta barba y un buen sobretodo. Eso le bastó; se volvió hacia el candidato, sonrió y se detuvo. El hombre vaciló un instante, se le acercó, cambiaron breves palabras y se alejaron juntos hacia el Palacio de los Cisnes. Don Nicolás Rodríguez Peña los contemplaba, adusto, cruzados los brazos de bronce, la capa colgante. Al llegar a la puerta del Palacio, el hombre tornó a titubear:

--¿Es aquí? ¿en la casa de los cisnes?

--¿La conoce?

No respondió el extraño, pero siguió detenido en el umbral. A esa hora, los Morales habían cerrado ya su negocio. Ella insistió, temerosa de perder a un cliente de tan próspero aspecto:

--¡Vamos!

--Bueno, pero subamos rápido.

Así lo hicieron, Leontina algo desconcertada por el humor del desconocido. Cruzaron como exhalaciones, entre el castañeteo de Doña Paquita y la habitación de Teté y sus olímpicas conspiradoras; atravesaron a escape la galería abierta, desde la cual se oía la acompasada voz de Leonardo Calzetti, corrigiendo y guiando a sus discípulos en el laberinto de los poliedros; dejaron a la izquierda el salón del escudo del cisne "más blanco que la nieve", donde Efraín y Niní Soler charlaban echados en un sofá, delante del fuego; treparon de un tirón la segunda escalera y se precipitaron frente al taller de Sonia y sus esculturas elefantinas; arremetieron con los escalones postreros, y sólo al desembocar en la azotea, jadeando, el individuo, paradójicamente, se tranquilizó.

--i Mirá que sos apurado!--quejóse Leontina, tironeándose la ropa--. Vení: esta es mi pieza.

Encendió la luz y el hombre, al entrar, quedó inmóvil, sorprendido y como desconfiado. Desde las cuatro paredes, lo observaban los héroes de la Biblia. No tuteó a su acompañante, al tiempo que la interrogaba:

--¿Usted es pintora?

--Algo, para distraerme. En mis ratos libres. El caballero sacó unas gafas, se las colocó, y giró por el cuarto.

--No están mal--dijo--, no están nada mal. Se ve que no ha estudiado, pero eso es mejor. Hay aquí una pureza...

Charlemagne le cortó el relato a Leontina, por excepción:

--"Fantasma que a este sitio--recitó-- consagra su pureza."

--Yo no soy un fantasma, Don Aníbal. ¡Avisé!

El hombre se había desvestido cuidadosamente y se había tendido en la transitada cama de bronce, pero se veía que los cuadros lo preocupaban, porque de repente, en plena labor amorosa, suspendía el ajetreo, se incorporaba y miraba en torno, hacia Sansón, hacia Noé, hacia Holofernes, hacia Caín. Eso irritó a la dama:

--¿Qué te sucede? ¿les tienes miedo? No te van a comer. ¿O te incomodan porque sos religioso? Yo también lo soy. Allá, sobre el lavatorio, está mi Biblia.

--No, no soy religioso. Estos cuadros...

--Los vendo. Están en venta. Si querés comprar uno...

--No... no es eso. Mañana volveré y hablaremos.

Pagó y se fue. La cortesana (por llamarla suntuosamente) quedó pensativa. El hombre de ojos grises y barba corta, tan correcto, tan amable, tan inquieto por su pintura, había ejercido sobre ella una atracción excepcional, porque lo habitual era que ni se fijara en quienes desfilaban por su cuarto.

Al otro día (ayer) regresó puntualmente, destruyendo las sospechas de Leontina de que lo de la vuelta fue una botarata. Y entonces le formuló la extraña propuesta acerca de la cual ella quería consultar a Charlemagne.

Ante todo, le dijo su nombre y apellido: Sebastián Nogales.

Aníbal se asombró:

--¿Sebastián Nogales? ¿el crítico?

Leontina le repitió lo que le había preguntado, frente al Palacio de los Cisnes, al incógnito señor que se aprestaba a gustar de sus habilidades voluptuosas :

--¿ Lo conoce?

--No personalmente--contestó Charlemagne--. Pero es muy conocido. Es un crítico conocidísimo.

Era lo que Nogales le había informado a continuación: que era el crítico de arte del diario tal, y que su obra le interesaba. Que no iba allí como comprador, pues no compraba cuadros. Le regalaban tantos que no sabía dónde meterlos. Iba a sugerirle que hiciese una exposición. Él se encargaría de conseguir una galería, la principal, y de presentar la muestra. Pero para eso la pintora iba a tener que darse trabajo. Necesitaba por lo menos quince óleos más. Ella quedó boquiabierta. Nunca se le ocurrió que sus cuadros pudieran merecer la atención de alguien tan autorizado y famoso. A algún cliente sí, que aspiraba a adornar su departamento con poco gasto,

pero a un señor crítico... y de ese gran diario... Le contestó lo evidente, suspendiendo el tuteo:

--¿Y de qué voy a vivir, dígame, mientras estoy pintando? Porque para pintar quince óleos preciso cinco meses, sin dedicarme a otra cosa. Y mi oficio... no me refiero al de la pintura, sino al otro... el que me da para vivir... me toma tiempo... Cuando los hombres no vienen solos, tengo que salir a buscarlos...

En cambio la tuteó Sebastián Nogales:

--De ese aspecto me ocuparé yo. Seré tu único cliente.

Con lo cual se fueron a la cama, impetuosos, para dar firmeza a su acuerdo, lo mismo que los mandatarios, presidentes o ministros, que se abrazan después de firmar y sellar un tratado.

Pero ahora, transcurridas esas efusiones, Leontina dudaba. ¿Le convenía entregar su exclusividad física a Nogales? ¿Sería una persona formal? ¿No iba a salirle con alguna perrería? Evidentemente, por lo que acababa de declarar Charlemagne, era alguien respetable, superior. Sin embargo, hubiese sido ingenuo no incluir la posibilidad de que a un personaje superior, al familiarizarse con una mujer como ella, le repugnase concederle el nivel que le hubiese otorgado a una mujer de otro tipo. Por supuesto, nada le fascinaría más a Leontina (y se lo reiteraba al poeta) que aplicarse sólo a leer el Antiguo y el Nuevo Testamento, y a pintar y pintar. Nada. Los hombres la dejaban molida hasta el hartazgo. Ya ni los distinguía. Y esa idea... la de consagrarse a Sebastián Nogales por entero, prescindiendo de los demás, de legiones y legiones... ¿Qué sentiría por ella el señor Sebastián? ¿Qué podía sentir un varón tan digno, tan cortés, con tan espléndido sobretodo y tan excelente ropa interior? ¿Le interesaría, auténticamente, su pintura? Y Leontina se había plantado en el centro del cuarto, luego de la partida del crítico, a estudiar con ojos nuevos los frutos de su pincel, buscando, indagando en las escenas dramáticas y multicolores, la causa de la seducción que conmovía a Nogales. Y dudaba. Dudaba. Se lo dijo, se lo repitió a Aníbal. Y porfió: ¿qué le convenía hacer? ¿qué debía hacer?

Charlemagne dejó caer el capucho y se deslizó la diestra fina sobre la calva luciente. Apoyó después en dos dedos el mentón, y caviló, relegada en la otra mano la calabaza de mate. Él no era un experto en pintura, lejos de ello; pero lo que había recorrido y considerado, en museos y por medio de reproducciones, y lo que poseía de gusto, le bastaba para inferir que los cuadros de Leontina carecían de valor plástico; que estaban francamente mal pintados; y que si por algo podían cautivar (pero a eso lo juzgó discutible) era por su candor, por su directa franqueza, por lo torpe, y de resultas gracioso, del dibujo; por la espontaneidad pueril con que distribuía los colores incontaminados, sin tener en cuenta ciencia alguna. ¿Sería por eso--reflexionó-- que lo habían conquistado a Nogales, ahíto de escuelas, de ismos, de explicaciones, de palabrerío, de teorías estéticas, a las que los autores otorgaban más cuantía que a sus efectos prácticos? ¿Sería por eso? ¿Experimentaría el crítico, al internarse en la sencillez y la incorrupción de esa pintura, un bienestar y un reposo semejantes a los que lo enternecían a él cuando entraba en su baño y cedía al halago de una paz y un relajamiento del espíritu, preferibles a cualquier otra impresión? O, menos intelectualmente ¿habría que pensar que, al fin y al cabo, el célebre Sebastián Nogales era un hombre macerado con la misma arcilla que los otros hombres, y que por ende

lo que en realidad lo arrebató y enganchó no fue el arte modesto de Leontina, sino la propia Leontina, la exuberante Leontina, aparecida exactamente en la propicia ocasión, en un momento de honda soledad, y que entonces su interés por la pintura de la buena amiga de Charlemagne, no podía estimarse sino como una proyección, una exaltación, de su interés material (y acaso psíquico) por la mujer que el azar le brindó en la hora oportuna, y que quería conservar para él solo, celosamente, de modo que sus alabanzas no pasaban de ser un subterfugio, tendiente a lograr su reclusión y secuestro, pues sus pintarrajos en verdad no le importaban, o le importaban porque eran obra suya, y en consecuencia lo cegaban, provocando una admiración ficticia? ¡Cuánta complicación!

Los vaivenes de su pensamiento aconsejaron al viejo poeta no adelantar un criterio rotundo. Por ello, tras pesar el pro y el contra, replicó:

--Leontina, en este momento tu vida se bifurca. Frente a ella se abren dos caminos. El uno (que es el de la libertad) te condena a una existencia monótona, o sea a la que hasta hoy has llevado, pasando de un hombre al otro, ganando tu subsistir honestamente, pese a lo que murmuren los timoratos, pero sin grandeza. El segundo (que es el del sometimiento) te impone un género distinto de monotonía, puesto que te reduce a un hombre solo, a menos que el amor intervenga en la relación, en cuyo caso todo cambia. Este camino parecería, a juicio de un especialista, facilitarte la posibilidad de subsistir también honestamente, por medio de la pintura, y tal vez de alcanzar una forma de grandeza. Tú tienes que elegir: por una parte, se encuentran la libertad (una libertad relativa) y la segura pequeñez; por la parte opuesta, se hallan la sujeción (una sujeción que sospecho será inexorable) y la grandeza dudosa. La elección está en tus manos. Te lo digo una vez más: si Nogales te amara, o si tú lo amaras a Nogales, todo el planteo sería diverso, porque surgiría, con el amor, un elemento capaz de condicionar la situación entera.

Leontina lo escuchó atentamente. Cuando no entendía uno de los conceptos, lo hacía repetir y aclarar a Charlemagne, hasta captarlo bien. Por fin, ella misma adhirió a la perplejidad de Aníbal, pues no se pronunció ni en favor de la Prostitución Libre ni en beneficio del Arte Encadenado, al reducir sus alternativas a una palabra solitaria :

--Probaré.

Probó, efectivamente, y la balanza se inclinó del lado del Arte, indicando así la generosidad del Destino, que prefiere lo Bello (siempre que la obra de Leontina se pueda clasificar como una manifestación de lo Bello) a lo Promiscuo y Lujurioso. Durante cinco meses, de conformidad con lo pactado, Leontina no hizo más que pintar y no abrió sus cobijas a más hombre que Nogales, quien corrió con las cuentas. Él la estimuló en su tarea pictórica y en la que se desarrollaba en el lecho, y si en lo que concierne al tálamo rivalizó con su manceba en habilidad, como diestro guía, en lo que atañe a los óleos demostró poseer una ejemplar cordura, pues se abstuvo de aleccionarla y la dejó actuar con independencia. Leontina pintó lo que quería como quería, y actuó en los dominios sensuales como quería Sebastián. El corolario fue que surgió entre ambos un acuerdo perfecto, el cual condujo, en el andar de las semanas, al florecer del amor. Eso, como anunciara Charlemagne, modificó la combinación, transformando el esquema artístico-comercial-erótico, en una concordancia artístico-comercial-amorosa. Sebastián amó antes y Leontina amó después, pero llegó el momento feliz en que ambos amaron.

Amaron, se amaron, mientras que alrededor se acumulaban los lienzos y sus colorinches. En ellos, la mujer de Putifar perseguía al pudibundo José (consecuencia de las representaciones de "La Corte del Faraón", que Leontina había visto con Charlemagne, en el teatro Avenida, varias veces); el profeta Elías era arrebatado en un carro de fuego que parecía un automóvil en llamas; la Última Cena evidenciaba una abundancia de desayuno familiar de primera comunión, servido por una confitería de barrio, con helados, torta de chocolate y merengues; un Goliat peso pesado, al cual sólo le faltaban los guantes de box, enfrentaba a un David boquirrubio que coqueteaba con la honda; la reina de Saba culebreaba hacia el trono de Salomón, emplumada y fulgurante como una estrella de Hollywood; el Becerro de Oro era admirado como un toro campeón de la Sociedad Rural, ufano de sus escarapelas; Absalón colgaba del árbol por los cabellos, negro e inerte, como una víctima del Ku-Klux-Klan; "Dejad que los niños vengan a mí", presentaba un espeso racimo de chiquilines de todas las razas, con turbantes, feces, platos de paja chinos, chambergos, gorras, jipijapas, bonetes, cofias, sombreros de gaucho, greñas y trenzas, de cuyo centro emergía, agobiada, la triste faz del Señor; Eva conversaba con la serpiente estirando un brazo, como si estuviese por hablar por teléfono; y así. . . y así. . . hasta completar los quince cuadros que exigía el gran crítico.

En vano, durante los días iniciales del nuevo régimen, antiguos clientes de Leontina llamaron a su puerta. No les abrió. El único admitido allí, fuera de Nogales, era Aníbal, hasta que éste terminó por espaciar sus visitas y por suprimirlas casi, a medida que atestiguaba la invasión de Cupido y de la Musa no catalogada de la Pintura (que sin embargo existe) en la pieza de la que hasta poco antes había sido lo que se llama una prostituta y asimismo una perendeca, una peliforra, una pelandusca, una coima, una zurrón, una putaña, una puta... y un cisne.

Si bien Sebastián Nogales, cuando entró con Leontina en el Palacio, luego del encuentro en la Plaza Rodríguez Peña, cuidó de pasar inadvertido por sus demás moradores, que por causas profesionales lo conocían archibien, y se coló a escape en medio de los talleres, sus subsecuentes y diarias visitas a la dama de la azotea no pudieron disfrutar del mismo disimulo. Era imposible, por más que el crítico se ingeniase para jugar a las escondidas con los del caserón, que no lo pescaran. Los primeros en advertir su asiduidad fueron los Morales, a quienes menospreció, y que dictaminaron entre sí, vaya uno a saber por qué, que era el amante de Sonia, la delgada escultora del traje sastre y de la filosa boquilla. Su reconocimiento se produjo más arriba, más arriba en el edificio y en la escala social, y la casualidad quiso que el descubridor fuese Leonardo Calzetti.

Salía el maestro de lavarse las manos o de lo que necesitase, en el baño atroz de la planta principal, cuando súbitamente, trastabillando en la penumbra, tropezó con el crítico, que avanzaba con cautela por la galería. Fue tal su sorpresa, que al producirse el choque su conciencia se negó a admitir que se trataba de Nogales, y tras disculparse continuó su camino, rumbo al taller, pero en seguida vislumbró que no, que aquel era, en efecto, Sebastián Nogales, y temeroso de que éste creyera que le había negado el saludo, volvió, veloz, sobre sus pasos, y lo atrapó en el instante en que se aprontaba a subir la segunda escalera. Eso disgustó en extremo al amante de Leontina. Entre él y Calzetti prevalecía una relación intrincada. Cada oportunidad en que el maestro, cuyos méritos apreciaba Sebastián, realizaba una exposición, Nogales la comentaba elogiosamente, pero siempre hallaba la forma de insinuar en el ánimo del lector, por medio de sutiles eufemismos y juegos retóricos, la idea de que el gran Calzetti se había hundido, años y años atrás, en un pantano que no era de su propiedad (un

estero infructífero, rodeado por cubos uniformes) del cual no salía. Y eso, naturalmente, indignaba a la vanidad de Leonardo, la cual, adherida a su alma como un molusco conglutinante, sobrevolaba a la solidez material de su cuerpo, y circulaba por aéreas regiones a las cuales no hubieran debido alcanzar las sugerencias solapadas de Nogales. Pero alcanzaban. Alcanzaban y establecían entre ellos un resquemor, una picazón, a los que Calzetti jamás mencionó, porque no se lo permitía la citada vanidad, y porque las indirectas de Sebastián eran tan tenues y encubiertamente agudas, que no ofrecían asidero a ninguna queja o comentario. Sin embargo existían, indiscutiblemente.

Ahora bien, en cuanto atrapó al crítico, Calzetti se percató de que lo disgustaba que lo reconociera, de lo cual infirió, de inmediato, que su presencia allí no obedecía a un hecho que le convenía que se difundiese. Eso lo colmó de insana satisfacción. Nogales lo hacía rabiarse a él, con malicia taimada, en cada muestra, y hoy le brindaba la coyuntura de irritarlo a su turno. Comenzó por excusarse de no haberlo identificado, añadiendo que eso se explicaba por el hecho de que nunca imaginó que el ilustre Sebastián Nogales honrara con su presencia la humildad del Palacio de los Cisnes. Respondióle el crítico que por supuesto lo perdonaba e intentó continuar la ascensión, mas no fue sin que el maestro lograra preguntarle, previamente, qué buscaba en esa zona, a lo que Sebastián se limitó a responderle con el silencio de una ácida sonrisa, mientras se esfumaba en la curva de los escalones.

Tal actitud daba mucho que pensar. Calzetti regresó a su taller y reanudó su paseo, entre los caballetes de sus discípulos. De frío y pálido, se había convertido en cálido y rosa, lo que los alumnos, por embargados que estuviesen en rendir homenaje al Cubo, no dejaron de notar. Finalmente, en lugar de emitir una de sus máximas habituales ("el ángulo: he ahí el secreto"; "nada se parece tanto a un alma como un dodecaedro", etc.) musitó, hablando consigo mismo en voz alta:

--¿Qué andaré haciendo aquí Sebastián Nogales?

Eso desazonó sobremanera a sus discípulos, sobre todo al Bebe Andía, que era, de los siete, el que había conservado intacta la capacidad de reflexionar, pues los otros, reclusos en el geométrico dédalo, no solían emplear más razonamiento que el que les permitía seguir internándose en el infinito, entrecruzarse, superponerse, cortarse y dividirse de los planos que constituían sus obras. Empero, esta vez, el nombre de Sebastián Nogales puso en marcha a todas las mentes. Sebastián Nogales era el enemigo. Sebastián Nogales era el temerario, el paranoico, el perseguidor insidioso e incansable, que no bien el maestro inauguraba una exposición (en el momento triunfal en que, rodeado por los siete apóstoles, arrostraba y catequizaba al público de Buenos Aires), emitía su ponzoña dulce y entrístecía injustamente al sumo sacerdote del Cubo, cosa que éste embozaba admirablemente, luego de haber sorbido, frase a frase y palabra a palabra la maldita crónica. En esas ocasiones, si alguien, un estúpido, uno de los que leen y no saben leer, osaba recordar ante él la nota que Sebastián acababa de dedicarle, considerándola muy ponderativa, Calzetti, el gran Calzetti, sin que lo traicionase un músculo, le contestaba que no perdía el tiempo leyendo las crónicas de los periodistas. Y ahora Sebastián Nogales circulaba por el interior del Palacio. Se había metido en la ratonera. ¡Qué espléndido trance para acorralarlo y propinarle su merecido! Hubiesen bastado una media indicación, un signo del maestro, y los siete hubieran corrido a buscarlo, enarboladas las reglas, calados los compases, en ristre las escuadras. Pero el maestro congeló su rostro, hasta tornarse más cubo que nunca, y nada dijo que los incitara a atacar. Al rato, reincidió:

--¿Qué estará haciendo aquí Sebastián Nogales?

Como quien arroja una piedra a la impasibilidad de un lago, el Bebe se animó a servirle de eco:

--¿Qué andará haciendo?

Los demás, temerosos, se curvaron sobre sus trabajos, en tanto que Calzetti bajaba de su nube erizada de aristas y, humanizándose, se encaraba con su interlocutor:

--Tropecé con él, en momentos en que subía al segundo piso. Me parece raro que fuese a visitar a Sonia. No ha citado sus esculturas en ningún artículo. La ignora. El único del Palacio a quien destaca (y Calzetti soltó su hilaridad amarga y soberbia), es a mí, a mí... ¿Iría a que Rebeca levantara su horóscopo? ¿Necesitará enterarse de su futuro? ¿O habrá ido (y Calzetti volvió a producir la carcajada del esplendoroso desprecio) a pedirle fuerza? Quizás le haga falta fuerza. Cualquiera día le tocará medirse con un impaciente, y entonces ¡ay de él!

En la clase imponía su victoria el silencio, apenas combatido por el resollar de las inquietas respiraciones. Sólo el Bebe Andía se arriesgó a mirar al profesor.

--No seré yo--añadió el maestro, bruscamente-- quien vaya contra Sebastián Nogales. Nadie me ha oído decir nada en su contra. Nadie--y Calzetti echó a volar a la redonda sus ojos de águila--: él sigue su camino y yo el mío. Pero--prosiguió al cabo de una pausa, absorto-- me pregunto qué andará haciendo aquí. Descarto a Sonia y queda Rebeca... Entonces se oyó la voz juvenil del Bebe:

--Señor, queda también la posibilidad de que Nogales vaya al tercer piso, a la azotea, a ver al poeta Aníbal Charlemagne... o... o a Leontina.

Y él bufoneó quedamente, y rieron los comparsas, con risa hipócrita. Los heló el vozarrón de Calzetti:

--i A Leontina! i A eso viene, a ver a Leontina, a la gran...!

De sus labios no salió el duro vocablo, ni ninguno de los sinónimos profesionales que consignamos en este mismo capítulo. No lo precisó, porque fue como si lo hubiese pronunciado, y el término áspero, despectivo y concreto ascendió, en el centro del taller, como una esfera llameante, junto al alma de Leonardo Calzetti, que retornó, majestuosa, a la altura de la habitación, donde generalmente planeaba el espíritu del Hijo del Cubo, y allí continuaron flotando juntas, la palabra no dicha y obvia y el alma austera del pintor, mientras que el Bebe Andía y los otros seis discípulos volvían a reconcentrarse en sus teoremas sublimes. Al día siguiente, todos los del Palacio (con excepción de los Morales) supieron que Sebastián Nogales integraba la clientela de Leontina. Eso provocó, entre los cisnes humanos, una agitación y bullicio semejantes a los que se producen entre los verdaderos cisnes, si un águila o un gavilán surgen en el horizonte.

i Qué conciliábulos, qué aislados cálculos no se manufacturaron a la sazón! Aparte de Calzetti y de su cónclave, Sebastián Nogales interesaba esencialmente a María Teresa

Giménez Peña y a Niní Soler, pintoras elegantes; al pintor abstracto Nicolás Estévez (de los Estévez mendocinos), que pertenecía al Palacio "par alliance"; y a la escultora Sonia, pues Miguel González, encerrado en su cueva, no participaba de los desasosiegos de los demás, y si lo había hecho con el decorado de "Hipólito", fue porque se lo pidió Efraín. En la actualidad, "Hipólito" se reducía a un mal recuerdo, y Efraín a un apresurado huésped, que se evaporaba del taller de González al de Niní. Pero si Miguel daba las espaldas a la cotidiana presencia de Sebastián en el Palacio de los Cisnes, entre los restantes vendimiadores de las Bellas Artes ella ocasionaba desvelos profundos. Sebastián era (podía ser) el anunciador de la fama, el Mercurio, el mensajero del Olimpo Argentino. Unas líneas suyas diluían el anonimato y equivalían a un minúsculo pero eficaz foco resplandeciente, proyectado, en la página del gran diario sobre el nombre escogido. Analicemos aquí brevemente la posición de cada uno, para evaluar la magnitud de su zozobra. Conocemos ya el problema de Leonardo Calzetti, a un tiempo prestigioso y acosado. Sus alumnos soñaban con que sus respectivas e incipientes obras figurasen en una próxima exposición, en la que por primera vez tendrían que aguantar al crítico, si se dignaba comentarlas, y descontaban que su dependencia del Cubo descargaría sobre ellos la andanada que Sebastián no se aventuraba (aún) a dirigir contra su maestro. Nicolás Estévez, industrial abstracto, estaba en una situación similar a la de su novia María Teresa y a la de la amiga de ésta, Niní: ellos exhibían a menudo sus pinturas, en Buenos Aires, en Rosario, en Córdoba, en los Estados Unidos, en Francia, en Suiza, en Italia, en Inglaterra; las vendían (y sobre todo las regalaban) a parientes y a relaciones; eran objeto de glosas anodinas o exageradamente encomiásticas, en revistas mundanas, en diarios del interior y en ciertas publicaciones imprecisables del extranjero; pero nunca habían conseguido que Sebastián les dedicara una línea, por más que le enviaban sus espléndidos catálogos e invitaciones a los cocktails inaugurales, con el acompañamiento de seductores autógrafos. Y Sonia--que había sido citada, pese a la declaración altiva de Calzetti, en las críticas de los Salones Nacionales, a los que contribuía con insistencia anual-- sólo había logrado que la incluyese en lánguidas listas, acoplándole, en algún caso, un adjetivo, que era más una broma inspirada por la obesidad monstruosa de sus creaciones, que un juicio sobre su estético nivel. De este resumen deducirá el lector la intensidad del señuelo que las entradas y salidas de Sebastián Nogales en el Palacio constituía para los mentados. No bien se divulgó en los talleres la noticia de la frecuencia puntual con que concurría a la casa, se obstinaron en su acecho. Los asombraba su constante aplicación a visitar a Leontina y también que hubiese desplazado a su clientela, pero (con más razón los que pintaban) recalcaban aquello de "sobre gustos y colores...", refiriéndose a su preferencia sexual, porque jamás de los jamases, jamás en la perra vida, aunque los hubiesen torturado, se les hubiera ocurrido que los absurdos cuadros de Leontina pudiesen ejercer una pizca de atractivo sobre el desdeñoso Sebastián. Sólo Aníbal Charlemagne conocía el secreto, y lo guardaba para sí.

Consiguientemente, todas las tardes, habiendo tomado minuciosa nota del horario de entrevistas, se apostaron en su camino. Promediaba el invierno; hacía un frío glacial; dicho frío se condensaba y acentuaba en el corredor sometido a la intemperie, que Nogales no tenía más remedio que atravesar, y ese fue el campo de batalla que eligieron para la eventual escaramuza, ya que cada uno aspiraba a absorberlo hacia su propio taller, y allí, aprovechando la circunstancia excepcional que le brindaban la breve captura y el tenerlo a su disposición, mostrarle sus trabajos y obligarlo, de una vez por todas, a convenir en su valor. Por eso, no obstante la crueldad del clima, a las seis, Leonardo Calzetti abrió las tres puertas de su estudio, donde los discípulos, enfundados en sobretodos y ceñidos por las bufandas, inclinaban las bermejas narices y los pómulos azules sobre los trípodes, mientras el maestro caminaba, solemne,

sufrido como un espartano y (lo mismo que Teté, cuando espiaba el cruce de Efraín, pues en el Palacio de los Cisnes la ley del eterno retorno se cumplía, inalterable), destinaba un ojo a la clase y el otro a la galería. Algo más allá, María Teresa, Niní, Efraín y Nicolás, en el acceso del taller de las elegantes señoritas, fumaban, protegidos en lo posible por los abrigos de piel y los gabanes, y dejaban ver, como fondo, la encendida chimenea del escudo del Cisne, que brindaba su roja invitación. Y por fin Sonia, en la segunda escalera, se ingeniaba para subirla tiritando, precisamente en el instante en que Sebastián se lanzaba al asalto de sus escalones. En cuanto aparecía Nogales, las citadas figuras se ponían en marcha, como las de los antiguos relojes con personajes mecánicos, que al sonar la hora adquieren súbito movimiento. Calzetti se allegaba a una de las puertas, por azar; el grupo de los opulentos y de Efraín se mecía amablemente; Sonia acomodaba el ritmo de su paso al del crítico; y doquier, cual si fuesen las campanadas de ese imaginario reloj, tañían los "¡ buenas tardes! ¡ buenas tardes!", con la adición de algún estornudo. Pero Sebastián se limitaba a contestar las saluciones y seguía hacia su meta, sin detenerse. No lo tentaban ni la académica significación de Calzetti; ni la mesa de cocktails puesta junto al fuego de Niní y María Teresa; ni la fidelidad acompañante y callada de Sonia. Seguía y desaparecía, con lo cual, sin haber probado la fortuna de hablarle, los cisnes regresaban, defraudados, a sus nidos, y la retirada de Sebastián se desarrollaba entre el retumbo de las cerradas puertas.

Entonces, con exclusión de los Morales, equivocados y laboriosos; de Doña Paquita, que al son de las castañuelas entraba en calor y probaba que la jota es el mejor antídoto contra el frío; de Teté que, soplándose los dedos, declamaba la "Medea" de Séneca para la constante dentaria y la devota filatelista, sentadas junto a un brasero; y de Miguel González, que se había entregado al alcohol, los artistas del Palacio daban rienda suelta a su humillada cólera: Calzetti, increpando a sus discípulos, porque sus cubos no eran bastante cúbicos; las niñas chic, abrazando convulsivamente a Efraín y a Nicolás; y Sonia añadiendo pelotas y más pelotas de barro, a la mujerona que incorporaba a su serie de fenomenales estatuas. Era evidente que la vida palaciega no podía continuar así. Cundía en su atmósfera una maligna fiebre que pronto haría crisis. Entre tanto, en la azotea, en otro mundo, en un mundo de paz y de tierno lirismo, Sebastián Nogales y Leontina se amaban; Aníbal Charlemagne traducía, pausadamente, el poema de William Butler Yeats inspirado por los cisnes: "The Wild Swans at Coole"; y Jazmín dormía, sobre la cama de Leontina, si no la ocupaban los amantes o sobre la de Aníbal Charlemagne. casi siempre. Hasta que, al término de un mes de visitas, estalló la bomba, la inmensa, la enorme, la monumental, la exorbitante, la astronómica bomba. Y conste que su explosión no se debió a una infidencia del discreto Charlemagne, sino a una charla eventual entre Nicolás Estévez y el dueño de la galería donde, eventualmente, se iban a exponer las obras de Leontina: Sebastián Nogales organizaba esa muestra; Sebastián Nogales había obtenido, con dicho propósito, las salas más codiciadas de la ciudad; Sebastián Nogales la presentaría; Sebastián Nogales admiraba, alentaba y hacía pintar a la (y ya nadie guardó silencio) a la gran puta, reputa, reputona, reputaña, reputísima, colmo de la reputería reputerca. Produjese, como efecto de la revelación aberrante, presto repartida, un aflojamiento de la tensión que agarrotaba al Palacio. El cosquilleo de la chacota, de la burla, corrió de taller en taller: Nogales estaba loco, estaba rematadamente loco; carecía de autoridad, como probaba su entusiasmo con invenciones que se ubicaban allende el arte, "en dehors de l'art", dijo Calzetti. ¿Cómo?, ¿ese hombre que se atrevía a monestar disfrazadamente al gran Calzetti, y a ignorar a "las niñas" (María Teresa y Niní), las cuales habían sido elogiadas por importantes publicaciones internacionales, ese hombre, ese demente, admiraba la pintura de Leontina? ¿Qué pintura? ¿Existía? ¿Alguno la había visto, fuera de los desgraciados que

concurrían a acostarse con la mala hembra? La pintura de Leontina... ¡bah! Pero pronto, la relajación resultante de la noticia fue reemplazada por la furia, por una furia mayor aún que la derivada de la displicencia neutral con que Sebastián cruzaba el corredor helado, y ya no hubo nadie allí para desearle las "buenas tardes", cuando avanzaba, aterido, hacia la felicidad. La furia ardía en la reclusión de los talleres; quemaba el caserón, que crepitaba, pese al frío, como hecho de ascuas. Y sin embargo, con ser para todos incuestionables e históricos el delirio, la erotomanía y la befa del Arte de Sebastián, ninguno se le puso por delante y se los echó en cara. Ninguno. Se achicharraron solitariamente. Y la exacerbación de la enana Niní (que no era, en realidad, enana) llegó a tal punto que Nicolás Estévez creyó que iba a enfermar de despecho, y únicamente se consiguió calmarla a medias, cuando Efraín, puesto de rodillas a su lado, mientras María Teresa le refrescaba la frente con una toalla mojada, le juró, hipnotizándola con sus verdes ojos, que haría que el miserable Sebastián, el embrujado por la gran... etc., fuese a su taller.

V

LOS TRAIADORES

En la época en que Leontina dejaba los brazos de Sebastián para entregar sus manos al pincel y a la paleta, o sea durante los cinco meses preparatorios de su exposición, se escalonaron en el Palacio de los Cisnes tres traiciones, una de las cuales, la primera, ocurrida en el segundo mes, tuvo consecuencias trágicas.

Por entonces, Efraín dejó de ir, definitivamente, al taller de Miguel González, para consagrar la exclusividad de su tiempo libre--que era todo el tiempo, pues carecía de ocupación-- a Niní Soler. Esta niña y María Teresa, uno de los anocheceres primaverales en que habían abierto las ventanas que miraban al patio-jardín, oyeron en la planta baja el estruendo de una gritería, que provocó el asombro de Teté y de los discípulos de Calzetti (en ausencia del maestro), y que culminó en un portazo. Los golpes de puertas se multiplicaban en esos nerviosos días de la antigua casa. Así terminó, con violencia, la relación entre Efraín y González. Desde entonces, el muchacho visitó a diario a Niní, sin acordarse más, aparentemente, de Miguel, gracias al cual, al fin y al cabo, había tenido acceso al área de los cisnes.

Sólo a esa altura comenzó María Teresa a preocuparse por su amiga, pese a que el festejo de Nicolás Estévez no le dejaba demasiada libertad para consagrarla a otros asuntos. Hasta cierto punto, María Teresa se sentía responsable de lo que le pudiera acontecer a Niní, pues la sabía frágil y débil, bajo su tono falsamente seguro, y no ignoraba hasta dónde, desde hacía años, la proximidad y el afecto que le ofrecía daban apoyo a su pequeñez. Una tarde, antes de la llegada del cotidiano huésped, resolvió

plantearle su intranquilidad. ¿Se había informado Niní de dónde salía Efraín? ¿Quién era, exactamente? ¿Desempeñaba algún trabajo en alguna parte? Y, lo principal: ¿qué pretendía con sus asiduidades? ¿Ser su amante, casarse con ella? ¿Se casaría Niní con ese gitano?

Niní se concretó a sonreír misteriosamente y dejó pasar el alud de preguntas. Haciendo una concesión, dignóse responder a la última:

--¿Casarme? ¡Quién sabe! ¿Y por qué no? ¿Acaso vos no pensás casarte con Nicolás?

A María Teresa Giménez Peña la sublevó que el gitano ignoto y sospechoso (o judío, tal vez), brotado de un ghetto, o de una villa miseria, o de un carro vagabundo, por buen mozo y de bronce que resultase, fuese ubicado en el mismo plano espléndido que Nicolás Estévez, industrial, rico y con cuadros colgados en bancos, en directorios y en living-rooms importantes. Además... ¿cómo osaba pensar la pobre Niní que algo suyo podía fascinar a los ojos verdes de Efraín, si no era exclusivamente su dinero, su dinero acumulado y cuidado con minuciosa avaricia, ya que, a la postre, había que resignarse y convenir en que ella era una enana? (Y es cierto, en realidad, con su metro veintiocho, del cual había que descontar los tacos exorbitantes, a Efraín le llegaba un poco arriba del ombligo. Era una enana. Nosotros hemos sostenido lo contrario hasta ahora, pero retiramos esa afirmación y nos rendimos ante la evidencia: era una enana.) Como es natural, María Teresa no se lo dijo. Se mordió la lengua, juntó las manos y alzó la vista al techo. En ese momento entró Efraín y callaron ambas. El tema rodó, como siempre, sobre la locura de Sebastián, quien ya había pasado hacia el edén de la azotea. Y es curioso que se empeñasen en tacharlo de loco al crítico, en oportunidad en que se producían las pruebas de que quien había perdido la razón, en el Palacio, era Miguel González. Sus cantos a voz en cuello y sus destemplados gritos de borracho, estremecían la casa, a tal punto que, no obstante el calor, las niñas preferían no abrir las ventanas, y que tanto Teté como Calzetti y Rebeca prodigaban los coléricos chistidos. Por último el barullo llegó a ser tan insoportable, que un día María Teresa le sugirió a Efraín que bajase al taller del escultor y se esforzara por calmarlo, pero Niní se irguió todo lo que daba su estatura, como una amenazante víbora silbadora con carucha de muñeca, y, encendidos los ojos duros y redondos, precisó que por nada del mundo toleraría que Efraín descendiese a ese infierno, del que por suerte había salido.

Poco después se supo que no eran necesarias la intervención ni de Efraín ni del portero (en quien también se pensó, para llamar al orden a González), pues el Destino se encargó de esa función peligrosa. Una mañana, cuando en la casona se hallaban sólo los Morales, el andaluz y Aníbal Charlemagne, sonó un tiro en su interior.

--¡Se suicidó el poeta!--exclamó Lucho Morales, derramando el pote de mezcla dorada.

No, el poeta no tenía por qué suicidarse; el poeta estaba traduciendo a William Butler Yeats ("Leda and the Swan"). Quien se había suicidado en su taller, era el escultor. Y, luego de haber escandalizado al Palacio durante varias semanas--lo que contradecía la dignidad y reserva de su carácter--, dijérase que al clausurar su vida recuperó lo que su personalidad entrañaba de hondamente propio, porque eligió para hacerlo la hora en que los estudios estaban vacíos y en que su partida del mundo sería más prudente. Escasos fueron, pues, los que se descolgaron hasta el lugar donde González yacía

junto a la estatua del Cisne abrazado al desnudo Damián, a la cual manchó primero la sangre del joven y ahora enrojecía la de quien la había creado. Y por la tarde, al volver los inquilinos y los estudiantes a sus respectivas tareas, se enteraron de que un nuevo drama había acaecido en la casa; de que Monseñor González, lloroso, había estado ahí; y de que ya habían retirado el cadáver de Miguel. A Efraín se lo dijo Niní, y el muchacho se limitó a mover la cabeza, turbado; luego se paró, se apoyó en la chimenea, se tapó el rostro con una mano, y con la otra, extrañamente, se puso a acariciar el cisne del escudo, en tanto que le sacudía al cuerpo un leve temblor, hasta que recuperó la serenidad y se abrazó a Niní. Así los encontraron Nicolás y María Teresa, al entrar juntos.

Ese Palacio, en el cual, como en las teológicas imágenes de la Edad Media, el Infierno ocupaba el círculo más bajo y oculto (el seco jardín y el maldito taller) y el Paraíso se hallaba en el más alto, es decir en la soleada y estrellada dulzura de la azotea, donde soñaban los bienaventurados Leontina y Charlemagne, ese Palacio tan propicio a las habladurías de ignoto origen, fue por entonces el medio donde empezó a expandirse, de una habitación a la siguiente y de uno a otro círculo, a través del Purgatorio, el rumor de que había sido Efraín quien, empujando la estatua, mató expresamente a Damián. Pero de ser cierto, ya no era factible probar nada. Cuanto le pertenecía a González, incluyendo la estatua fatal, había sido retirado por orden de Su Ilustrísima. Es posible que Efraín perpetrara el crimen, para quedar allí como único dueño del ansioso Miguel; es posible que fuera, con su abandono, el causante del suicidio de éste; pero también es posible que González haya sido el que mató a Damián y que, por eso, por remordimiento, se quitó la vida. Y cabe suponer asimismo que la estatua se cayó porque lo impulsó la desgracia, a causa de un movimiento brusco de uno de los dos o del propio Damián. La verdad verdadera no se supo nunca. Y la existencia del Palacio, trastornada por la reiteración de la tragedia, recuperó su ritmo. Miguel González quedaba atrás. Con excepción de Efraín y de Doña Paquita, que admiraba en él al aristocrático caballero y al que suponía un Don Juan seductor de mujeres, los demás lo habían conocido apenas. Otras cuestiones, otras alarmas, otras angustias--de índole harto distinta, pero íntimamente vinculadas con la palaciega memoria-- se sucedieron en la época contemporánea de la incorporación de Sebastián a su leyenda y anales, y del organizar y elaborar de la muestra de Arte Bíblico.

El segundo episodio que implica una deserción, situado históricamente en ese período, tuvo comienzo en la escalinata del descabezado cisne, al cruzarse en su mitad el majo de Doña Paquita (el Pichón Reyna) y Teté.

Teté estaba descontento. La "Medea" de Séneca no prosperaba. Había citado a su compañía, para darle lectura del texto, y aquello resultó fatigoso. Era inútil. Teresio Morgana no experimentaba ninguna comunicación con una obra que tenía a una mujer por personaje central, aunque esa mujer poseyese la tremenda energía viril de la heroína del preceptor de Nerón. Medea lo dejaba frío, y lo saturaba de nostalgias de Hipólito, del intenso calor humano que Hipólito, que los Hipólitos transmitían a sus venas. Se cruzó, pues, en la umbría escalinata, con el Pichón Reyna, y del uno al otro fueron y vinieron las miradas, como dardos, como arpones veloces, arrojados a lo hondo. Luego siguieron sus caminos: Teté descendía a comprar cigarrillos; había decidido pasar solo la tarde, reflexionando sobre el problema de "Medea"; quizás, dentro de un par de horas, se presentasen allí Artemisa y Afrodita, que salían de clasificar dientes postizos y sellos de correo; y el Pichón Reyna ascendía hacia el estudio de Doña Paca, a recibir su clase; a ponerse de perfil; a afirmar la mano en la cadera; a arquear los brazos; a hacer sonar los dedos como crótalos y a agitarlos como

patas de araña. Tres escalones más bajó Teté, y regresó sobre sus pasos. Ahí se entabló uno de esos diálogos entrecortados, en cuya conducción brillaba la maestría de Teresio. La disculpa, ya que alguna debía alegar para interrumpir la marcha del bailar, fue inquirir si no tenía idea de que existiese alguna eventualidad, aun remota, de que Doña Paquita dejase las salas a la calle cuya posesión tanto anhelaba Teté. Por supuesto, nada sabía el Pichón del asunto, pero eso a Morgana le importó poco. Lo que le importaba es que estuviesen conversando, frente a frente, y sonriéndose, tras el intercambio de miradas punzantes. De súbito, cuando decaía el tema limitado, Teté probó su excelsitud y su experiencia e inspiración fantasiosas, con un verdadero efecto teatral. Puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo del jovencito, tornó a clavarle los ojos y declaró:

--¡Lorenzaccio! ¡Eso sos vos, m'hijo! ¡El Lorenzaccio de Alfredo de Musset!

El aprendiz de danzas populares españolas, que jamás había oído nombrar ni a Lorenzaccio ni a Musset, optó por aguzar su sonrisa hasta tornarla astuta, tratando de dar la impresión de que estaba perfectamente al tanto de lo que proclamaba Teté, y de que por el momento se reducía, batiendo sus arqueadas pestañas, a aguardar a que Morgana desarrollase (y con ello tal vez aclarase) su pensamiento. En seguida, sus deseos fueron colmados:

--¡No hay más que verte! ¡Cómo no me he fijado antes! ¡Qué distracción! ¡Lo cierto es que tengo la cabeza llena de cosas! Pero sí: vos sos Lorenzaccio. Vos sos un chico del Renacimiento. Te imagino vestido de terciopelo violeta, con las

piernas ceñidas, muy ceñidas. Y adelantándote en el proscenio para decir, como Lorenzaccio:

"¡Ah, habéis vivido solo, Felipe! Semejante a un fanal que deslumbra, habéis permanecido inmóvil al borde del océano de los hombres, y habéis visto en las aguas el reflejo de vuestra propia luz..." ¡Qué maravilla! Estiras el brazo un poco, apenas: "Del fondo de vuestra soledad, juzgabais al océano magnífico, bajo el esplendor del palio de los cielos..." ¡Te imagino perfectamente! ¡Lorenzaccio!

De esto, el Pichón dedujo que Teté le hablaba de una obra llamada "Lorenzaccio" o que su protagonista se llamaba de ese modo; y que dicho Lorenzaccio necesitaba tener, como él, buenas piernas. Además, lo halagó que Teté se lo figurase vestido de terciopelo violeta, color que sentaría admirablemente a su piel dorada a fuerza de cosméticos. En una palabra: se sintió lisonjeado y envanecido hasta el arrebató, por la circunstancia excepcional de que un director de la trascendencia de Morgana (cuyo "Hipólito" había concluido en un fiasco, pero a causa de un accidente) le otorgase una atención tan particular, acentuándola con afectuosas presiones sobre su hombro. Y al sugerirle Teté que continuasen esa charla en su estudio, y dejarle entrever el espejeo de un futuro en las tablas, que nunca alcanzaría por medio de las lecciones de Doña Paquita, terminó, luego de una efímera y falsa incertidumbre, por aceptar la invitación. Corrió, por ende, al sector de la señora Francisca, a quien le comunicó que no podría asistir a clase y, disimulándolo, se metió en el estudio de Teté.

Éste se había dado tiempo, vertiginosamente, en tan brevísimo espacio, para servir sendos vasos de vino; encender una sola y tenue lámpara; prender una aromática pastilla en un sahumador; y expandir, desfallecido, sus cincuenta y dos años

hostigados por el tiempo, y su disfrazada calvicie, que a medias tapaba su lacio y largo pelo, de dudoso tono rojizo, sobre un canapé cubierto de sórdidos almohadones. Jugaba con la cadena de plata que rodeaba su cuello, de la cual pendía un medallón con el desvestido, purísimo y flechado San Sebastián.

Entró el Pichón, y Morgana le tomó una mano y lo hizo sentar a sus pies, en un cojín. Delante del muchacho detallábase, con quebraduras acá y allá, el inusitado piso de azulejos que quien mandó construir la casa, hizo poner en el que fuera su escritorio. Tenía ese piso por motivo central al cisne del escudo, con otro semejante asomando del yelmo, y lo flanqueaban las imágenes multicolores de las distintas especies del ave familiar: el cisne mudo, el cantor, el enano, el de cuello negro y el negro totalmente, y como el fondo de cerámica que unía a las diversas y hermosas efigies tenía iridiscencias en las que privaba el azul de mar, el majo Reyna, ofuscado por la parla de Teté que le llegaba a través del leve vaho del sahumero, tuvo la alucinación fabulosa de flotar entre cisnes, o de ser un cisne más, delgado y ágil y grácil, mientras el director--lo mismo que le había resumido a Efraín el argumento del "Hipólito" de Eurípides-- le refería la trama del "Lorenzaccio" de Musset. Evocadas por Teté Morgana, la habitación se colmó de majestuosas y cautivantes figuras, cardenales y príncipes, ilustres señores y asesinos a sueldo, en medio de los cuales, tal el cisne heráldico en el eje de las especies restantes, se movía el encantador Lorenzo de Médicis, Lorenzaccio (delgado y ágil y grácil como el Pichón, subrayó Teresio), ese Lorenzaccio de traza tan indolente y viciosa, que finalizaría matando a su primo, el brutal duque Alejandro, para salvar a Florencia. Oíalo el Pichón extasiado, y cuando Teté le ofreció el papel del Médicis juvenil y fascinador, y le añadió que tendría que aparecer desnudo en la escena del crimen, porque así lo imponía la moda actual del teatro, pensó sentirse mal de placer (a causa también, probablemente, del pebetero), y ya caía hacia atrás, en blanco los ojos, en momentos en que por suerte entró Artemisa, quien le refrescó las sienes y lo volvió en sí, ante la displicencia irritada del señor director, que seguía repantigado en los sucios almohadones.

A buen seguro, el mocito, una vez que recuperó la serenidad, acogió con júbilo y gratitud el prodigioso ofrecimiento. Le hizo saber, pues, a Doña Paca, que ponía término a sus lecciones para incorporarse a la compañía de Teté, y que tendría a su cargo la parte del galán en una obra de un escritor francés cuyo nombre no recordaba, pero que era una historia del Renacimiento, muy linda, y que los trajes iban a ser preciosos. Y esa fue la segunda deserción que tuvo lugar en el Palacio de los Cisnes, durante el período preparatorio de la muestra de Leontina. Así como Efraín había abandonado a Gonzálvez, Doña Paquita fue abandonada por el Pichón. Pero, en el caso de la argentina-hispana, las consecuencias no alcanzaron ningún dramatismo. La vieja señora hizo una mueca de disgusto; observó al chulo de arriba abajo, con repugnancia manifiesta; lanzó un "¡icoño!" vibrante, que acompañó con un fiero repique de castañuelas, y, al encontrarse con Teté, al día siguiente, en la misma escalinata, le agradeció efusivamente que la hubiese librado de ese engendro insoportable, a quien, por lo demás, tendría que eliminar muy pronto de su curso, porque iba a sumarse a él, para ser objeto de clases especiales, la Rabínskaia "¿sabe usted?, la gran bailarina que ha tenido tanto éxito en Quito y en Bogotá y en Rosario y en Mendoza y en varios sitios de la provincia de Buenos Aires, y que quiere perfeccionar su interpretación de "La muerte del cisne".

No nos extenderemos todavía acerca de los pormenores que conciernen a este nuevo personaje coreográfico; más adelante, deberemos consagrarle algunas páginas, para cumplir con nuestra obligación de biógrafos del Palacio cisneo. Antes bien, por

contribuir a la claridad cronológica y con el objeto de completar nuestro capítulo sobre las traiciones desarrolladas paralelamente con el progreso de las pinturas de la bienamada de Sebastián Nogales, conviene que consignemos aquí lo relativo a la deslealtad del Bebe Andía. ¡Ay, el Bebe Andía! ¡tan luego el Bebe Andía! ¡uno de los incondicionales del Cubo! ¡quizás el que escuchaba con más atención la palabra augusta de Leonardo (Leonardo Calzetti), pues era el único que osaba darle una mansa réplica! Impusieron las circunstancias irónicas que también él ¡ay! se incorporase a la fila tenebrosa de los felones. ¡Él, un privilegiado, uno de los monacillos, uno de los subdiáconos que oficiaban, gravemente, alrededor del pope de la Geometría Soberana! Y todo por un extravío, por una ridícula comedia, por una jugarreta de la Fatalidad, aunque hay que tener en cuenta que, antes de que ésta se produjese, ya empezaban a pujar en el ánimo del Bebe las semillas timoratas de la desobediencia, tan minúsculas, empero, que de no haberse producido a la sazón el tiro de dados de la Suerte loca, es seguro que el Bebe Andía no se hubiese atrevido a romper sus votos, y hubiera permanecido fiel, inagotablemente, a su rectilíneo maestro. He aquí la triste, la absurda anécdota de cómo y por qué colgó los hábitos de arlequín místico, y cambió la paz del templo de Euclides y de Pitágoras por el azaroso dédalo del Mundo, deslizándose hacia él por la pendiente, por el declive, por la hipotenusa de la insubordinación.

El Bebe salía, un sábado por la noche, del cinematógrafo, solo, como corresponde a un austero, cuando quiso la casualidad que se encontrase, en la desazonante esquina de Corrientes y Callao, con el propio Calzetti. Algo lo desconcertó al muchacho que éste circulara por ese paraje y a esa hora, pues no lo imaginaba noctámbulo, ni menos frecuentador de turbamultas. En todo caso, de pensar que Leonardo velara hasta tarde, el Bebe hubiese debido suponer que dedicaba la vigilia a meditar sobre las excelencias de la Forma cuyas seis caras idénticas, como el rostro inmutable de Buda, simbolizan la omnisapiente quietud y serenidad. Lo sorprendió, pues, el hallazgo, pese a lo cual, arremetiendo entre el vulgo, se acercó a él y lo saludó. Calzetti, al oírse llamar "maestro Leonardo", retribuyó amablemente su cortesía, tan amablemente, tan afectuosa y aun tiernamente, que el Bebe Andía sintió crecer su asombro, ya que esa actitud contrastaba con la distancia gélida que imponían la personalidad y el carácter del pintor. Aumentó más su sobresalto, cuando el gran Calzetti lo invitó a tomar un café, honra insigne que se apresuró a disfrutar. Sentáronse, pues, codo con codo, a una mesilla, en un bar tan colmado de gente que en seguida se suscitó entre ambos una intimidad que hasta ese momento no había existido y parecía imposible, ya que en sus clases el maestro se mantenía celosamente aparte de sus alumnos, sobre todo si se recuerda, como hemos subrayado en varias ocasiones, que durante las mismas el alma de Leonardo solía flotar varios metros encima de su cuerpo, desentendida de las humanas miserias.

Aquí no: aquí, el alma y el cuerpo de Calzetti envolvían prácticamente al amedrentado Bebe, quien se disminuía y reducía todo lo factible, mientras que Leonardo ganaba volumen hasta ceñirlo y abrazarlo. Y lo más singular era que el profesor ilustre, en vez de hablarle, según su predicadora regla, del Arte y de la gloria de rendir pleitesía, con el lápiz y el pincel, al Divino Cubo, repitiendo su máxima célebre: "el ángulo, he ahí el secreto", o de replicar a los balbuceos con que el Bebe aspiraba a cambiar de tema, mencionando a Sebastián Nogales, a Leontina, a Miguel González, al desgraciado Damián, a Aníbal Charlemagne, a Picasso, a Braque, a Fernand Léger, a Juan Gris y a cuanto se le ocurrió, respondía a estas alusiones al Palacio de los Cisnes y a los astros del idolatrado Cubismo, con una sonrisa vaga, en tanto que prolongaba la insistencia en referirse al pelo castaño de su discípulo absorto,

cuya lacia lluvia a medias le tapaba una mejilla; en rozarle ese pelo; en masajearle un brazo; en oprimirle una pierna con la suya, y en soplarle sobre el rostro lampiño su aliento cariñoso. Transcurrieron de esa manera treinta minutos imprevistos, chocantes y densos de angustia, hasta que el Bebe Andía consiguió desprender sus dieciocho años aturridos del pujante clinch de Calzetti, y murmurar que debía partir, porque su madre no se dormía hasta que él regresaba al hogar. Y con ser rara la escena, cargada de concupiscencia tortuosa, que se acababa de producir, la estupefacción del muchacho, que calificaremos de enorme, se intensificó todavía, cuando el admirable Leonardo Calzetti, antes de aflojar el estrujamiento, le pidió cincuenta mil pesos (de los viejos) prestados. Los tenía el Bebe, por excepción, pues siempre andaba corto de dinero, y los entregó sin vacilar a su oráculo y pedagogo, con tal de recuperar la independencia, y con ella el poder de reflexionar desahogadamente sobre lo muy monstruoso que lo había elegido por testigo y actor esa extraña noche.

Desensartado y despojado, volvióse a su casa a pie, porque no le quedaba en la magra cartera con qué pagar el colectivo, y porque necesitaba que el aire fresco lo despabilase. Grandes eran su desilusión, su escándalo y su aturdimiento. ¡ Leonardo Calzetti también! ¡ También Leonardo Calzetti! ¿En quién creer, entonces? ¿A qué santo encomendarse? Desde la edad de catorce años, estaba habituado a que hombres de diversa edad y condición, generalmente desagradables, lo siguiesen en las calles porteñas. Su terror y su cólera habían desalentado cada vez a esos perseguidores, cuya reiterada cacería sólo le había servido al Bebe para alcanzar a la conclusión de que él era un ser deseable, y de que hasta ahora no había deseado corresponder a los deseos de quienes lo deseaban. Simultáneamente, había madurado en su mente el miedo que le inspiraba un mundo dentro del cual le tocaba representar la parte de la fugitiva liebre, y a los demás la de los galgos cazadores (galgos, bulldogs, pekineses, sanbernardos, lulús, foxterriers, etc.). Al terminar el bachillerato descubrió, en el taller de Calzetti, un refugio contra esas asechanzas. Allí se podía respirar; allí se estaba a cubierto de todo peligro; aquello gozaba, a un tiempo, de las características del monasterio y de la fortaleza; sería aburrido, aburridísimo, pero compensaba su monotonía con la ausencia de ansiedades; y si bien su espíritu a menudo se rebelaba, calladamente, ante la cúbica tiranía que cortaba las alas de su imaginación, bastábale respirar la atmósfera de sanatorio del taller de su maestro, para valorar lo que significaba como higiénico asilo, ubicado en pleno corazón de una metrópoli malsana, corrupta. ¡ Y esa noche, de súbito, había sufrido el desengaño mayor de su vida, pues se había enterado de que Leonardo Calzetti también, de que también Leonardo Calzetti se sumaba a la jauría de sus hostigadores, de que descendía de su altar de virgíneo hierofante, se despojaba de las sacras vestiduras, se mostraba en su pobre desnudez hipócrita, y pretendía arremeter, como el resto de los canes babosos, contra la juventud intacta de su adepto! ¡Ay, ay, ay, ay! Casi sollozando, el Bebe Andía llegó por fin a su casa, besó la frente de su madre, tardó en dormirse y soñó que Calzetti y el conde Drácula, protagonista de la película que viera poco antes de encontrarse, para su desgracia, con su maestro, en la esquina de Corrientes y Callao, eran una sola persona y un solo vampiro.

De no mediar los cincuenta mil pesos en cuestión, es manifiesto que el Bebe no hubiese tornado al Palacio de los Cisnes. Lo avergonzaba la perspectiva de levantar los ojos de su dibujo, y de que su cándida mirada se cruzase con la libidinosa de Leonardo Calzetti, apeado del Valhala poligonal. Lo abochornaba. Pero asimismo lo tironeaba la urgencia de recuperar su dinero. De conformidad, continuó asistiendo a las clases, y en ellas, en lugar de enfrentarse con los sensuales atisbos de su transformado maestro, halló en éste la habitual indiferencia, lo que ahondó su zozobra, pues dedujo que el

gran Calzetti reservaba la revelación del aspecto más secreto de su personalidad para oportunidades especialísimas y, a medida que transcurría la semana, enriqueció ese pensamiento con la vislumbre de que el maestro se hacía el sonso y borraba el tormentoso pasado, para no pagarle. Eso era algo que no cabía, como eventualidad, dentro de la modestia del presupuesto del Bebe. Optó, consiguientemente, por hacer de tripas corazón, quedarse en el taller al final de una clase, y reclamarle lo suyo. Para que osara actuar así, era menester que el Bebe hubiese perdido la consideración sumisa que, desde que se incorporó a los cofrades, tributó al arzobispo de los Santos Poliedros. Seamos equitativos ¿podía continuar tributándosela, luego que el insigne lo tanteó, sobó, festejó y expolió? La reacción de Calzetti, cuando el cuitado le comunicó su intención de recobrar sus pesos, fue inimaginable. El alma de Leonardo da Calzetti bajó violentamente del cielo raso; se pertrechó dentro del airado cuerpo, y dio rienda suelta a una indignación que mezclaba el asombro con .. el horror resultante de la blasfema y sacrílega lesa majestad. Al asombro del pontífice opúsose el del neófito, hasta que del intercambio de tartamudeos y de rugidos brotó primero la pequeña chispa y luego la vacilante llama de la cuestionable verdad. ¿Cómo era admisible, bramaba el artista, que su discípulo hubiera supuesto, conjeturado, admitido, que él, él, Él, fuese capaz de asumir una actitud tan atrocemente torpe? No. Andía se había engañado. Ése no era él, era otro... otro (y Calzetti apagó la voz, como quien se confiesa), que equivalía, para su desventura, a lo que Mr. Hyde para el Dr. Jeckyll. Ese otro no debía ser sino su hermano, su mellizo, su sosía, su espejo, su igual, venido de Paraná subrepticamente, con el fin de confundir a sus adictos y de afrentarlo. ¿Cincuenta mil pesos? ¿Le pidió cincuenta mil pesos? Aquí estaban (y Calzetti hurgó, con asco, en su cartera. ¡Aquí estaban! El Bebe Andía los tomó, aterrado, estirando la punta de los dedos. Y en seguida, como si a su vez se cobrase el monto de esos miles, Calzetti abrió un prolijo interrogatorio, al que era difícilísimo contestar, ya que versaba sobre las actividades desarrolladas por su hermano (siempre que ese hermano existiese), la media hora en que el Bebe y él estuvieron trabados y superpuestos en el hacinamiento del café. Respondió la timidez del muchacho con monosílabos, lo que hizo acrecer la furia sagrada del pintor, en tanto se interiorizaba, casi adivinándolos, de los manejos y desmanes que se le atribuían. Y paralelamente, se afirmaba en el espíritu del Bebe, del amedrentado y zarandeado Bebe, la certidumbre de que no era posible que una semejanza tan total se produjera; que lo del gemelo parecía una invención, tras la cual se escudaba el cinismo embustero de Calzetti, ya que él, el joven Bebe, por Joven y por Bebe que fuera, no podía caer en un error tan obvio y confundir a su maestro alabado con un rastreador y arrinconador de niños bonitos. Y él era un niño bonito, sobre eso no había discusión; su profesora de literatura, en el colegio (señorita viajera), le había declarado que recordaba a los modelos de Agnolo Bronzino.

Calzetti insistía, perorando y protestando y exigiendo detalles de la lubricidad de su hermano hipotético, y al acentuarse su exacerbación, su piel mudó el tono, trocando la palidez lánguida por el púrpura apasionado, con lo cual se reforzó su similitud con el individuo misterioso de Callao y Corrientes, hasta que aquel personaje, el Hijo del Cubo y el conde Drácula se encarnaron, ante los ojos aterrorizados del Bebe, en un solo vampiro devorador. A tal grado llegó entonces su pavora, que no pensó más que en huir y en no volver jamás, jamás al taller del ambiguo Calzetti. Hízolo así y salió gritando " ¡ adiós! ¡ adiós!", y lo cierto es que no volvió nunca, y que nunca logró, tampoco, descifrar el enigma del Hermano del Cubo, ni saber si quien lo había solicitado con galanteos, mimos y zalamerías, en un bar porteño, era el propio Cubo Divino, Padre e Hijo a la vez, o su apariencia y remedo culpables.

No retornó al taller de Leonardo, pero el Palacio de los Cisnes lo cautivaba demasiado para que el Bebe Andía lo desertase definitivamente. Una semana más tarde estaba de vuelta, ahora en el segundo piso, no en el primero, y en el estudio de Sonia no en el de Calzetti. Allí se entregó, con desenfundada alegría, a la felicidad de esculpir, no de pintar, y de crear hombres multimusculosos (parejas de las mujeres pluritetudas de Sonia), no de trazar las soporíferas líneas rectas que vigilaba Leonardo. Fue una liberación. Y fue la tercera traición del Palacio, en el tiempo en que Leontina completaba su exposición inspirada por el Antiguo y el Nuevo Testamento y por el amor de Sebastián Nogales. Tal como Efraín eludía el encuentro con Miguel González, en la escalinata y en las galerías, en pos de la sala y del sofá de Niní; y tal como el Pichón Reyna esquivaba a Doña Paquita, en beneficio de Teté Morgana y de la ilusión de su "Lorenzaccio"; el Bebe Andía evitó a Leonardo Calzetti, para buscar amparo entre las hembras inmensas y deformes de Sonia, y entre los hombrachos a quienes él les imponía tremendos sexos. Y puesto que Sebastián escapaba de todos, las corridas, los escondites, los encubrimientos y los tapujos se reproducían, de una a la otra planta, en aquel Palacio de las Equivocaciones, infundiéndole a la casa una nerviosidad que, añadida a la inherente a los que viven entregados a la especulación estética, casi daba la impresión de que temblaban sus viejos muros.

Realmente, algo original y subyugante impregnaba la atmósfera, desde que se conoció la inverosímil alianza de Leontina y Sebastián, algo que vigorizó la idea de que cualquier cosa era acaecida, aun la destrucción de lazos cuyo poderío resultó quimérico, y que impulsó a Efraín, al Pichón y al Bebe, por distintas causas, a quebrarlos y a buscar nuevos rumbos. Hasta los más alejados de preocupaciones intranquilizadoras, como Aníbal Charlemagne, y más apegados a una vida sin variaciones, sintieron que la casa se estremecía. Claro que él, por poeta, por anciano y por solitario, poseía la facultad de captar, en torno, presencias incógnitas y espectrales, pero es positivo que en esa época su don se aguzó y que, noche a noche, al reintegrarse a su habitación, a oscuras, advirtió que el rumor de los cisnes aleteantes ganaba volumen, hasta reproducir el ruido acompasado de las mujeres del coro del "Hipólito" de Eurípides, cuando golpeaban rítmicamente el piso de azulejos de Teté. No les temía ya a esas aves fantasmagóricas, que veía sólo él, antes bien juzgaba que eran suyas, así como pertenece a la Corona inglesa la totalidad de los cisnes que se hallan en aguas libres.

Durante los meses que precedieron al suicidio de Miguel González, tras la alevosía de Efraín, Charlemagne se impuso la samaritana tarea de visitar al escultor. Apenas en esas ocasiones cedía la locura del artista despechado. Hablábale el poeta con suave voz, y él andaba como sonámbulo, entre las estatuas. Una vez, de un manotón, destapó la de Damián y el Cisne, y se abrazó a ella. Corrían las lágrimas por su barba gris. Fue entonces cuando le dijo a Aníbal que Efraín era un demonio: había provocado la desgracia de Damián, estaba apurando la suya, y seguramente haría también la de "esa enana", Niní Soler.

-- ¡Yo la salvaré del desgraciado!--exclamó, para que lo oyeran en lo de las niñas, cuya ventana estaba cerrada herméticamente.

Pero no consiguió salvarla; la demencia imperó sobre su voluntad; lo rindió y le quitó la vida, por lo cual el conmovido Charlemagne se propuso ser, a su turno, el rescatador de Niní, accediendo con ello a lo de caballeresco y quijotesco que encerraban su alma generosa y su sangre paladina.

En eso pensaba, una noche de luna, mientras volvía a su cuarto. El día había sido muy caluroso, y aprovechó el fresco de la vigilia para descender hasta la Plaza Rodríguez Peña y sentarse bajo sus grandes árboles. Una paz profunda remaba allí. Al fondo, el edificio del Consejo Nacional de Educación extendía su nobleza escenográfica de palacio del Renacimiento. El ir y venir de los coches, por Callao, por Paraguay y por Charcas, diluía su sonoridad, antes de alcanzar a sus orejas velludas, como si las ramas y frondas que encontraba en su ruta la tamizasen y convirtiesen en un zumbido. Hubiera podido creerse rodeado de cientos de abejas susurrantes, en un apartado jardín señorial, y no de automóviles veloces, en el centro de una ciudad inmensa. Aquel runrún lo adormeció.

Despertó cuando no amanecía aún, y se volvió al Palacio. Amarillas y espaciadas lámparas iluminaron pobremente su progreso en las dos escaleras pero, ya en el segundo piso, la claridad lunar que bañaba la anchura del corredor le permitió ver, nítidamente, una sombra que retrocedía a su paso. Imaginó, como la anterior oportunidad, que se trataba del fantasma de Damián, y se persignó, resuelto, aunque tembloroso, a encararlo. Alrededor, sonaban las alas de los cisnes invisibles, que como siempre lo acompañaban desde la puerta de calle, donde volaba el cisne azul. Avanzó y la sombra, haciéndose atrás, entró en la parte luminosa de la galería. Entonces Charlemagne ahogó un grito, porque aquella no era, como supuso, el ánimo de Damián, sino la de un infeliz muchacho a quien él había querido mucho, quizás excesivamente, durante su adolescencia, y que murió poco antes de la boda de Aníbal. Sí, allí estaban, en el plateado foco que revestía a cuanto rozaba de una fantástica lividez, las largas manos finas, la alta y delgada silueta, el rostro delgado y ojeroso, en cuya blancura resplandecían los ojos negros, el aire apocado y asustadizo y, simultáneamente, la suelta elegancia del cuerpo que evocaba ciertos retratos remotos; todo lo inolvidable, todo lo extraviado y ahora reaparecido, de repente. El viejo escritor sensible notó que su corazón aceleraba el latir; que el bello personaje oscilaba y giraba, y con él rotaba la galería entera, encendiendo y apagando la argentada luz. Cerró los ojos y estiró los brazos hacia los balaustres, para no caer, y lo último de que tuvo conciencia fue de que lo sostenían otros brazos, eficazmente tendidos.

Quien nos lee habrá adivinado que el pseudo-fantasma era el Bebe Andía, ambulante retrato del siglo XVI, si los hay, y con seguridad pintado, en una pasada encarnación, por el dulce Agnolo Bronzino. Había quedado hasta muy tarde, trabajando, en el taller de Sonia, y acababa de dejar en él, sobre una giratoria base, el corpachón de un hombre siniestro, tan brutal que costaba rendirse a la evidencia de que ese engendro anómalo había surgido de sus manos delicadas. Al topar, inesperadamente, con Aníbal, se sobresaltó, pero comprendió pronto que se trataba del poeta que vivía en la terraza, y antes de que pudiera hablar, con el objeto de tranquilizarlo a su vez, debió dar un brinco y sostenerlo, porque al anciano le faltaba el color, trastabillaba y perdía el sentido.

Soportando al medio desmayado, que musitaba palabras inconexas, subió con él, escalón a escalón, a la azotea, abrió la puerta de su cuarto y lo depositó en la cama. Buscó, en la cocinita, la pava, y calentó agua para el mate, porque observó que Charlemagne estaba de regreso de su desvanecimiento, y lo contemplaba con ojos estrábicos. Encima del lecho, colgaba el dibujo del caballero Lohengrín y la navecilla del cisne coronado, que trazara. Sonia. Sebastián, a pedido de Leontina, les había encargado a los Morales que lo enmarcaran para Charlemagne, y los primos, al descifrar la firma de Sonia, corroboraron su opinión personal de que ésta, pese al traje resueltamente sastre, era la amada del crítico. Entraba por el ventanuco un rayo de

luna, la cual, por lo demás, inundaba la azotea de nevado resplandor, y le concedía, como al resto de la aletargada Buenos Aires, ese juego de matices cloróticos que a veces se logra en los sueños. El rayo del satélite, como enviado por la pericia de un proyector teatral, alumbraba sobre la mesa unas hojas manuscritas. Se acercó el joven y verificó que se trataba de la versión de un poema de Yeats. Entonces, mientras murmuraba la vasija, ignorando que reproducía la escena de la lectura de los versos de Sully Prudhomme ante Leontina, desconsolada por la muerte cruel de Damián, el Bebe, sin más luminaria que la natural de la luna, leyó en alta voz las estrofas sobre los cisnes salvajes de Coole:

*"A los árboles embellece el otoño,
están secos los senderos del bosque,
el agua, bajo el crepúsculo de octubre,
refleja un cielo calmo;
sobre el agua desbordante, entre las piedras,
cincuenta y nueve cisnes van.
Llegó a mí el décimo noveno otoño,
desde que empecé a contar;
vi, antes de haber terminado cabalmente,
de pronto ascender
y esparcirse, girando en grandes anillos rotos,
sus alas clamorosas.
He mirado a esos seres brillantes
y ahora sufre mi corazón.
Todo ha cambiado desde que, oyendo al crepúsculo,
por vez primera en esta costa,
su campanada alígera sobre mi cabeza,
anduve con más liviano andar.
Incansables, amante con amante,*

bogan en las frías
corrientes amistosas o escalan el aire;
sus corazones no han envejecido;
la pasión o la conquista, donde deseen vagar,
los sostienen aún.

Pero ahora flotan en el agua quieta,
misteriosos y bellos,
¿entre qué juncas anidarán,
al borde de qué lago o charca
deleitarán los ojos de los hombres, cuando despierte
para encontrarme con que se echaron a volar?"

A medida que avanzaba la lectura, Charlemagne se enderezaba en la cama. Recobraban sus pómulos el leve tinte rosa-amarillo, y sus pupilas brillaban como las del gato Jazmín, que sobre la mesa canturriaba su grave ronrón. ¡Los cisnes, los cisnes! Circundándolo, percibía su suave aleteo. ¡Los cisnes de William Butler Yeats!

--¿Qué es esto de Coole?--le preguntó el Bebe, por diversión--: "los cisnes salvajes de Coole".

--Coole Park era la residencia de una amiga de Yeats, una viuda. El irlandés pasó ahí numerosos veranos, desde el final del pasado siglo. En Coole Park descansaba y olvidaba los problemas sentimentales y económicos. La viuda, muy rica, lo rodeaba de mimos.

Aníbal Charlemagne quedó meditabundo, apoyado en un codo. Chupeteó el mate que le ofrecía el Bebe, volteó la cabeza hacia el caballero Lohengrín y prosiguió:

--Yo no sé cómo se las arreglan ciertos artistas para encontrar en su camino a ese tipo de señoras. Hacen muy bien. En ese sentido, Rilke fue un ejemplo. ¿Y qué tal Wagner y su rey de Baviera, que ha sido una especie de señora también, histérica y enjoyada? A mí me hubiese gustado...

Pero no llegó a decir qué le hubiese gustado. Devolvió el mate, tomó a tenderse en la cama, y alargó su mano seca, venosa, para que el Bebe la tuviera entre las suyas.

--Usted se parece mucho... mucho... a un amigo que tuve... hace... hace...

Tampoco dijo cuántos años hacía, porque se cerraron sus párpados, y unos segundos después dormía y soñaba. Soñaba que era de nuevo adolescente y que estaba con el amigo aquel, el que se parecía al Bebe, al borde de un río. Había varios cisnes blancos en el agua, y ellos les tiraban migas de pan. De pronto, algo, inexplicable, alborotó la corriente y las aves espléndidas. Encrespóse el oleaje, los cisnes bocinaron sus gritos roncos y se arrojaron, voraces los picos y violentas las alas, sobre el amigo de Charlemagne. El poeta no pudo defenderlo. Desaparecía, debajo de una confusión de agitadas plumas, de cuellos retorcidos y curvados, de sanguinarios punzones córneos, duros y móviles como tijeras. Aníbal gimió, en mitad de la breve y atroz pesadilla, y el muchacho le pasó los dedos sobre la frente, casi sin tocarlo. Eso serenó al poeta. Murmuró con lengua estropajosa el comienzo del verso de Mallarmé, lo que confirmó que hasta en sueños los cisnes implacables no lo abandonaban nunca:

--"Fantasma que a este sitio..."

Y el Bebe Andía, al ver que se había calmado, salió de puntillas, cruzó la azotea ebria de luna, bajó las escaleras, atravesó los corredores y ganó la calle Paraguay, súbitamente feliz de ser joven, de ser muy joven, muy joven, en un mundo de viejos, como Charlemagne, como Calzetti, como Teté, como la señora Paquita, como Leontina... todos viejos para él, viejos, viejos... y de ser libre, libre de cubos, de cisnes, de mujeres, de hombres, libre... Se puso a cantar en la calle solitaria.

VI

EL DIVÁN DEL GUARDAMUEBLES

Es tiempo ya de ocuparnos, con cierta detención, de Madame Rabínskaia, la flamante alumna de Doña Paca, porque ella desempeña un papel decorativo y erótico de importancia innegable, en la crónica del Palacio. Y lo más práctico nos parece incluir inmediatamente la ficha personal que le corresponde.

Nombre: Noemí Rabín; padres: buena gente, honestos, religiosos, dedicados a la sinagoga y al comercio de mercería, olvidados por Noemí; nacida en: un pueblo fluctuante y de ortografía dudosa, de la provincia de Entre Ríos; edad: entre veintiocho y treinta y ocho años; ojos: castaños, grandes, pestañudos, ya halagadores, ya impasibles; cabello: negro, y más negro aún merced al útil artificio; generalmente partido en la mitad y distribuido en dos zonas lacias y lustrosas, que terminan en un rodete bajo, de acuerdo con la mejor tradición de las bailarinas célebres; estatura: un

metro con setenta y seis centímetros; piel: blanca, blanquísima, armiñada, perlina, untada, entalcada, empolvada; cuerpo: esbelto, bien proporcionado, largas piernas; estudios: segundo año del colegio nacional, cursos de danza particulares en Rosario, en Chascomús y en Buenos Aires; condición: divorciada, amante, hace dos años y tres meses, del señor Salomón Pupko, joyero, con negocio en la porteña calle de Libertad; a su astucia inventora, Noemí Rabín adeuda su nombre para las tablas: Madame Rabínskaia, y a su amorosa solicitud adeuda cuanto posee; trayectoria: ha bailado, gracias a la intervención financiera del señor Pupko, en escenarios del Brasil, Ecuador y Colombia; también en Mendoza, Córdoba y Rosario, siempre escoltada por él; ambiciones: muchas, sobre todo bailar en un teatro de Buenos Aires; luego en Europa y en los Estados Unidos; capacidad artística: nula, pero disfrazada (a veces) por obra de la belleza física y de la simpatía natural (o incorporada) de algo que reviste un parentesco distante con la danza clásica.

La vemos en el estudio de Doña Paquita. Se ha enterado de que Doña Paquita perteneció, en su juventud remota, al cuerpo de baile del Teatro Colón, y de que ha visto a Ana Pávlova interpretar "La muerte del cisne", cuando la artista maravillosa llegaba al final de su carrera y a los cincuenta años. Y aunque está al tanto de que Doña Paquita se especializa en enseñar bailes españoles, aspira, con la colaboración de su joyero, a que dicha profesora "retoque" su propia "Muerte del cisne" (que ella vio bailar a Lida Martinoli, Támara Toumánova y Olga Ferri), según la versión de la máxima estrella rusa y la coreografía de Fokin, para que Madame Rabínskaia pueda ofrecerla, a su vez, en un teatro de la capital argentina, que alquilará el consecuente y hechizado Salomón Pupko. La señora Francisca no se forja ilusiones. Sabe que Madame Rabínskaia carece en absoluto de talento y de preparación; que no será jamás una prima ballerina; que no bailará nunca como la Pávlova; que tampoco bailará siquiera como la mínima figurante de los ballets en que ella ha participado treinta años atrás; pero su aparición en el estudio de la calle Paraguay, coincidente con la enojosa desertión del Pichón Reyna, ha infundido bríos a la vieja hispano-criolla, quien ahora subraya, con un bastón, el ritmo de la música de Saint-Saens, mientras la hermosa Noemí se esfuerza, vanamente, con harto parpadeo, por transmitir la dulce tristeza de la agonía del ave del Palacio, en tanto que los cisnes palaciegos, desde el azul, el descabezado y la bandada del techo, hasta el del escudo, los de cerámica y los dibujados, caricaturescos, en baños y galerías, para culminar en el que conduce al albo Lohengrín, en el dormitorio de Charlemagne, escuchan, atentos, extasiados, el desarrollo de concordancias y modulaciones que sienten suyas y que antes no han oído. En ese momento, la gorda Rebeca, docta en horóscopos, y el fino Bebe Andía, suben juntos la escalinata. Sollozan los violoncelos; suspiran los violines. El Bebe se detiene:

--¡Ah!... ¡ qué maravilla! La "Meditación" de "Thaís"...

--No-- dice Rebeca, resoplando--, la "Muerte del Cisne".

Y Teté Morgana protesta, rabioso, mordisqueando la medalla de San Sebastián, porque esa tarde han repetido infinitas veces "La mort du cygne", que apenas dura tres minutos, y está hartado de que su cadencia, su exquisitez y su melancolía se interpongan entre su ilusión de lo que debería ser el "Lorenzaccio" de Musset y la versión modesta que le brinda el adorado moreno, por más que éste enarque el busto, menee las caderas y haga ojitos, pues no hay forma de que aprenda el texto, pese a que lo han comprimido y recortado.

Así están, así estaban, cuando para alivio de Teresio cesó el plañir de Saint-Saens. Libre de esa idea fija y del consecuente dolor de cabeza, pensó consagrarse plenamente a domesticar al Pichón, hasta convertirlo, de personaje de zarzuela, en un sutil señor del Renacimiento, cuando se abrió la puerta y, ante su asombro, entraron, con mil sonrisas, Doña Paca, su nueva alumna y el protector de ésta, el acreditado Salomón Pupko. Madame Rabínskaia se había limitado a echarse una capa blanca sobre la malla negra; relucía, algo transpirada, su diáfana hermosura. Y el Pichón, al verla, escultural y afectuosa, dar su mano a besar a Teté, experimentó la punzadura de los celos, como cada ocasión en que alguien, grácil o agraciado, hombre o mujer, surgía en su presencia; vaciló entre mostrarse como un chulito encantador o un joven príncipe misterioso, y optó por esto último, de modo que hasta casi el término de la escena, permaneció de pie, inmóvil, en un ángulo en penumbra de la habitación, la cabeza erguida, adelantada una pierna, una mano puesta sobre la vecina cómoda y su débil lámpara, para que se destacasen la delgadez de su muñeca y el delicado cincel de sus dedos.

Hemos dicho que los desusados visitantes entraron con mil sonrisas: en realidad, no fueron tantas, porque sólo sonreían Doña Paquita y Madame. El señor Pupko no sabía sonreír. Orejudo, narigudo, ventrudo, de muy lejos mayor que Noemí, parecía crónicamente de malhumor, aunque no lo estuviera. Un grueso rubí ahorcaba su índice derecho, y con él competía lo rojo y turgente de sus labios. Era, no necesitamos reiterarlo, feísimo, pero de su cuerpo, de su cabezota, emanaba una impresión tal de dominio y de poder que, como los bustos que retratan a ciertos emperadores romanos, auténticamente feroces, lograba una especie de repulsiva grandeza... Y no sonreía; si sonriese, hubiera sido imposible mirarlo. En cambio, Noemí y Doña Francisca enseñaban todos sus dientes: perfectos y propios, los de la primera; flojos y adquiridos, los de la segunda.

Doña Paca hizo las presentaciones y, como si no hubiese maltratado de palabra al Pichón, ante Teté, luego de que éste se lo usurpara, saludó familiarmente a su ex alumno. Arrimaron sillas, y únicamente Reyna siguió a un costado, adoptando lo que imaginaba ser la postura noble de un Médicis inaccesible. De inmediato, la profesora se puso a ensalzar las virtudes de Madame Rabínskaia. No entendía Morgana qué perseguía con ello, y eso acentuaba su nerviosidad. Al principio, creyó adivinar que lo que buscaba era incluir a la bella judía en el reparto de "Lorenzaccio", y al punto resolvió aceptarla, pues era obvio el interés que el joyero cifraba en la espléndida mujer (a quien Pupko no le quitaba los ojos de encima), de lo cual se podía inferir que acaso costearía la producción de la obra. Pero en breve se desengañó. El asunto iba por otro camino.

--Mi estimado Teresio-- se explayó, melosa y castiza, la septuagenaria Doña Paca, llevándose la diestra al rodete, similar al de su discípula e igualmente negrísimo--, el señor Pupko es un mecenas, un caballero digno de Florencia y de Roma, alguien que prolonga la hoy perdida tradición de los protectores del arte. Ha tenido la bondad de comunicarme su deseo de alquilar el Teatro Smart para que, dentro de tres meses y durante cuatro sábados sucesivos, ofrezcamos un espectáculo. De acuerdo con él y con Madame Rabínskaia, hemos preparado el correspondiente programa, cuya realización significará un esfuerzo muy grande, dado el escaso tiempo de que disponemos. He traído ese programa, y usted permitirá que se lo lea porque, no obstante que lo principal está destinado a prestar relieve a los méritos de Madame Rabínskaia y de mis otras alumnas de baile, hay un ítem acerca del cual usted se halla en condiciones insuperables para guiarnos e iluminarnos.

Dicho prólogo fue enunciado sin vacilar, como cosa que había sido objeto de prolijo aprendizaje. Habíase Teté alongado en el sofá, y escuchaba con el ceño fruncido, haciendo golpetear la medalla en el extremo de la cadena, contra sus uñas. Doña Paquita extrajo un papel de su seno generoso; Noemí Rabín profundizó la intensidad de su mirada; Salomón Pupko cruzó las toscas falanges, e inició con los pulgares una rotación de molinete, al que su rubí añadía un cambiante chisporroteo; y el Pichón Reyna, secreto y distanciado, dejó pender su mano izquierda, junto a la lámpara, como una borla. Leyó, pues, la española argentina, introduciendo aquí y allá un comentario al expuesto plan:

--Primera parte: A) el ballet en un acto "Hojas de Otoño", con música de Chopin, que la divina Pávlova creó (me refiero tanto a la coreografía como al baile) en Río de Janeiro, el año 18. Según comentarios, la coreografía no fue totalmente feliz. Yo estoy componiendo otra, ciñéndome, por supuesto, en lo fundamental, al argumento de la gran artista. Mire qué bonito: entra el Viento Otoñal, en medio de remolinos, en un parque. Lo rodean las Hojas de Otoño (mis alumnas), a quienes arrebató con su vértigo. Arranca así un Crisantemo (Madame Rabínskaia). Un Poeta, que pasea por el jardín, observa el desastre, y recoge la flor amorosamente. El Viento tenaz vuelve y la roba de sus manos. El Poeta la recupera, la lleva junto a una fuente, la coloca en un lecho de musgo y, a pesar del temporal, se recuesta a leer. Pero el Viento no cede; la arrebató de nuevo y la arroja dentro de una nube de hojas, que giran en torno hasta que muere. El Poeta trata de revivirla y, al no conseguirlo, parte. ¿No le parece precioso? ¡Tan original! ¡tan sencillo! Todo idea de la Pávlova. Ese será el comienzo del espectáculo. Cerrando la primera parte, B) Madame Rabínskaia bailará, con un partenaire, el famoso pas de deux de "El Corsario". Segunda parte: C) yo me atreveré, pese a mis años (Doña Paca produjo, se ignora de dónde, un abanico, y redobló el coqueteo) a interpretar la "Danza N° 5" de Granados; y para terminar, E) Madame Rabínskaia ofrecerá su emocionante "Muerte del cisne". Pero entre mi baile y el suyo, faltaba un relleno, que contribuyese al interés intelectual de la fiesta, y se me ocurrió recurrir D) a la Poesía, pues todos sabemos que la Danza y la Poesía son hermanas. Pensé, al principio, pedirle a una antigua amiga mía, la profesora Perla Melani, del Conservatorio, que nos recitara algo de calidad, vibrante, como la "Melpómene" del Dr. Capdevila, y después reflexioné: ¿por qué ir a buscar tan lejos lo que tenemos a mano? Aquí, a dos pasos, está Teresio Morgana, que no sólo es un director notable, sino también un notable actor. ¿Por qué no solicitarle a él que nos declame algo de verdadera jerarquía, como "Melpómene" o el monólogo de "Hamlet"? Por eso hemos venido y usted dirá. Ni necesito añadir que Don Salomón Pupko pagará el cachet que se fije. Las bocas de Noemí Rabín y de Doña Paquita se abrieron y cerraron, como espejeantes objetivos de máquinas fotográficas. El señor Pupko detuvo la rotación de sus falanges. Y Morgana, visiblemente halagado, se incorporó en el canapé. Lo atraía, lo electrizaba el proyecto. ¡ Regresar a las tablas, aunque fuese unos minutos! ¿Cuántos lustros habían transcurrido, sin sentir el cosquilleo de enfrentar al público, no ya como director (tal el caso del abortado "Hipólito"), sino representando, individualmente?

--Sí. ...-- respondió, como si vacilara-- quizás .. . quizás... habría que pensarlo... Hamlet... y acaso Segismundo... los dos monólogos superiores de la historia del teatro. "¡Ay, mísero de mí, ay infelice!"

Se paró; de un tirón quitó el género púrpura que cubría al canapé, y que había sido la capa de Fedra, salvada del incendio del teatro-garaje, y antes cortina de la quinta de

María Teresa Giménez Peña, en San Isidro; se arrebujo en sus pliegues y se lanzó a perorar:

--"Existir o no existir, ésta es la cuestión." (Empleo la traducción de Moratín, algo anticuada, pero susceptible de rejuvenecerse.) "¿Cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿Nada más? ¿Y por un sueño...?"

Siguió así hasta el remate, hasta: "Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones".

El Pichón Reyna se había adelantado; destacábase en plena luz y bebía sus palabras. Las dos damas fingían un entusiasmo relampagueante, y Pupko una atención paciente, pero su fealdad imperial, terrible, crepitaba, como si todo él, toda su imperturbabilidad pétrea, repentinamente, se fuese a rajarse, a agrietarse y a partir en cien pedazos. Al término del discurso, aplaudieron todos, fuera del joyero, que emitió un gruñido.

-- ¡Admirable, admirable!-- corearon Noemí y Doña Paquita-- . No nos negará su colaboración. ¿No es cierto que no nos la negará?

Teté resplandecía. Se hizo rogar un poco aún, y concluyó aceptando: los dos monólogos, el de Calderón y el de Shakespeare. Lo rodearon las mujeres y lo palmotearon, temerosas, tal vez, de que declamase lo de "La vida es sueño". Si Pupko no hubiese estado ahí, Noemí lo habría besado.

--Y ahora-- dijo la profesora de baile--, ahora que estamos seguros de contar con usted, tenemos que conseguir también la contribución de Ronaldo Reyna.

Había transcurrido el tiempo, desde que el Pichón no se oyó designar así. ¿Desde cuándo? ¿desde que pasaban lista en el colegio? ¿desde que se salvó de la conscripción, el año pasado, por hijo único de madre viuda? No le alcanzó la atención para aquilatar la deferencia que implicaba el uso del nombre y no del apodo, porque la señora Francisca continuaba hablando, y a través de su discurso se intuía que si habían invitado a Teté a enriquecer el espectáculo, ese fue sólo un medio para obtener al Pichón. Pero ya era tarde para que Teresio retrocediese, y además, en su fuero íntimo, se negaba a renunciar al triunfo que creía haber alcanzado minutos atrás. Algo intentó, empero, con el fin de que la inclusión de Reyna no enturbiase la suya.

--Está preparando el "Lorenzaccio" de Musset-- arguyó--, en el que tendrá a su cargo el papel principal, y temo que se distraiga.

Sin embargo el Pichón, ante la perspectiva de ascender al proscenio, pronto, dentro de tres meses, en lugar de la todavía muy problemática perspectiva que para el futuro le prometiera Teté, dio unos pasos más, incorporándose francamente al círculo, y preguntó:

--¿De qué se trata?

--De ser el partenaire de Madame Rabínskaia, el astro masculino del espectáculo. En "Hojas de Otoño", serías el Poeta, mientras que del papel del "Viento Otoñal" se

encargaría un excelente compañero mío de la época del Teatro Colón, hombre maduro ya, por supuesto, pero siempre listo para una voltereta, un entrechat o lo que se le exija. Por lo demás, al "Viento Otoñal" uno se lo imagina medio caduco. Mi compañero no podría hacer de "Brisa de Primavera" (aunque quién sabe...), pero al "Viento Otoñal" lo interpretará perfectamente. Y tú... con ese físico, con ese rostro, con esas manos, con esas piernas... ¡rediez!... ¿qué poeta mejor? ¿qué artista? Si te pareces al propio Federico Chopin...

Tocóle el turno de resplandecer al Pichón. Se veía ir y venir por el escenario, con alas en los pies. Las mangas amplias, en la camisa de nieve; la corbata oscura, volandera... Un poeta romántico. ..

--Al término de la primera parte, serías "El Corsario", acompañando a Madame, la joven griega. ¿Sabes?... es ese tema de Byron, con música de Riccardo Drigo... el pas de deux solamente... ¿lo conoces?

No lo conocía el majo, mas respondió que sí.

--Claro que tendrás que ensayar alguna acrobacia y que *alzarla a Madame* y espero que seas capaz de lograrlo. No pesa nada. Yo te enseñaré. ¡ Qué música! ¡ cuánta sensualidad! ¡ y el arpa... el arpa del comienzo! A ver-- añadió, dueña ya de la situación--, procura levantarla.

Afirmóse el Pichón en las flacas piernas; Noemí, de un brinco, se lanzó a sus brazos; se tambaleó el muchachito, que más que pirata violento parecía un paje regalón; balanceóse, con el empuje y la carga; levantó a duras penas, desorbitado, a la voluptuosa judía, y la depositó en el suelo. Los latidos lo ahogaban tanto que tornó a apoyarse en la cómoda.

--Bueno... puedes hacerlo mejor... Es cuestión de maña; ya aprenderás; yo te enseñaré... De ese modo quedó resuelto que Teté Morgana y el Pichón Reyna, hasta poco antes enemigos declarados de Doña Paquita, intervendrían en la curiosa función del Teatro Smart.

Los ensayos se establecieron inmediatamente, y el Pichón tuvo que dividir sus horas y sus minutos entre el estudio de la señora Francisca y el de Teté, porque éste no renunció a continuar elaborando su quimérico sueño de llevar a la escena el drama en cinco actos de Musset. Y si se considera que Reyna, de mañana, trabajaba en una tienda de artículos de cuero, se comprenderá que no transcurrieran dos semanas sin que, de puro fatigado, apenas pudiese izar a Madame Rabínskaia. Pero Doña Paca era implacable y lo obligaba a repetir y repetir la operación, como Teresio lo obligaba a repetir los parlamentos de "Lorenzaccio", hasta que el pobre chulito, abombado, a veces invertía los papeles y murmuraba, frente al espejo de los cisnes que decoraba el salón de Doña Paquita: "¿Qué decís, Monseñor? Vuestra alteza se mofa de mí", y, en el ex escritorio utilizado por Morgana, asegurándose sobre los cisnes multicolores del piso, pretendía cargar a Teté y colocarlo sobre su hombro.

Tampoco Teté cejaba en la memorización de los dos monólogos que se había comprometido a declamar, y no se requería ser muy ilustrado, al acercarse a su estudio, para saber si quien lo recorría en ese instante, vociferando, a sonoras zancadas, era el príncipe de Dinamarca o el príncipe de Polonia. Noemí Rabín mostraba

ser la más contenta del grupo. Día a día, pacientemente, tornaba a morir como Cisne, a morir como Crisantemo y a saltar como joven griega. Quejábanse sus tendones, pero se colmaba de euforia su ambición; y si no adelantaba su técnica ni se aguzaba su sensibilidad, sus piernas ganaban músculos. Por fin, alrededor, se afanaban con simples piruetas el proyecto "Viento Otoñal", propenso a los calambres, y las nueve "Hojas de Otoño", que revoloteaban un poco sin ton ni son, cosa, por lo demás, inherente a las hojas secas. Salomón Pupko acompañaba a Madame hasta la puerta del Palacio de los Cisnes y la aguardaba a la salida, siempre que algún negocio importante no se lo impidiese; en tal ocasión, concluido el ensayo, Madame lo esperaba en su departamento de la calle Las Heras.

Así anduvieron los acontecimientos, hasta que una variante inusitada modificó su curso, y con ello cambió el de algunas vidas. Una tarde, a las tres y media, al entrar en el Palacio, luego de despedirse de Pupko en el coche, Noemí se encontró con que junto al cisne sin cabeza, en el arranque de la escalinata, estaba un hombre joven, alto, agitanado, bronceado, de luminosos ojos verdes. Era Efraín. El muchacho le sonrió, y sus blancos dientes fulguraron en la lobreguez del vestíbulo. La bailarina recordó haberlo visto antes, en la misma escalinata, y que la habían impresionado el color de sus ojos y la armonía de sus facciones. Devolvió la sonrisa, y subió a lo de Doña Paca. A partir de entonces, cotidianamente, halló a Efraín apostado como si la acechase. Al cuarto día, soñó con él; al quinto, Efraín le habló; al sexto, le arrancó la promesa de una entrevista a solas, en un lugar privado, la primera vez que eso fuera posible. El encuentro tuvo efecto el decimotercer día: Salomón Pupko participaría, esa noche, de la comida con la cual celebraba su asociación con dos traficantes en piedras preciosas.

Madame Rabínskaia pensó que sería llevada por Efraín a un hotel o a un departamento. En el correr de los dos años y meses durante los cuales había sido la amante del poderoso israelita, no lo había traicionado. En realidad, le tenía miedo. Se sabía constantemente vigilada, y ni siquiera el cuidado que a Pupko le exigían sus múltiples negocios y la supervisión de su hogar (donde su esposa subordinada contaba apenas, pero donde, de sus cinco hijos, tres eran hippies) lo distraían de la celosa inquietud de custodiar a la magnífica mujer que consideraba tan suya como las alhajas que guardaba en su cofre de caudales. Por eso, la tentación emanada de Efraín debió ser muy fuerte, para que accediera a seguirlo. Y a seguirlo dentro del Palacio, pues el joven la convenció de que, al abandonar el estudio, en vez de bajar a la calle, ascendiese al segundo piso, preservándose de que la descubriesen. Él estaría allí, expectante. Noemí procedió de acuerdo con sus instrucciones, temblando de que alguna de las bailarinas partiera simultáneamente, y logró llegar sin ser vista a la planta de Rebeca y Sonia, en cuyo acceso la aguardaba Efraín. Entonces el muchacho sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura de la puerta más próxima a la correspondiente a la habitación en la cual Rebeca dibujaba horóscopos, sembrados de astros y de signos esotéricos, y ambos entraron en uno de los varios depósitos en los cuales el dueño del Palacio almacenaba incontables muebles inútiles.

Evidentemente, Efraín conocía bien la atiborrada habitación, y Madame Rabínskaia dedujo que se había procurado la copia de la llave de la misma, y la frecuentaría a su antojo. El mozo encontró con facilidad una vela, la encendió, y su claridad zigzagueante reveló un trémulo pandemónium, un ondulado y singular osario de trastos y armatostes de toda laya. El propio Efraín había desembarazado a un arcaico diván, que flotaba soledoso, como una barca vacía, en medio del abigarramiento. Se reflejaba especialmente en el gran espejo acuático de un ropero vecino, al que

coronaba el esculpido cisne inevitable, hermano de otro cisne, blanco y áureo, que reproducía el blasón que conocemos y que, tallado en policromada madera y puesto cabeza abajo, yacía más allá. En esa otomana, luego de desnudarse ambos-- Noemí con cierta repugnancia, pero pudo más el deseo--, Madame Rabínskaia y Efraín se amaron violentamente. Los atisbaban en derredor, como dragones, como hipógrifos, como basiliscos y arpías, prontos a caer sobre ellos, con ojos de azogado cristal, dientes de ménsula y balaustre y garras de roble, ébano y pino, los armarios, las vitrinas, los aparadores, los lavabos, las perchas, los diversos trebejos y antiguallas que se superponían y que, en sus distintas lunas, quebradas o enteras, nebulosas o precisas, registraban cada uno de sus gestos, cada uno de sus ímpetus y desmayos, cada uno de sus testimonios de vehemente pasión, detallados por el vaivén de la llama, de suerte que se hubiera dicho que el desván no albergaba una sola pareja de amantes, sino cuatro, ocho, diez acoplamientos enardecidos, los cuales actuaban (como si eso fuera posible) ciñéndose al mismo y furioso compás. Noemí Rabín emergió del depósito renovada y maravillada. Nunca, nunca en su vida, había sido tan feliz. Y reincidió en la lasciva experiencia con el de los iris verdes como esmeraldas, en cuantas oportunidades tuvo, hasta que el cuarto aquel, disparatado, en el que algunas noches oían, entre los muebles, las rápidas fugas de animalitos invisibles (lo que impulsaba a la judía a abrazarse más a Efraín) se trocó para ella en un ámbito familiar. Y en más de una ocurrencia, al pasar junto a él, rumbo a la azotea, Aníbal Charlemagne captó unos susurros y unos débiles gemidos, que lo obligaron a santiguarse y a acelerar el paso. Pero, fuera del poeta, que atribuyó los rumores a huéspedes extraños al mundo material y concreto, nadie percibió en el guardamuebles la anomalía de presencias intrusas. Mejor dicho: no las percibió *casí* nadie, pues de lo contrario Madame Rabínskaia no hubiese recibido la carta anónima.

A esa carta sin firma se la entregó Doña Paca, quien encontró un sobre dirigido a Noemí Rabín, en el suelo de su estudio. Lo habían deslizado debajo de la puerta, quince días después de la primera entrevista de los amantes. La profesora, curiosa, calculó que Madame Rabínskaia la enteraría de su contenido, pero fue defraudada, ya que ésta se limitó a leer la misiva, sin que su rostro, en general impenetrable, traicionara ningún sentimiento, y a meterla en su bolso. No obstante, el texto había sido pérfidamente redactado para desazonarla. En él le daban cuenta de que no era la única usufructuaria del guardamuebles del segundo piso, aprovechado por Efraín para sus aventuras, y le sugerían que desplegara su astucia para informarse de quién la suplantaba durante sus ausencias.

La lectura enloqueció a Madame Rabínskaia. Hasta que el papel ponzoñoso cayó en sus manos, no había medido la importancia exacta de lo que Efraín significaba dentro de sus biografías. El desconcierto, los celos, la humillación-- también la alarma de que sus fingimientos y estratagemas se conociesen y corriesen el riesgo de ser comunicados al señor Pupko, cuya adhesión le interesaba fundamentalmente conservar-- le quitaron el sosiego en tal forma que, a despecho de las admoniciones de Doña Paca, a punto estuvo de aplastar al viejo Viento Otoñal, durante el ensayo.

¿Quién sería el autor de la carta maldita? Sin duda, uno de los cisnes, pero ¿cuál? Nosotros nos inclinamos a opinar que la esquila fue compuesta por Teresio Morgana; luego se entenderá por qué, y acaso se nos otorgue la razón. Entre tanto, la identidad del que escribió la nota perversa, permanecerá para siempre incógnita. Como la causa de la muerte de Damián; como la existencia del hermano gemelo de Leonardo Calzetti; como el origen de los cisnes fantasmales que poblaban de rumores sus galerías nocturnas, constituirá uno de los misterios del Palacio de la calle Paraguay. Dibujamos

aquí un interrogante, y recurrimos al verso de Rubén Darío que alude a esa permanente interrogación:

"¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello?"

Pero no era Madame Rabínskaia una hembra dispuesta a tolerar que una incertidumbre de colmillos tan agudos le royese el espíritu. Para déspotas, para hombres que actuasen según su omnímoda voluntad, le bastaba y sobraba con Salomón Pupko, cuya ventajosa tiranía gozaba de una inmejorable justificación. ¿Qué se creía Efraín; qué creía el mozalbete? ¿que iba a jugar con la hermosa Noemí? Estaba muy equivocado. Ya vería su presunta rival con quién se enfrentaba. Ante todo, tenía que comprobar la veracidad de la carta, pescándolos in fraganti. Para ello, esa tarde, al salir del estudio y cruzarse con Efraín, como solía suceder, lo saludó cariñosamente, sin que se trasluciera ni un ápice de su despecho, y se apresuró a reunirse con Pupko, quien la aguardaba en el automóvil. Esperaría, pacientemente, su oportunidad, y hasta entonces no permitiría que la inquietud la delatase. La ocasión se produjo en breve. El vástago mayor de Salomón (uno de los dos no hippies) se comprometía con la hija de un próspero comerciante en telas. Habría, esa noche, una comida en la casa de la novia. Noemí resolvió sacar partido de la ideal coyuntura y, consecuentemente, el mismo día, terminada la clase, simuló que partía con Pupko y se ocultó en la sombría Plaza Rodríguez Peña. Una hora más tarde, regresó al Palacio, cuando ya se habían apagado las luces en los estudios de Doña Paquita y de Teté. Silenciosamente, atravesó frente al vacío santuario del Cubo. Ascendió al segundo piso; se adelantó, sobre las puntas de los pies, hasta la puerta del depósito de muebles; aplicó su oído a la cerradura, y pronto verificó que en el interior había gente. Asimismo la había en las habitaciones de Rebeca y de Sonia, donde sonaban, unos tras otros, el tocadiscos, los fox-trots de la década del 30. Retrocedió, pues, hasta un ángulo tenebroso del lúgubre pasaje, y se dispuso a espiar. Sufría mucho; tal vez más en su vanidad que en su corazón. Se mordía los labios y retorció un pañuelo.

¿Quién sería la mujer que, allí adentro, vibraba de placer en los brazos de Efraín? ¿Qué pechos, qué muslos copiarían los brumosos espejos del desván? No podían ser los de Niní, la enana... ¿Serían los de María Teresa? ¿No contaban que se iba a casar con un industrial muy rico, buen mozo? Y eso ¿qué importaba? Sería cualquiera; no era imprescindible que fuese un cisne del Palacio. .. aunque la carta... el anónimo... Efraín era un seductor. Nada, ninguna circunstancia lo detenía. Y Efraín... ¿quién sería Efraín, en realidad? (He ahí la pregunta invariable, la que Damián le había formulado a Miguel; la que a Niní le formuló María Teresa; la que nadie acertaba a contestar.) Narraban sobre él extrañas cosas. Por envidia, evidentemente. Todos lo envidiaban. Era tan bien parecido, tan viril; tenía un cuerpo tan elegante; y esa piel y esos ojos... Un gitano... ¿sería un gitano?

En ese instante rechinó la puerta del estudio de Sonia y salieron, tras ella, Rebeca y el Bebe Andía. Charlando, enfilaron hacia la escalera; hablaban de Moore, el escultor; si hubiesen extendido un brazo, hubieran rozado a Noemí. Media hora después, su corazón latió angustiadamente, porque escuchó, en los escalones, un golpeteo cadencioso, que se aproximaba. Lívida de terror, vio aparecer a Charlemagne, envuelto en la capa gris. Fulgía su cabeza de marfil, su cabeza de bonzo, como si sobrenadase sola en la tiniebla. Su bastón, cual el de un ciego, tanteaba las lozas. Se arrimó a la puerta del guardamuebles y la auscultó, a semejanza del médico que coloca la oreja sobre la espalda del enfermo. Al punto se apartó velozmente y trepó, jadeando, hacia la azotea. Maullaba, arriba, nostálgico de Leontina, el gato Jazmín, cansado de velar.

También Madame Rabínskaia se fatigaba. Crecía la noche, muy oscura. De repente temió que a Salomón Pupko, concluida la fiesta de los flamantes novios, se le ocurriese llegar hasta el departamento de la calle Las Heras. Pero no... era tarde... y de todos modos, no había fuerza que la arrancase de ahí. Podía soplar el Viento del Otoño, maligno, impetuoso, y al frágil Crisantemo imaginado por Arma Pávlova no lo desarraigaría de su lugar. Transcurrió una hora. La casa parecía colmarse de suspiros, de sonidos recónditos, de furtivos trayectos, de aleteos inescrutables. ¿Cómo era aquello?: "una noche toda llena de murmullos y de música de alas..." ¿era así? Imprevista y callada, giró la puerta del desván. Apenas se veía, en la negrura. Noemí avanzó decididamente, para insultar a Efraín, para abofetear y arañar a la desconocida que estafaba sus favores. Cuando se encararon, quedó con la mano alzada en el aire y con la boca abierta, muda. Su contrincante, su adversario, la preferida, era el Pichón Reyna, el chulito gracioso y nervioso, su partenaire en "El Corsario" y en "Hojas...", con música de Chopin, el que a duras penas conseguía levantarla del piso, y que ahora se pasaba un peine por la desordenada cabellera. ¡ Qué absurdo ! ¡ qué grotesco! ¡ qué porquería!

Efraín permaneció indeciso tres segundos y se echó a reír, estrepitosamente, como si le importasen un comino el portero Ramón, Niní Soler, Aníbal Charlemagne, la propia Rabínskaia y cualquiera que merodeara por el Palacio. Eso turbó a Noemí, y el Pichón lo explotó para escabullirse, como una laucha, arriesgando una mueca insolente. Entonces el gitano atrajo hacia su pecho, hacia su entreabierto camisa que dejaba escapar un mechón como dibujado con tinta china, a la mujer atónita. En vano pretendió ella debatirse y rasguñarlo. Los brazos de acero de Efraín la rodeaban, la sofocaban, la imposibilitaban de moverse. La bailarina trató de zafarse y evadirse, pero fue inútil. Riendo aún, el muchacho sacó del bolsillo una vela, la prendió y, encandilándola con la blancura de sus dientes y con lo verde de sus ojos, la empujó hasta el guardamuebles y la arrojó sobre el diván que navegaba entre espejos. Necesitó menos de un minuto para sacarle la ropa. Por fin, besándola, besándola, fue ahogándole las quejas, hasta que Noemí se aflojó y se entregó, sollozando.

VII

HOMENAJES A LEONTINA

Pese a lo que acabamos de referir, Madame Rabínskaia continuó sus ensayos teniendo al Pichón por pareja. Había decidido, al principio, hablar con Doña Paca, y requerirle que buscara un reemplazante, con el pretexto de que el muchacho no era suficientemente vigoroso para asumir la responsabilidad de su papel, pero luego pensó que no sería fácil conseguirlo con tanta premura; que la brusca resolución despertaría sospechas; que, tirando delicadamente del hilo, alguno desenredaría la madeja del

escándalo; que éste llegaría a oídos del joyero, y entonces la catástrofe sería mayúscula; que Efraín le había asegurado que lo que hacían en el desván, el Pichón y él, era tratar de negocios; que le convenía creerlo (o fingir que creía aquella extravagancia... y ¿de qué negocios podían tratar esos dos?), porque no se conformaba con perderlo a Efraín; que Efraín, no obstante su conducta, le importaba cada día más; que también le importaba Pupko, por razones distintas; y que, a la postre, si una es una artista y una persona moderna y de mundo, debe estar pronta a apechugar con situaciones que los burgueses, espantados, rechazarían. En consecuencia, siguió interpretando los tumbos, vueltas y molinetes propios de un crisantemo cruelmente barrido por la ventolera y amparado por un poeta medio sonso; y de una niña griega con la que un bucanero hacía toda suerte de penosos ejercicios gimnásticos, secundada por el Pichón Reyna, quien procedía como si nada hubiese pasado. Lo que por encima del resto le interesaba a Madame, era su "Muerte del cisne", y hay que resignarse a consignar que, como cisne, moría cada vez peor. Esa era, por lo demás, la opinión de los cisnes dorados del espejo de Doña Paca que, entrelazados, asistían a sus estertores y al deceso, con mucho batir de brazos, torcer de cabeza y ojos exangües, que organizara, fúnebre y melodiosamente, Camille Saint-Saens.

Aparte de esto, es justo anotar también que Madame Rabínskaia, cuya adquisición constituyó una novedad para el Palacio, singularmente halagado por su hermosura, debió ceder en esa época el primer plano de la atracción que ejercía sobre varias mentes, dentro de la casa, con motivo de los dos homenajes a Leontina que se sucedieron con breve diferencia de tiempo, y que fueron harto más considerables que el que antes se propuso Teté tributar a Eurípides. Acerca de su gravitación cabe decir, asimismo, que a los residentes del Palacio de la calle Paraguay, les apasionaba bastante más lo que concernía a la pintora prostituta de la azotea que lo vinculado con un trágico helénico, nacido en Salamina el siglo V antes de Nuestro Señor. La verdad es que desde que se fijó la fecha inaugural de la exposición de Arte Bíblico y empezaron a distribuirse las invitaciones, la atención de los cisnes se centró en ese hecho, que conmovía hasta su base al edificio de las convenciones estéticas establecidas por la costumbre, por los especialistas y, señalaban algunos, por el sentido común.

Al enamorado, al deslumbrado, al extasiado Sebastián Nogales, no le costó un excesivo esfuerzo conseguir que la principal galería de Buenos Aires le cediera sus dos salas para exhibir los cuadros de Leontina. El mes previo a su presentación fue hábilmente utilizado por diarios y revistas para anunciar la muestra, incluyendo reproducciones de las anecdóticas pinturas, y referencias, sembradas de sutiles eufemismos, a la compleja personalidad de la autora. Acudieron los periodistas a entrevistarla, y Sebastián estuvo presente en cada ocasión y armó las respuestas,

mientras Leontina, muy fotografiada, se entretenía en divagar acerca de la riqueza poética de la Biblia como material inspirador. Aníbal Charlemagne participó de esa publicidad por carambola, pues la gente de prensa juzgó que su capa, su bastón, su boina, el gato Jazmín que llevaba en brazos y la manía de los cisnes, contribuían al carácter de la nota; y el Palacio también participó, ya que los reporteros lo emplearon como pintoresco telón de fondo, para situar en él a Leontina del Ponte. De ese modo Ramón, Teté Morgana, Doña Paquita, Madame Rabínskaia, el Pichón Reyna, Leonardo Calzetti, el Bebe Andía, Rebeca, Sonia, Niní Soler, María Teresa Giménez Peña y hasta Nicolás Estévez (de los Estévez de Mendoza), resultaron beneficiados publicitariamente por la circunstancia casual de ser vecinos de Leontina. Eso saturó de

amargura al gran Calzetti, quien a punto estuvo de elevar una protesta por lo que consideraba una intrusión en el predio, en el castillo del Cubo, pero sus discípulos, encantados porque sus efigies salían en las publicaciones populares, lograron más o menos calmarlo. Se desquitó al despotricar, en un diálogo sarcástico que mantuvo con Teté, igualmente ofendido porque "esa chusma no lo deja a uno hacer su obra en paz". En cuanto a los primos Morales, a quienes los periodistas eliminaron, en su descripción del "mundo lírico de Leontina del Ponte", Charlemagne les oyó, por azar, intercambiar las siguientes ideas:

Lucho: Ahora a la pava de mi hija más chica, la Gaby, se le ha ocurrido ser monja. ¡Qué imbécil! Son cosas que le meten en la cabeza en la escuela adonde la manda la madre.

El Negro: ¡Monja! Si quiere terminar en el Paraíso, puede ser que le convenga... No sé... Pero si lo que quiere es que le vaya bien en este mundo de mierda, lo que más le conviene es ser puta y pintamonas, como la Leontina. Ya ves. ¡Leontina del Ponte! ¡Leontina de la Gran Puta! *Lucho:* Prefiero que la Gaby sea monja. *El Negro:* Seguro que las monjas del colegio de la Gaby se cambiarían por la Leontina.

Tan elevados pensamientos reafirman la preocupación que causaba la metamorfosis de la dama de la azotea. Insensiblemente, había moderado el vestir, el maquillaje y los ademanes, sin renunciar por ello a la naturalidad, raíz de su encanto. Seguía siendo inequívoco lo que era o, por hablar con más justicia, lo que había sido, ya que a partir de su unión con Nogales había abandonado por completo su profesión, como hemos dicho ya. Pero, si bien fue, durante años, una recorrecalles y calentacamás intensa, y eso deja huellas que no se borran en seis meses, su mutación, su adaptación al nuevo status de pintora solicitada y de amada por un crítico influyente, lograron frutos imprevistos. Se sintió rodeada por el interés de los moradores del Palacio de los Cisnes, ella que, previamente, no había contado allí con más amistad que la del poeta Charlemagne, pues los otros apenas respondían a sus apresurados saludos. A medida que se acercaba el día de la inauguración y que aumentaba la propaganda en las hojas impresas e ilustradas, se caldeó la atmósfera de presunta simpatía en torno suyo. Ya no debió apretar el paso, al cruzar las galerías para subir a su habitación. Madame Rabínskaia la encontró en la puerta del Palacio y fue la primera en exclamar no sólo "buenas tardes", sino "buenas tardes, señora"; Teté Morgana, después, en su piso, enriqueció el saludo diciendo: "¡buenas tardes, chére amie!"; uno de los discípulos de Calzetti (ausente el maestro), lo acreció con "¡buenas tardes, colega!"; y Efraín dio a la zalema el toque final, cuando se inclinó y susurró, donjuanesco: "¡buenas tardes y buena suerte, gran pintora!" Leontina pasaba entre ellos, quizás halagada pero no hasta perder la cabeza. Su experiencia de los hombres era tan profunda como auténtico su candor, y de la amalgama de esas dos cualidades aparentemente contradictorias, resultaban una amabilidad, una benignidad y un escepticismo que embellecían su rostro, al que aclaraba, además de los ojos celestes la dicha amorosa. Respondía a tantas muestras de consideración, con sus sonrisas mejores. Empero, aparte de su querido Sebastián, sólo se sentía cómoda si la acompañaban Charlemagne y el Bebe Andía.

Este último se había convertido en un apéndice del poeta, junto al cual era infaltable, después de que salía del taller de Sonia. Ciertos días se retiraba de su clase temprano, para ir con él a la Biblioteca de Maestros, y colaborar en sus investigaciones. Hijo de argentino y alemana, conocía suficientemente el idioma materno para traducirlo, y fue él quien descubrió, en el texto de una conferencia de Gottfried Benn, titulada "La vejez

como problema para artistas", la frase que hizo soñar a Charlemagne y que se refiere a la ancianidad de Leonardo da Vinci: "¿Qué piensa en la tarde? El rey está de caza; silencio; nada se oye, salvo el golpetear metálico de la Torre del Horloge, y el grito de los cisnes salvajes en el agua". ". .und das Geschrei der wilden Schwane auf dem Wasser..." Aníbal aprendió la frase de memoria y la recitaba, en sus paseos crepusculares por la azotea, cuando las campanas de la iglesia vecina lo ayudaban a suscitar lo que imaginaba había sido la soledad espiritual de Leonardo en Amboise. ¡Ay, cuánta diferencia! Ni él era Leonardo da Vinci; ni lo circundaba el silencio, pues allá cerca, en vez del Loire murmurante, fluía un caudal ruidoso de automóviles; ni aguardaba el retorno del rey de Francia. Lo único que lo vinculaba al genio italiano era su edad, su cavilación de que su vida había sido frustrada, y el hecho de que, así como el pintor de Monna Lisa del Giocondo esperaba la vuelta de Francisco I, él acechaba la del Bebe Andía. Nada... Pero, como quien juega, por distraer el vacío de la senectud, le gustaba fantasear e inventar que no era un pobre diablo, un poeta mediocre, un jubilado profesor de francés y de inglés que se recreaba trasladando de otras lenguas al español los poemas que inspiró el cisne, sino uno de los clarividentes más sutiles que produjo la humanidad y que, como Leonardo, triste, caduco y enfermo, al tiempo que golpeteaba metálicamente el reloj, oía el grito peculiar de los cisnes, de la multitud de cisnes que sin cesar trazaban vastos círculos alrededor de la torre de Clos-Lucé y del Palacio de la Plaza Rodríguez Peña. Su melancolía se esfumaba al verlo al Bebe, al muchacho de Agnolo Bronzino, alto y delgado, avanzar en el claroscuro de la terraza. Cada uno su rey. Entonces, locamente, Aníbal Charlemagne se estimaba en algo superior a Leonardo da Vinci, porque esa presencia le confería lo que le faltó al maestro en el término de la vida: una devoción total y pura, conmovedora en su directa generosidad. Tomaba el brazo del joven, y juntos se iban a visitar a Leontina, si Sebastián Nogales no había concluido la tarea en el diario aún. Observaban el progreso de los cuadros; lo subrayaban con afecto, y sorbían el mate ofrecido. Una paz incomparable reinaba allí. El gato blanco acudía a frotarse contra sus piernas, y el Bebe lo acariciaba quedamente. El muchacho se volvía hacia el ensimismado Charlemagne, y las palabras de Gottfried Benn que, de tanto oírlas, se habían grabado en su mente, asomaban a sus labios: "¿Qué piensa en la tarde, Was denkt er abends?; el rey está de caza, der König ist zur Yagt; silencio; stille..."

Así, día tras día, llegó el de la inauguración. Del mismo modo que, en pleno, fueron atraídos por el espectáculo de la muerte de Damián, los palaciegos lo fueron por el del vernissage de las obras de Leontina. No faltó ni uno. La Curiosidad, la Envidia, la Mofa, el Asombro, la Duda, como otros tantos pequeños demonios desasosegantes, anduvieron entre ellos mientras, mezclados con el público nutrido, recorrían las dos salas de la casa antigua y encantadora que albergaba el conjunto. Y asimismo (en el caso de Rebeca, Sonia, el poeta de la azotea y su mocito a látere), anduvieron la Alegría y la Ternura, como querubines opuestos a los diablos en cuestión. A través de las rejas que protegían de la calle las ventanas, los que circulaban por ella espiaban el iluminado interior, y conseguían, aquí y allá, entre el ir y venir de la gente cotorreante y acalorada, obtener algún atisbo fugaz y turbador de Holofernes degollado por Judit; de David bailoteando delante del Arca; de los ángeles acosados por los sodomitas. En el centro de la segunda sala, Leontina recibía los plácemes sinceros o no. Habíase sentado en un largo banco con Charlemagne. Reprimida su carne sensual por el vestido negro; desaparecido, bajo el turbante violeta, el pelo demasiado rubio, brindaba, dentro de lo posible, una imagen sobria.

Calzetti dio la vuelta a la muestra sin formular comentarios. Lo escoltaban sus discípulos. El pálido sacerdote del Cubo entrecerraba los ojos, estiraba un brazo y

erguía el pulgar, buscando la forma de reducir a paralelepípedos ambulantes, a los animales que, por parejas, encabezados por los rinocerontes y cerrando la marcha el gallo y la gallina, eran recibidos por Noé, como por un afable maitre d'hôtel, en su nave antediluvial. Acababa de leer, con apretados dientes, los párrafos encomiásticos dedicados a la muestra por Nogales, en el catálogo de tapas azules.

--El hombre ha perdido la razón-- murmuró, dirigiéndose a sus alumnos-- i Lo que puede una mujer, sobre un morbosos, sobre un chiflado por el sexo!

Sebastián, entre tanto, irradiaba felicidad. Guiaba a los visitantes y, gesticulando, mesándose la barba corta, señalaba las pinturas. Una de sus seguidoras, una señorona de enormes caderas, tumbó uno de los vasos con ramos de flores que había en los ángulos de la primera habitación, por allegarse demasiado a analizar los pormenores del Adán dormido, tan dotado como inocente. Solícito, el secretario de la galería se arrojó con trapos y, desatendiendo sus protestas ("maestro... no, maestro"), Nogales lo auxilió en la reparación del estropicio. Pretendió ayudarlos la confusa gorda, y los salpicó enteros. En eso estaban, cuando el marchand y dueño dio unas palmadas y cesaron las conversaciones. Entonces la estupefacción de los cisnes y de otros artistas convocados allí, se tornó todavía más aguda porque, aceptando la sugerencia de su amigo Nogales-- quien prefería no ser el inaugurador de la exhibición y limitarse a presentarla en el catálogo--, otro crítico subió a la portátil plataforma, se caló los anteojos y, sosteniendo con una mano una página y entreteniéndola con la otra con el cordón de su monóculo, leyó un texto breve, que ubicaba a Leontina del Ponte entre los valores ingenuos realmente valiosos y originales del país. ("i Puah!

--resopló alguno-- es la misma trenza de siempre ... un crítico llama al otro crítico... i qué mierda!") El final del elogio que dictó este apunte ameno, fue interrumpido por la ruidosa y triunfal entrada de un equipo de televisión.

Adelantáronse sus componentes, apartando al público, y fue como si, a manera de cornacs y domadores, condujesen en medio de la apretujada concurrencia a un cachorro grisáceo de dragón, con el rostro cuadrilongo y hocicudo, que arrastraba su cola de ondulantes cables y emitía, de vez, en vez, un amenazador gruñido. La hueste calzettina, repentinamente indócil, desobedeció a su jefe, para invadir el primer plano en la cámara. Pero Leonardo Calzetti no había bebido aún hasta las heces el simbólico y agrio bock. Le faltaba tener que decir que las pinturas de la señorita del Ponte eran "interesantes", frente a Sebastián, que le sonreía como un bienaventurado, y le faltaba estar a punto de lanzar un grito y de provocar un desorden, porque el mundo, el íntegro mundo con sus jerarquías y su equilibrio, se venía abajo, cuando el dueño de la galería ascendió a su turno a la plataforma y comunicó, jovial, risueño, con evidente acento del sur de Italia, lo que fuera de los implicados, únicamente Aníbal y el Bebe sabían:

--Señoras y señores: es un honor para mí anunciarles el compromiso matrimonial de nuestros amigos Leontina del Ponte y Sebastián Nogales, y que la boda se realizará el mes próximo.

Estallaron los aplausos; brotaron dos mozos portadores de bandejas con whisky y jerez; la mitad del concurso salió al patio y sus regadas plantas, en pos de aire fresco; Sebastián y Leontina fueron abrazados y besuqueados por desconocidos; y en breve, la totalidad de los óleos de bíblica inspiración (hasta el de Caín, sobre quien planeaba,

como un ovni, el Ojo dentro del Triángulo, que era feo francamente), se enorgullecieron, como de otras tantas condecoraciones, del cartelito que repetía un vocablo difícil de digerir, aun con socorro de whisky, para la mayoría del público relacionado, por una u otra razón, con las bellas artes: "Vendido".

Efraín se desprendió del brazo de Niní; intercambió un guiño secreto con Madame Rabínskaia, a quien Pupko acababa de comprarle "El juicio de Salomón", en honor a su tocayo, el rey de Israel; reunió a María Teresa, Niní y Nicolás Estévez; cuchicheó con ellos; luego se aproximó a los flamantes novios, con quienes también conversó; regresó junto a los tres elegantes: la enana, la que no lo era y el cortejador de esta última, y resumió:

--Es la oportunidad ideal. Ahora o nunca.

Seguidamente, como habían hecho Nogales y el marchand, ocupó la plataforma, llamó la atención general golpeando las manos y, con voz clara, dijo:

--Las pintoras Niní Soler y María Teresa Giménez Peña, para celebrar el feliz acontecimiento recién anunciado, que vincula a dos queridos amigos nuestros, ofrecerán un cocktail el jueves, a las 7.30, en su taller del popularmente llamado Palacio de los Cisnes, calle Paraguay. Por mi intermedio, invitan a participar de la fiesta a los habitantes del Palacio, a los críticos y artistas aquí presentes y a las autoridades de esta galería. Ya saben: se los espera a todos el jueves, después de las siete y media, en el Palacio de los Cisnes.

El jueves mencionado (¿necesitamos escribirlo?), a las ocho y media, no había una persona en el ex comedor de quien construyó la casa, a fines del siglo XIX: antes bien, el gentío desbordaba sobre el pasaje adyacente, ancho y abierto, que asimismo colmó. Hacía mucho calor, y era obvio que los invitados habían convidado, a su vez, a otros huéspedes, y que éstos habían llevado a otros más, aplicando la Ley de los Múltiples Intrusos, que caracteriza a las pseudoartísticas concentraciones.

Efraín y las dos chicas trabajaron con eficacia, durante los días que separaban a la inauguración de la muestra de Arte Bíblico y la realización del cocktail. Tapizaron las paredes del aposento con cuadros de ambas, y como Nicolás Estévez llegó con un lote suyo, hubo que ingeniarse y hacerle lugar, de suerte que los muros semejaron nutridas páginas de álbum filatélico. Pero no bien comenzó a repuntar la marea de visitas, los óleos desaparecieron detrás de tantas y tantas cabezas agitadas y fluctuantes; de algunos atroces sombreros femeninos que bogaban a la deriva; de brazos que súbitamente se levantaban y se sumergían luego, como sacudidos mástiles en aguas tormentosas; y del humo, el humo de los cigarrillos, que pronto veló las luces, cual si la niebla contribuyese a la angustia de aquella tempestad, no en un vaso de agua, pero sí en una sala, evocadora del desconcierto provocado por un remolino en un acuario del trópico. Las voces, los gritos y los desesperados ademanes de quienes buceaban hacia las bandejas, como hacia tabloneros flotantes en el flujo y reflujo, añadían lo suyo también a la tromba que conmovía la paz en que se bañaban los cisnes fantasmales.

Había cumplido Efraín lo que le prometiera a la por momentos enana: Sebastián Nogales estaba en su estudio; y no sólo él sino el crítico del monóculo y dos colegas más. De acuerdo con lo que le asegurara a la pequeña, sus pinturas rodeaban al maestro, al novio de Leontina. Pero Sebastián nada podía ver, nada podía oír, que no

fuese una confusión de rostros y de sonos. Desde que entró, deseó irse. Lo retuvieron la clemencia y el entusiasmo de Leontina, maravillada al saberse y sentirse la causa de aquel barullo. Y la trampa armada por Efraín no funcionó porque, repetimos, ni Nogales ni los otros consiguieron (ni les importó) enterarse de los cuadros que zozobraban en torno; ni tampoco regresaron nunca a un sitio donde suponían que la furia del mal tiempo espiritual reinaba siempre.

Era tal la concurrencia, que los tres jóvenes hermosos del Palacio-- Efraín, el Bebe y el Pichón--, pese a que vestían sus galas mejores, no lograron lucirlas, pues se ahogaron en la baraúnda, y otro tanto le sucedió a la bella primera dama palatina, Noemí Rabín, quien extravió, a poco de llegar, un abanico de encaje negro. Pasmaba el rigor científico con que los mucamos piloteaban las bandejas con sandwiches y copas, y las hacían sobrenadar en el apretujamiento. De repente, convocados por el mundano Estévez, hendieron el oleaje tres fotógrafos, surgidos de otras tantas revistas, y el relampagueo de los flashes incorporó lo que faltaba al simulacro borrascoso. "¡Ay, ay!", se oyó gemir al del monóculo: alguien lo había pisado cruelmente, acaso un artista comentado por él. Leonardo Calzetti lo rescató del naufragio y, para desgracia del crítico, la isla a donde lo condujo, braceando, su salvador, fue su propio y vecino estudio, y el alimento, las frutas que allí ofreció a quien hasta poco antes había sido víctima del temporal antropomorfo, fueron sus eternos, sus indigeribles (y en verdad perfectos) cubos pintados.

Salomón Pupko la perdió a Madame Rabínskaia, a poco de zambullirse en la fiesta. Sus ojos la buscaron en vano, por encima de las corrientes, pero otras náyades y sirenas, no la que sin brújula perseguía, enfrentaron, ondeantes, su escudriñar. Destacábanse entre ellas las confidentas de Teté Morgana, que para la ocasión, por consejo de Teté, se habían puesto los mantos, ahumados y chamuscados, de Artemisa y Afrodita (cuando más les hubiesen convenido sendos bikinis), y que esa noche tuvieron que despedirse de lo que de sus mantos quedaba, luego del incendio de "Hipólito" y de aquel terrible fregamiento, pues ya no había remiendo que los restaurase. Al rato, una insólita conmoción y embate de la rompiente (había entrado Sebastián) precipitó al joyero, en su cresta masculina y femenina, hacia adelante, hacia la chimenea que, a la distancia, como un faro, iluminaba el policromo escudo del cisne. Allí encontró refugio, como en un hospitalario peñón. Allí había fondeado también Aníbal Charlemagne. Se saludaron cortésmente, y el traductor le enseñó su pobre capa gris, desgarrada en el proceloso cruce. Madame Rabínskaia compartía el afecto que los demás del Palacio experimentaban por el poeta, y ese sentimiento tenía un eco condescendiente en el ánimo de Pupko, quien no podía abrigar celos del viejo. Ambos se refirieron a la multitud que inundaba el taller y sus contornos; se señalaron los cuadros de Niní, María Teresa y Nicolás, torcidos y medio descolgados; indagaron, sin ubicarla, en pos de Noemí; y volvieron su atención hacia el heráldico cisne. La investigación profesional del joyero, que en su juventud había sido un hábil orfebre, se concentró en el collar que timbraba el escudo y que consistía en una serie de eslabones cuadrados, de oro, de los que pendía el ave de plata. Sacó una lapicera y una libreta del bolsillo y, defendiéndose de los encontronazos, de los despojos que doquier boyaban, esbozó el dibujo de la Orden del Cisne.

--Quizás-- dijo-- sería interesante hacer copiar la alhaja, para que Madame Rabínskaia la usase. Como usted sabrá, va a bailar la "Muerte del cisne". El collar le corresponde.

Estaba enterado Aníbal, como todo el mundo, amén de que no la bailaba muy bien, según le confiara Doña Paca, de lo que dedujo que la bailaba bastante mal.

--La Orden del Cisne-- respondió-- tiene antecedentes legendarios. Unos cuentan que en el siglo VI y otros que en el VIII, un duque de Cléves, Teodorico (o Thierry) murió dejando a su hija a la merced de un enemigo que aspiraba a apoderarse de sus posesiones. Ella rezó y rezó, rogando que acudiese un caballero a defenderla. En eso apareció por el Rin un caballero, llevado por un cisne.

--Conozco la historia. Es algo de Wagner. Lo he visto en el Teatro Colón. Un aburrimiento. Un cisne así, motorizado, nos vendría de perlas, para movernos en este taller. ¿Dónde estará Madame Rabínskaia?

--No es, exactamente, la historia de Lohengrín, pero sin duda lo inspiró a Wagner. El caballero salvó a la niña, se casó con ella y, para conmemorarlo, instituyó la Orden del Cisne. Sus integrantes debían evitar los duelos...

--Buena idea; soy pacifista.

--... .y proteger la religión.

--La religión...-- el judío esbozó una mueca incrédula.

--La Orden se extinguió pronto.

Interrumpieron a Aníbal Charlemagne las tres elegancias del cocktail: Niní, María Teresa y Nicolás, que se arrimaron a brazadas lentas.

--¿No lo han visto a Efraín?-- solicitaron a coro.

--No. ¿No han visto a Madame Rabínskaia?

--No.

Luego que partieron, cada uno hacia una distinta pared, tratando de desembarazar las cercanías de sus respectivas y revueltas pinturas, Charlemagne prosiguió:

--También se opina que la Orden fue fundada por un contemporáneo de Julio César. Exagerado ¿no? A principios del siglo XVII, Carlos de Gonzaga de Cléves, duque de Nemours, se esforzó, románticamente, por revivir la Orden. Sin éxito. En 1780, un sacerdote de Flandes publicó la "Historia de la Orden Hereditaria del Cisne u Orden Soberana de Cléves o del Cordón de Oro", que no he encontrado en ninguna biblioteca de Buenos Aires. Tampoco he encontrado el menor dato sobre un poeta...

Quien se aproximó esta vez, asfixiado, descompuesto, fuera de lugar el lacio pelo rojizo, hasta descubrir zonas calvas, fue Teté.

--¿No lo han visto a Ronaldo, al Pichón Reyna?-- inquirió, resollando.

--No. ¿No vio, por casualidad, a Madame Rabínskaia?

--No. ¿De dónde habrá salido tanta gente cursi?-- y Teté partió tras Lorenzaccio. Había explotado la invitación general proclamada en la galería para gozar de la fiesta, pero se sentía inseguro, importuno, luego del incendio del teatro-garaje y de la ira de la avara Niní, con quien procuraba no encararse.

--Hubo un poeta-- continuó Aníbal, girando hacia Pupko--, llamado Renak, al que la Orden del Cisne le sugirió más de treinta mil versos. ¿Se da cuenta? Treinta mil versos. Renak. Lo mencionan en el Espasa, pero ni en esa ni en ninguna otra enciclopedia he topado con noticias del fulano Renak. ¿Habrá existido verdaderamente?

--Trein-ta-mil-ver-sos...-- deletreó Salomón Pupko, abrumado como si se tratase de dólares.

De inmediato, su inquietud debida a la ausencia de Madame Rabínskaia, se acentuó. ¿Dónde cuernos se habría metido la Dama del Cisne? La imaginaba ya, con el collar balanceado sobre los pechos suaves.

--Treinta mil versos..., Renak, Renak, Renak, Renak...-- canturreó y, ganando terreno centímetro a centímetro, y mascullando "permiso" varias veces, se echó a buscarla.

En el centro del largo cuarto, tropezó con la punta de una mesa que, al hincarse en su vientre, le hizo lanzar un grito. Se apoyó en ella y, allende las personas que la sitiaban por los cuatro costados y la manchaban con whisky y jerez, distinguió, apilados sobre el mueble, cuatro enormes, realmente enormes y pesadísimos libros. El Pichón Reyna había conseguido desplazar uno y abrirlo, encima de la mesa, para darse aires de intelectual, aunque no sabía inglés. Por encima de las gafas, Pupko alcanzó a leer: "The life of Takla Haymanot in the versión of Dabra Líbanos and the Book of the Riches of the Kings". Junto a la página titular, explayábase una extraña lámina de colores desmesurados, que reunía a la Trinidad, los símbolos de los cuatro evangelistas y, echado a sus pies, con los ojos muy abiertos, un negrito, Takla Haymanot.

--Son obras etíopes-- se pavoneó el majo--. Textos del Museo Británico, impresos para... para Lady Meux...

Poco o nada le importaban a Salomón, no obstante que de otro Salomón, más grande, descienden los reyes de Abisinia.

--¿No la ha visto-- interrogó-- a Madame Rabínskaia? ¿Usted, joven, es el Pichón? En ese caso, anda preguntando por usted el señor Morgana, el señor Teresio.

El Pichón enrojeció ligeramente. Luego, con un parpadeo cómplice que hizo apreciar sus pestañas curvas, indicó una puerta, imperceptible pues la cubría la multitud. Intrigado, alarmado, despejando el camino con los codos y las rodillas, el joyero se dirigió allá. Logró desatranclarla, y entró en una pequeña cocina. En su interior, Efraín y Madame se besaban furiosamente. El rugido que produjo Salomón Pupko fue tan zoológico, tan propio de una bestia carnicera, que dominó al parloteo. Así como, en la selva, el colérico vozarrón leonino enmudece a los gárrulos loros, callaron los

huéspedes y los infiltrados del cocktail, ante el volumen estentóreo de este otro mamífero. En el imprevisto silencio, se escuchó a Pupko, ronco, demente, a punto de sufrir un ataque, tartamudear:

--Puta... puta... puta...

Asió de un brazo, violentamente a Noemí, y la arrastró. Ni se movió el gitano. Al paso de Salomón apartábase la concurrencia. Cuando estuvo a la altura de la mesa central, hizo a un lado, a empellones, al frágil Pichón Reyna y, por vengarse con ello no sabía exactamente de quién, quizás del Mundo, nido de serpientes, empujó al gran libro copto, que cayó al suelo, despanzurrándose. Una lámina en colores, rota, voló. Representaba al santo y anciano Haymanot, rodeado por ángeles y arcángeles portadores de incensarios, todos muy vestidos y llevando coronas que parecían cascos guerreros, pero de guerreros del futuro. La pisoteó Simón y, arrastrando siempre a la bailarina, salió al corredor, en cuyo hacinamiento cundía el pánico.

--Puta... puta...

--¿Qué pasa?-- demandaba la buena, la dulce Leontina, sorprendida de oír aplicar a otra persona, estando ella presente, el más baqueteado de los nombres con los cuales se designa a las de su oficio.

Sebastián Nogales rozó con los labios la diestra de su amada.

--Vámonos-- le dijo--; basta ya. Este no es un lugar para nosotros. Y ¡qué cuadros!

Le tomó esa mano y salieron, flanqueados por las señoritas chic que se deshacían en disculpas. Previamente, se había oído estallar la bofetada que Nicolás Estévez le propinó a Efraín. Así concluyó el homenaje tributado a Leontina del Ponte, en el Palacio de los Cisnes. Los participantes se desbandaron. Mientras se daban prisa, frente al taller-escuela de Leonardo Calzetti, notaban que el maestro continuaba enseñándole al crítico del monóculo más y más pinturas, y que, a juzgar por la cantidad de cartones amontonados a su vera, faltaban muchos, muchos, muchos todavía, para que terminase su recreativo desfile.

VIII

CONVERSIÓN DE TETÉ MORGANA

Monseñor Anselmo González, obispo in pártibus de Antinópolis, había perdido la paz, desde que su sobrino Miguel se quitara la vida. Nada lo distraía del recuerdo de esa voluntaria muerte, y de su fruto, la eterna condenación.

El viejo sacerdote, a quien caracterizaba la tendencia a la soledad y a la melancolía, vivía retirado, hacía veinte años, en una noble casa frontera de la iglesia de San Telmo. Ejercía allí, por intermedio de su ama de llaves, una caridad callada. Siendo tan tímido como triste, rehuía el trato de la gente, y la gente (aun valorando sus condiciones), prefería también no tenerlo cerca. Su ama de llaves española, vieja y extraña como él, constituía su único acompañamiento, pues a la cocinera no la veía nunca. Desde la lejanía de su juventud, cuando llegó de la seca Castilla, hasta el avance de la caducidad evidente, Doña Águeda no había cesado de amar a Monseñor. Fiel y silenciosa, acaso ignorante de la índole profunda de su sentimiento, que confundía con una reverencia similar a la que tributaba al Sagrado Corazón, sus labios jamás se abrieron para dejar salir siquiera un suspiro que delatase su oculto estado de ánimo. Apenas si, de vez en vez, la sobria coquetería de un ramito, puesto más cerca de la foto de Su Ilustrísima que de la imagen de la Virgen Santa, hubiera permitido presentir la existencia de una pasión inalterable, que Monseñor ignoraba, o prefería ignorar. Era muy piadosa, pero asimismo muy dada a los libros esotéricos, y alternaba el manejo del devocionario con el de los textos populares dedicados a hurgar, superficial y supersticiosamente, en los grandes misterios que nos circundan. En la época en que la presentamos al lector, había descubierto uno, singular, que detalla la forma en que influye sobre nuestro destino, el nombre que llevamos. Y como en ese libro se expresa que quienes se llaman Anselmo deben evitar el pesimismo, la aflicción y la flojedad, que a nada conducen, y además las emociones, en particular la sensiblería, la buena señora se inquietaba más que nunca por quien Anselmo llamábase. Añadamos que la zona zodiacal que le correspondía a Monseñor era la de Leo y que, según la mencionada publicación, los Anselmos de Leo gozan de la posibilidad de éxitos mundanos, de prolífica imaginación y de ideas nutridas. Eso contrastaba fundamentalmente con el carácter y con la eficiencia mental del obispo, pero Doña Águeda se forjaba la ilusión, exagerada si se tiene en cuenta la edad del prelado, de que Monseñor González era aún capaz de ser digno de su nombre. Así estaban, encerrados, aislados, estos dos curiosos y ancianos personajes: Monseñor, ahído de pena por lo que ocurriera con su sobrino, y saturado de depresión, ya que la depresión era la salsa insabora que lo bañaba siempre; y el ama de llaves, abrumada quizás, al cabo de tanto tiempo, por el agobio de su existencia, y súbitamente esperanzada, en su manso desvarío, por la promesa de que quien ingresó en el mundo con la etiqueta de Anselmo, estaba predestinado a triunfar y a imponer sus ideas fulgentes, con tal de que la aflicción, la flojedad, la sensiblería, etc., no lo aniquilasen.

A medida que andaban los meses, debatíase Monseñor por la ansiedad de conocer las razones que llevaron a Miguel a cortar el hilo de sus días. Lo deseaba fervientemente, diciéndose que si desentrañara el motivo, el impulso que se concretó en una decisión tan extrema, tal vez hallase también el argumento teológico que esgrimiría en favor de su sobrino muerto, ante las potencias celestes. Empero faltábale el coraje necesario para realizar esa pesquisa. Su apocamiento, su innato temor frente a las posibles violencias que el contacto humano acumula, lo obligaban a retraerse más y más. Rezaba su misa de mañana, y luego, en su casa, el longevo señor se refugiaba en la lectura, en la oración y en la modorra. Apenas si lo tenían, como director espiritual,

unas pocas damas maduras, de familias tradicionales, que enriquecían el tedio de sus confesiones con culpas y problemas inventados. Después de absolverlas, les acercaba una copa de licor de anís. La angustia que lo sobrecogía ahora había roto esa calma estancada y taciturna, destruyéndola. Y Monseñor sufría; Monseñor estaba incómodo; Monseñor, ya no delgado, sino escuálido, bajaba de peso: fenómenos imperdonables. Recorría la extensa biblioteca, colmada de beatos volúmenes, en demanda del que podría iluminarlo y procurarle una solución, y no bien se internaba en el primer capítulo y se distraía, observando el juego sutil de los doctores de la Iglesia, al voltear la página y alzar los ojos, creía ver a su lado la sombra del suicida implorante.

Por fin, comprendió que la guerra declarada por sus nervios lo conducía a una crisis y, para conjurarla, acudió a la persona exclusiva con la cual compartía su soledad. Hizo desbordar su amargo corazón repleto, y le pidió que lo ayudase. No aspiraba a otra cosa Doña Águeda. Verdad es que Monseñor se sorprendió algo, cuando la mujer le indicó que quien se llamaba Anselmo debía salir victorioso, y en lugar de atribuirlo al efecto logrado por su carta astral sobre su nombre, el obispo lo asignó a la protección de su venerable patrono, San Anselmo, uno de los fundadores de la escolástica. Discutieron, pues, los dos viejecitos, acerca de la ruta más apropiada para averiguar el porqué de la trágica muerte de Miguel González, y los acorraló la certidumbre de que el único medio develador de la incógnita podía hallarse en el Palacio de los Cisnes. Ahora bien, el obispo in pártibus detestaba el Palacio de los Cisnes, considerado por él una madriguera de vicios y un avispero de pecados. Eso, la seguridad de que la senda hacia el conocimiento pasaba por el caserón de la calle Paraguay, y de que sería ineludible, para progresar en la investigación, ir al Palacio, era la traba principal que hasta ahora había detenido al hombre de Dios en su tarea. No, él no iría; sucediera lo que sucediese, no iría. Había estado allí en una oportunidad, cuando fue a recibir el cuerpo ensangrentado de su sobrino, y le bastó. ¡Aquella estatua, aquella horrible estatua del muchacho abrazado al cisne, que produjo sobre Monseñor Anselmo el mismo efecto atroz que sobre Leontina del Ponte! No volvería. Temblaba el prelado y las lágrimas caían sobre sus pómulos azulencos.

--¡Por supuesto que no irá Su Ilustrísima!-- exclamó Doña Águeda, aterrada ante el llanto episcopal--. ¡ Para eso estoy yo!

Una vez que se aprobó dicho trámite, hubo que pensar en qué se haría luego de entrar en la Morada de la Depravación. El pastor de la inalcanzable, jamás visitada Antinópolis, que construyó el emperador Adriano, sobre el Nilo, en memoria del favorito amado, no conocía en el Palacio a nadie, fuera del portero, un zafio incapaz de arrojar luces sobre nada. Entonces...

--Monseñor se equivoca-- replicó la castellana--. Conoce a alguien de bastante mayor enjundia. ¿No recuerda a aquel individuo que estuvo a entrevistarle, hará un lustro, por ver si lo interesaba en la presentación de una obra teatral... en francés o inglés, me parece... y solicitarle que requiriera la ayuda económica de la Curia... porque la pieza era religiosa... ? ¿No recuerda? Un hombre de cabello rojo, teñido. .. Pues ese hombre es de allí, de la misma casa donde tuvo su estudio el pobre Don Miguel, que en paz descanse...

Brillaron los ojos de Monseñor González. Sí, recordaba. Un hombre de pelo colorado, muy charlatán. ¿Qué obra quería dar? Algo de Claudel... sí, de Paul Claudel... "L'Annonce faite a Marie"... "La Anunciación a María"... un hombre... ¡ Fontana!

--iEso es: Fontana!

--iFlorencio Fontana!

--iFlorencio Fontana! La memoria de Su Ilustrísima es envidiable.

--iFlorencio Fontana! Águeda, habrá que traerlo. Habrá que traerlo aquí.

--Aquí lo traeré.

Respiró con alivio el sacerdote. Esbozóse en su magín, confusa, la silueta del visitante insólito. ¡Cuánto habló, Virgen Purísima! ¡Y el color del pelo! Monseñor podía trabucar su identificación, y apellidar Florencio Fontana a Teresio Morgana, pero tenía muy presente que, para ganar su simpatía, el director o actor aquel le había dicho que era amigo de Miguel González. No se ocupó el clérigo de verificarlo. Escuchó al huésped y lo despidió con palabras amables y graves y con una copita de anís, resuelto a no mover un dedo en favor de quien venía del Palacio de los Cisnes. ¡Bueno fuera! Por más que se tratase de Claudel... El teñido arguyó que ya disponía del apoyo de la embajada de Francia. ¡Que se contentase con los franceses!... ¿Cómo se le ocurría que él, Monseñor Anselmo González, iba a distraer el tiempo y los caudales de Su Eminencia, a raíz de un asunto sin duda turbio, por proceder de allá? Después no volvió a oír mencionar el tópico. Hasta hoy desconocía si la obra se llevó a la escena. No le importaba. Le importaba, en cambio, conversar con ese Florencio Fontana, porque era presumible que del diálogo surgieran un indicio, una pista, que lo guiasen hasta la hora suprema de Miguel, hasta su esclarecimiento y quizás hasta la redención del infortunado.

La tarde siguiente, antes de salir para la Plaza Rodríguez Peña, Doña Águeda colocó en sendos maceteros, junto al retrato de su señor (quien se asemejaba, magro y huesudo, a su sobrino, y también a Paul Valéry), una planta de muguetes y otra, bastante maloliente, de írides, porque ambas son las más favorables a los Anselmos. Deslizó bajo la primera una diminuta ágata, cuarzo precioso que beneficia a los de ese nombre y, estimulada por el hecho de que el día fuese viernes (uno de los dos propicios para los Anselmos, con el lunes), partió saturada de contradictorios efluvios. Se había vestido de blanco, ya que dicho color-- siempre según su actual libro de cabecera-- atrae hacia los Anselmos la felicidad, y es justo destacar el esfuerzo que para ella significó lograrlo, dado que se vestía de negro invariablemente. Se vio obligada a recurrir, con ese objeto, a antiguos baúles y a condenados guardarropas. De ellos rescató prendas vetustas, risibles, ni siquiera muy blancas ya. Incitando a los transeúntes a volverse a su paso, atónitos, pues parecía, de los zapatos al sombrero, recortada de un álbum de modas de medio siglo atrás, o sea de 1915, época en que la falda iba hasta algo encima del tobillo, amplia, acampanada, con muchos pliegues y frunces, en que las mangas se henchían, y era pequeño el ladeado tricornio, se fue Doña Águeda, la blanca Doña Águeda, y Monseñor, que la atisbaba detrás de las cortinas de la sala del piso de recepción, la salita de las reliquias, la bendijo a la distancia, y la encomendó a la bondad del arcángel Gabriel, amparo de los Mensajeros. Bendijo a la que correteaba tras los taxis, a la que muchos consideraron la Loca del Barrio de San Telmo, la loca del disfraz, la loca blanca, seria, dura, aferrada a su cartera y a su sombrilla, sin sospechar que esa viejecita era, en realidad, un ser incomparable, era la enamorada invencible, portadora de una delicada y alta misión.

Consciente de su responsabilidad, descendió Doña Águeda cerca de la Biblioteca de Maestros que fue, para Aníbal Charlemagne, castillo de Luis de Baviera, alcázar de Rubén Darío, orquesta de Saint-Saéens y de Tchaikovsky, templo de Arma Pávlova, nave de Lohengrín y Lago de Cisnes. El andaluz Ramón reconoció en ella a la acompañante de Monseñor Anselmo, la mañana luctuosa; desentrañó con dificultad, como si descifrarse la piedra de Champollion, el nítido nombre de Teresio Morgana, bajo el brumoso de Fontana (Florencio) y, relleno de orgullo por su hallazgo y por el evento de conducir a una dama tan solemne y de tan original atavío, la guió escaleras arriba, hasta el estudio donde languidecía Teté, mientras Lucho Morales berreaba: "Loca, me llaman mis amigos..."

Teté había soñado con cisnes, la noche anterior, lo que no sorprenderá a nadie, si se considera la atmósfera impregnada, empalagada por la reiteración ubicua del anas cycnus, dentro de la cual se desenvolvía su intranquila existencia. Consultó, como solía hacer en esos casos, a la "Dernière Clef des Songes de Madame Athéna", siempre al alcance de su mano, en la mesa de luz, y leyó, con referencia al cisne, que verlo en el agua significa "franqueza y fidelidad"; en tierra, "que va a llover durante el día"; si el cisne es blanco, "amor sincero"; si negro, "enfermedad, muerte"; si canta, "catástrofe". El suyo estaba en el agua y era blanco; lo mejor: franqueza, fidelidad y amor sincero. Cerró el deslomado librejo con una mueca incrédula (aunque en el fondo se alegró de que *su* cisne no fuese negro y de que no cantara, cruz diablo). Luego, estirado en los sucios cojines del sofá, tornó a sus reflexiones.

¿Qué podía esperar de la vida? ¿A quién creerle?, ¿de quién fiarse? Ya no intimaba con ninguno. Efraín lo había abandonado; el Pichón Reyna le fue infiel con Efraín; Efraín había sido desleal a Niní Soler y al Pichón por Madame Rabínskaia, quien traicionó a Salomón Pupko. ¿A quién había traicionado éste? Lo ignoraba Teté, pero seguramente el joyero había traicionado a alguien. Todos traidores, todas traiciones. ¿Acaso él, él mismo, no traicionó al Hipólito N° 3 por Efraín? ¿Y no era transparente que Miguel González había traicionado a Damián por el susodicho Efraín... quien quizás mató al Joven del Cisne... si no lo mataron entre los dos, entre el escultor y él? Traiciones y traiciones. Todas traiciones. ¡Bah... la vida... !

Estaba entregado a estos pensamientos enumerativos y acerbos, cuando Doña Águeda llamó a su puerta. Se levantó, perezoso, a abrir, y su sentido teatral apreció, no obstante su postración y desencanto, el espectáculo que en el umbral se le ofrecía. ¡Admirable! ¡Qué caracterización admirable! ¿Quién sería esta actriz? No la tenía presente. ¿Vendría a postular un papel? ¿La fama de "Lorenzaccio" se habría extendido ya? "Lorenzaccio"... absurdo... como si lo ilusionara aún dirigirlo...

A poco que la señora pronunció unas palabras, entendió que no había acudido a solicitar una parte, sino a brindar algo. ¿Quién sería? ¿Una millonaria excéntrica, deseosa de ayudar a gente de teatro con talento? ¡Qué ropa! Pero no: ahora le mencionaba a Monseñor Anselmo González, el tío de Miguel. Sí, el tío del antipático Miguel. Monseñor deseaba verlo. Y sólo a esa altura comprendió: al cabo de tantos años... ¿cuántos?... ¿cinco?... ¿seis?... había cuajado la propuesta de "La Anunciación a María". ¡Qué lentitud! Ya se sabe que las cosas de Palacio o de la Curia van despacio... No en el Palacio de los Cisnes: ahí las cosas andaban vertiginosamente... con excepción de su propio trabajo, de su cocinar y adobar las grandes tragedias, las glorias de la literatura... Claro que los dramas excelsos requerían mucho ensayo, mucho retoque, mucha sutileza... Había que probar a los actores, ajustados, cambiarlos. Un actor es el eco del corazón de quien dirige. La

inteligencia... ¡bah! A él no se lo podía acusar de remolón; al contrario, era un trabajador infatigable. Hora a hora, día a día, mes a mes, año a año, no cejaba... Y el corazón siempre pronto... Puliendo, rechazando, completando. .. La prueba era que un hombre de la importancia de Monseñor Anselmo González, deseaba conversar con él... "La Anunciación a María", en la traducción de Battistessa... ¡Qué lejos estaba ahora de Paul Claudel! Y de Musset también y su "Lorenzaccio", como de Eurípides y su "Hipólito", como de todos... Pero iría, naturalmente. "Muy honrado, señora. Dígame a Monseñor que iré el lunes, a las cuatro, sin falta." (El lunes, día de los Anselmos. Ilumináronse los ojos severos de Doña Águeda: el lunes y el viernes; el muguete y el íride; el ágata; no olvidar; Doña Águeda, Doña Ágata: coincidencia.)

Y el lunes se largó al barrio de San Pedro Telmo, hasta la casa a cuyo balcón principal adornan dos águilas, entre laureles. Al instante de ser admitido en la residencia de Monseñor González, Teté sufrió el espiritual influjo de su clima. Reiteramos que, si bien rarísimamente estrenaba era, por encima de lo demás, un hombre de teatro, un hombre cuya sensibilidad ubicaba todo dentro del proscenio y detrás de las candilejas. Lo veía, lo adaptaba así. Y lo mismo que lo había impresionado, melodramáticamente, Doña Águeda, lo impresionaron Monseñor y la casa de Monseñor. Se encontró, es cierto, con una Doña Águeda que mudó por el negro el plumaje blanco, y que, en el ambiente oportuno, había acentuado su sacristana adustez. Monseñor correspondió, con exactitud, a uno de los dos modelos monseñoriles que tenía in mente: el flaco, riguroso, susurrante, de mal color y semi-sonrisa, y el opulento, jovial, rosado, bien alimentado y bien bebido. Se situaba en la primera categoría morganesca, sin defraudar, pues además era de estatura mediana y, maguer que le faltaba ironía, ya que ni siquiera era dueño de un humor parco, su física similitud con Valéry reemplazaba esa ausencia lamentable. Aquí y allá, la nota violeta en la sotana, la cadena y el crucifijo de oro, las hebillas de plata y el relumbre y el apagarse de la piedra del anillo, pregonaban la excelencia del vestuario escénico, que tasó la deformación profesional de Teté. En cuanto a la casa... ¿qué decir?... se ajustaba sin falsas notas al concepto del director de lo que debía ser la de un prelado. Aquellas gruesas alfombras, amortiguadoras de ruidos; aquella herencia de muebles oscuros y de damascos rojos; aquel notable Cristo de marfil y de carey; aquellos retratos papales; sobre todo aquella salita de las reliquias que atravesaron antes de llegar al despacho de Monseñor (la salita que atesoraba, en sus anaqueles, docenas de cajas, de estuches, de cofrecillos, con taraceas, con ónices, con cornalinas, con ópalos; de relicarios de cristal de roca, de lapislázzuli y de filigrana; de brazos y manos argénteas; y la multitud de sellos de lacre, de cintas y de inscripciones que documentaban el hagiográfico valor de esos huesitos, esos trocitos de descolorida tela, esas cenizas y esas secas flores), aquel conjunto arropado, a medida que pasaban de una habitación a la otra, por el prestigio de la media luz y del sahumero de benjuí, que en el despacho se mezcló con la fresca lozanía del muguete y con el desagrado aromático del íride, anunciador de nuestra muerte inevitable, obró con firme eficacia sobre el ánimo de Teresio, propulsor del teatro experimental, y provocó en él, paralelamente, una sensación de serenidad respetuosa, y una picazón de devoto remordimiento a la que no se suponía susceptible, sumadas al asombro de estar representando algo de Don Jacinto Benavente.

El diálogo con Monseñor se inició como un juego de la Cordialidad y de la Cortesía. Ni la timidez de González ni su mesura, cedieron ante el empuje de Teté. Se habló al principio de teatro. Los separaban un escritorio y una reproducción de la "Pietà" de Miguel Ángel (bronce de Barbedienne, alto 70 centímetros, largo 65), y Teté, asomándose detrás del monumento, no se cansaba de admirar la cabeza de

intelectual, de gran escritor, de Monseñor González, y de preguntarse a dónde iría a parar con sus balbuceos erróneos a propósito del drama contemporáneo. Por fin salió a relucir "La Anunciación a María", pero su paso por la plática fue fugaz. Morgana manifestó, majestuosamente, que la había diferido, si bien siempre permanecía en la carpeta de su repertorio, como una posibilidad, pues había tenido que ocuparse del "Hipólito" de Eurípides...

-- ¡Ah, Eurípides... !

--.. .y del "Lorenzaccio" de Musset.

--¡Ah Musset... Musset!

El obispo se reconcentró, fijos los ojos en su amatista, y luego los alzó, en blanco, hacia la "Piedad", como si implorase su auxilio, o como si Eurípides y Musset fuesen dos santos, a quienes se encomendaba a los pies de la Divina Madre. "Ahora-- calculó Teté-- va a hablarme de Claudel, y de la forma de financiar 'L'Annonce...'" Lo desconcertó el mitrado:

--¿Usted lo conoció bien a mi sobrino, a Miguel González?

Su interlocutor vaciló unos segundos, antes de responder. ¿Qué le convenía decir? ¿Recelaría una trampa la pregunta? ¿Dependería de su contestación la puesta en escena de "L'Annonce"? Sabía que Monseñor Anselmo era el pariente más cercano del detestable suicida; aún más: estaba enterado de que había sido él quien pagaba el alquiler de su estudio. Arriesgó el todo por el todo:

--Sí, fuimos muy amigos. Todavía, diariamente, deploro su muerte.

--Su temible, pecadora, inexplicable muerte... El comentario de Teté se redujo a un suspiro.

--Quizás usted, señor Fontana... pardon, Morgana... pueda dilucidar para mí la razón de su... de la forma en que puso fin a su vida... Para eso lo he molestado. Excúseme. Excuse a un viejo inquieto, perdido...

Teté Morgana evolucionó velozmente de la perspectiva insubstancial de dirigir "La Anunciación a María", a la lástima que le inspiró la mirada del anciano lacrimoso, o sea de la súbita furia de tener que desprenderse de una hueca esperanza, a la reacción estética producida por un hombre de buena clase, bien fajado y ensotonado, de ojos que podían ser o muy vacíos o muy profundos, herido por una muerte que su fe no perdonaba, y que carecía de elementos que le permitiesen entenderla. La atmósfera, las reliquias, Michelangelo, los papas bendicentes, la ropa y sus toques violetas, el fluctuar y desmayarse de la amatista, se conjugaban para excitar a Teté. Pero el odio al escultor que encabezara, en el Palacio de los Cisnes, la lista de los que trastornó Efraín, pujaba más que la emoción que podía suscitarle un sacerdote caduco y plañidero. El visitante desahogó su animosidad :

--La culpa fue de Efraín, Eminencia, Reverencia, Ilustrísima...

--Diga usted: Monseñor.

--La culpa, Monseñor, fue de Efraín.

Y en seguida se extendió sobre los pormenores del vínculo que uniera a "ese gitano" con "el gran artista". Monseñor cayó de las nubes de la celeste y plácida inocencia. No quería creerlo. ¡Cómo... un González... uno de los hidalgos González, establecidos en el Río de la Plata desde el siglo XVII...! No lo podía creer, como si las inclinaciones de una persona dependiesen de la cantidad de centurias de afinamiento familiar. Añadió Teté que ignoraba el motivo exacto que había "arrastrado a Miguel a tomar esa tremenda determinación", pero que, a su juicio, el culpable, el causante, era Efraín, "ese judío".

El obispo de Antinópolis, el obispo de la Ciudad de Antínoo, persistió en negarse a dar crédito a lo que oía. ¡ Hacía tantos años que no confesaba más que a cuatro o cinco señoras decrepitas! En verdad, había descartado de su memoria que ciertas cosas sucediesen, que pudieran suceder. Sus otras confesiones, las más lógicas, las más hondas, se esfumaban en una lejanísima bruma... Eran historias de gente ordinaria, de pervertidos, de locos. Para él, el sexo no existía; nunca había existido; nunca lo había desasosegado. ¿Qué agitaba a ciertos hombres, qué los empujaba a depender de él como el galeote de su remo? La metáfora le pareció imprevistamente audaz y obscena, y se alegró, en medio de su amargura, de haberla sólo pensado y no haberla agregado a sus breves y desoladas expansiones.-- ¡Ay, ay!-- sollozó--. ¡Miguel! ¡Miguel! De nada le servía a Monseñor el aporte de Morgana. Al contrario: lo que le comunicara, confundía la cuestión. Sin embargo continuaría rogando por el alma de su sobrino; suplicando que lo perdonasen; arguyendo que la ofensa horrible emanó del otro, del instigador funesto. Quizás (la mente de Monseñor González funcionaba con mecanismos medioevales) ese Efraín sin apellido, cuya piel oscura y ojos verdes le había descrito Teresio Fontana, un experto en Claudel, fuese el Demonio, el propio Asmodeo, encarnación diabólica de la incomprensible Lujuria. Monseñor se echó a temblar:

-- ¡Vade retro!-- gemía--. ¡Vade... !

Doña Águeda, que auscultaba esas abominaciones con la casta oreja pegada a la cerradura, juzgó sonado el minuto de intervenir, e hizo su entrada, toda aplomo y adustez.

--Monseñor-- proclamó, rotunda--, es hora de tomar su píldora.

Púsose de pie, admirando su actuación, el director de teatro experimental. Se llevó la mano a la cadena, de donde pendía la medalla de San Sebastián desnudo y flechado y, cuando se inclinó ante Su Ilustrísima, rozó con la efigie el anillo del pastor. Atravesó los salones, como en éxtasis. Ansiaba conservar intactos los sentimientos que había experimentado (o que había inventado) en esa casa, tan propia para suscitar en un personaje de su temple lo que imaginaba una mística embriaguez. En la salita de los relicarios, se persignó tres veces. Descifró, a través de los vidrios que reflejaban su compungido gesto: "metacarpo de San Honorio"... "vértebra cervical de Santa Úrsula"... "peroné de Santa Brígida" ... "maxilar inferior de San Ubaldo"... ¡ Cuánta maravilla! ¡ Cuánta nobleza, cuánta paz, en aquella casa! ¡ Esas alfombras, ese silencio que acompañaban los relojes sucesivos, con sus ajustados tictacs! Recordó el texto de

"La Anunciación", y lo declamó, mientras bajaba la escalera entre las pinturas sacras de la escuela del Cuzco, tan restauradas y barnizadas que se las dijera hechas ayer:

--"¿Acaso la finalidad de la vida es vivir? ¿Acaso los pies de los hijos de Dios permanecerán unidos a esta tierra miserable? ¡No es vivir sino morir, y no construir la cruz sino subir a ella, y dar, sonriendo, todo lo que tenemos! ¡En esto está la gloria, en esto está la libertad, en esto está la gracia, en esto la juventud eterna!"

Había visto lágrimas en los puros ojos de Monseñor Anselmo, lágrimas que valían más que las vanas perlas del mundo. Cuando regresó al Palacio de los Cisnes, le chocó el contraste esencial entre su frialdad indiferente, su devastación que día a día avanzaba, y el cálido esplendor discreto de la residencia del obispo, plena de señorío ritual y de preclara fe. Ya, en la puerta, la taimada sonrisa de los primos Morales y la hipocresía de su saludo le corroboró que estaba de vuelta del Paraíso. Monseñor podía padecer, a consecuencia de las barbaridades del cretino Miguel González, pero ¡qué privilegiada quietud lo circuía! ¿Emanaba de la casa de San Telmo y bañaba a Monseñor, o emanaba de Monseñor y sumergía a su casa? Allá, sobre las humanas pasiones, prevalecía el triunfo de la apacibilidad; aquí, las intrigas enredaban sus colas, hundían sus zarpas, dilataban sus fauces. Teté ascendió la escalinata, detectando el crujir de dientes y el rasgar de uñas de las intrigas, doquier. Luego de la falsedad de los encuadradores de "El Cisne Azul", se le antojó que las castañuelas de Doña Paca publicaban la mentira del júbilo de la profesora, porque todos sabían, ahí dentro, que después del escándalo ofrecido por Madame Rabínskaia y Efraín, en el cocktail para Leontina del Ponte, Salomón Pupko había suspendido hasta nueva comunicación el espectáculo del Teatro Smart, y que eso había inflamado de cólera a la decepcionada maestra. Sonaban, pues, los crócalos, como los anillos de la famosa serpiente. Más allá, en el estudio de Calzetti, la voz del artista, semejante a la del muecín en la altura del alminar, salmodiaba su oración eterna. Las Tablas del Cubo, blandidas por Leonardo, vibraban, fulgurantes, como las de la Ley. Otra mentira. Otra patraña. "¿Acaso soy yo un cubo?"-- se interrogaba Teté--. "¿Acaso hay un cubo dentro de mí?" Y los demás... Las niñas chic y sus exposiciones y su cocktail... ¿Por qué lo habían dado? Por ostentación, por conveniencia. ¿Y los del piso siguiente?... Sonia, fabricando mujeres falsificadas; el Bebe Andía, fabricando falsificados hombres; Rebeca, falsificando horóscopos... Drogas, embustes, imposturas... ¿Y los de la azotea?... La prostituta, embelecando al crítico imbécil, para casarse con él; y el poeta absolutamente loco, loco de senilidad y de cisnes ... Así los consideraba Morgana: todos equivocados, todos chapuceros, todos charlatanes. La Verdad, la inmaculada, espléndida Verdad, se refugiaba en la casa de Monseñor Anselmo. Esto, este absurdo palacio, era un pandemónium; aquello era un oasis. Los pasos silenciosos del ama de llaves, en las gruesas alfombras; las dulces figuras del santoral, que lo contemplaban mientras iba hacia el escritorio; los regalos (algunos feos) sinceros, que había en la morada del prelado patricio; el almohadón sobre el cual el obispo de Antinópolis apoyaba sus zapatos con hebillas de plata, sin duda labor de monjas (las iniciales A y G, dentro de una guirnalda de margaritas)... ¡Qué bellos ejemplos! Era menester terminar con esta insensatez pecaminosa. Salir del Palacio de los Cisnes. Se imponía un cambio, un gran cambio. Peregrinar a pie hasta Lujan, hasta la basílica rebosante de exvotos, de grabados letreros, de sables, de muletas...

Entró en su cuarto y encendió una lámpara. ¡Qué soledad la suya! "Hipólito", "Medea", "Lorenzaccio"... vanidad de vanidades... Cayó de rodillas en el duro suelo, y trató de rezar. Para estimularse, metíase en la cabeza que, en la penumbra, entreveía a su buena madre, a su abuela, a su tía solterona, catequista, la que lo preparó para la

primera comunión. Concluir, concluir con el teatro, con Eurípides, con Musset. Empezar de nuevo. En su improvisado arrobo, fantaseaba asimismo que oía el agitar de las alas de los ángeles. ¿Serían las de los cisnes? Pero las solapadas voces del mundo llegaban hasta él, distrayéndolo: el cacareo sensual, arrullante, de las sonajas de madera de Doña Paquita; el himno adormecedor del arúspice del Cubo; el runrún del tráfico de motores, en Callao, en Paraguay. Y esos cisnes, esos cisnes policromos, explayados en el piso... ¿No lograría concentrarse, fugarse? Acudió a su mente, aunque intentó rechazarlo, algo que, tiempo atrás, le explicó Aníbal Charlemagne: a juicio de un sabio mitólogo francés, el cisne, consagrado a Apolo y a Venus, sugiere para el Arte Poético la alegoría de una mujer desnuda; sin embargo, de acuerdo con el mencionado estudioso (¿Bachelard?) el símbolo es más complejo, pues vincula estrechamente al cisne con la idea del hermafroditismo, ya que son masculinos tanto sus movimientos como su cuello fálico, en tanto que es femenino su sedoso cuerpo de líneas curvas. ¡Ah! ¿por qué, por qué acordarse ahora de artificios que arma sin duda el Diablo? Concentrarse... concentrarse... olvidar. ..

En ese momento, sigiloso como el gato Jazmín, se introdujo en la habitación Ronaldo, el Pichón Reyna. Lo mismo que Teté, era víctima de una crisis. Había alcanzado a la conclusión de que no le quedaba, en el desierto de la vida, nadie más que Teresio, a quien traicionó cuando el director le ofreció su ayuda espiritual y su corazón abierto. Doña Paca le había dicho que los bailes de Madame Rabínskaia se habían postergado, que tal vez serían totalmente suprimidos; y Efraín lo apartó y eliminó con desdén egoísta, para consagrarse por entero a la enana Soler. ¿En quién esperar? ¿en quién buscar apoyo? Únicamente en Teté Morgana, su amigo auténtico.

Lo asombró que se hallase de hinojos y en apariencia entregado a la plegaria. ¡Una posición tan desusada, tan impropia de Teté! Despacio, se sentó en una silla. La actitud del maestro, evidentemente espontánea y candorosa, puesto que no había allí nadie más, lo emocionó. Rezaba Teté: ¿por qué lo haría? ¿en qué estaría meditando?

Teresio Morgana giró la cabeza un poco y advirtió la presencia del aleve Pichón. Lo espío con el rabillo del ojo, sin abandonar su pía postura. Luego se volvió hacia él y lo miró francamente. ¡Qué hermoso era, qué encantador! ¡Su príncipe del Renacimiento! Lo conmovió la expresión de su cara, muy triste y muy seria. (Ambos, el chulito y él, estaban alterados.) ¿Cómo servirle el exabrupto de que "Lorenzaccio" no tendría lugar? ¿Acaso no se rumoreaba que el espectáculo de Madame Rabínskaia en el Smart se había anulado, por las perfidias de Efraín, de ese hijo de mala madre, de ese aniquilador cruel? No. Habría que seguir adelante con la obra. ¡Adelante con los Médicis! Por otra parte, su sueño de la noche anterior, el del blanco cisne navegante, le auguraba, según Madame Athéna, triunfos en la esfera de los sentimientos. Él era un creyente y creía con fervor en la "Dernière Clef des Songes", esa última llave de los sueños que permitía franquear la mágica puerta del futuro. Entonces... Si fuese a Lujan, iría con el Pichón. Caminando de rodillas, cual si cumpliera una promesa, se llegó hasta el muchacho, que permanecía en su asiento, inmóvil, como un delicado ídolo sedente, y que lo contemplaba con sus grandes ojos temerosos, absortos, y posó sobre las del joven sus dos manos. Al fin y a la postre, la vida, en su imprevisible generosidad, reservaba cosas buenas.-- No hay que renegar de la vida-- le informó Teté Morgana al Pichón Reyna, que en vano pretendió comprenderlo--. También eso es un pecado. Es un pecado no vivir. ¡Pobre Monseñor!

IX

BODAS, ETC.

No olvidaba Aníbal Charlemagne la promesa que se había hecho a sí mismo de rescatar a Niní Soler de las garras de Efraín. Tenía ese ofrecimiento, a sus ojos, un carácter sagrado, pues había sido formulado inmediatamente después del suicidio del vesánico Miguel González, y como consecuencia del voto que éste proclamara tantas veces, a los gritos, de que salvaría a la ciega enana de ser una víctima más-- y acaso la peor-- del implacable de los ojos verdes.

Empero, pasaba el tiempo sin que el viejo poeta se atreviese a adoptar una decisión práctica. Es obvio que le temía a Efraín. También él, al principio, cuando, a raíz de la muerte de Damián, se afirmó en el Palacio la presencia del gitano sinuoso, había caído bajo su hechizo, y aunque después logró romper ese encantamiento (porque discernió los peligros que entrañaba la personalidad del intruso y porque la abnegación afectuosa del Bebe Andía eliminó su ascendiente), seguía experimentando frente a él una especie de intimidación. En realidad, lo sabía más duro, más dotado para la lucha, y Efraín contaba, de su parte, con tres invulnerables aliados: la Juventud, la Belleza y la Amoralidad, mientras que al escritor lo embarazaban, como socios, la Vejez, la Timidez y la Conciencia. Claro que, asimismo, estaba de su lado la Justicia, pero Aníbal la advertía muy desarmada, ante la falta total de escrúpulos de su seductor adversario. Vacilaba, pues, sin columbrar qué camino le convenía, y el muchacho, durante ese tiempo perdido, se apoderaba más y más de la ya rendida Niní. Su dominio se evidenciaba hasta en la insolencia de su ropa. Efraín lucía ahora las más costosas camisas, las mejores corbatas extranjeras, los zapatos más perfectos, el reloj más envidiable. Era visible que avanzaba diariamente hacia el estrago de la avaricia de la diminuta pintora. Y eso, que nutría el comentario palaciego, intensificaba la nerviosidad de Charlemagne quien, sin razones para ello, creía culpable a su inercia de un estado de cosas que contrariaba a la equidad y que ofendía la memoria del embrujado Miguel. Una tarde, el anciano osó conversar con el Bebe sobre el asunto. Ensayó el joven distintos argumentos, encaminados a que no se metiese a resolver problemas que no le incumbían. Le señaló, por lo demás, que Niní Soler, no obstante su estatura, era una persona mayor y la única responsable de su destino: si le gustaba Efraín y si poseía medios para comprarlo, que lo comprase; ya le llegaría el desengaño. Al opinar así, hacía suyo el juicio de los vecinos, quienes no le perdonaban a Niní su pobreza fingida, su imaginaria bohemia y sus contradictorias exposiciones foráneas. Pero esa actitud, no desprovista de cómoda lógica, tropezaba contra el espíritu caballeresco de Aníbal, el cual, de tanto estudiar lo pertinente a las blancas aves, se sentía, en lo más íntimo de su hidalgo corazón, otro Caballero del Cisne. No por nada se llamaba Aníbal Charlemagne. No por nada, en la cabecera de su cama, a ambos lados del dibujo de Lohengrín, colgaban dos efigies: la del busto del cartaginés Aníbal, del Museo de Nápoles, y la postal del ecuestre Carlomagno, del Museo de Cluny. Una y otra le habían sido enviadas desde Europa, medio siglo atrás, por su tío Charles Charlemagne, y si bien era probable que fuesen apócrifas, y que compartieran

solamente los nombres ilustres, con los auténticos Aníbal y Carlomagno, el poeta los tenía allí como a dos penates, como a dos símbolos de su valor espiritual, y hacia ellos y hacia Lohengrín volvió los ojos, en busca de sostén, mientras el Bebe le aconsejaba que abandonase la empresa pundonorosa. Comprendió Andía la inutilidad de sus razonamientos, y terminó por decir:

--Bueno, Don Aníbal, lo patente es que usted necesita fuerza, si se propone, contra viento y marea, librarla de ese sinvergüenza a Niní.

--Sí, es exacto, me falta fuerza-- y Charlemagne estiró sus brazos descarnados, como brindando testimonios de su debilidad.

--Entonces tendrá que recurrir a Rebeca. Ella le dará la fuerza que no tiene. Se la transmitirá. Es una especialista.

Todos estaban al tanto, en el Palacio, del misterioso don de la amiga de Sonia. La voluminosa mujer no sólo organizaba y diseñaba horóscopos, sino insuflaba fuerza. Ciertos días, a la puerta de su taller se agolpaban los flojos y los timoratos, como a la entrada de una mágica Fuente de Juvencia, dispensadora de extraño vigor, y corría la fama de que el influjo de su poder robustecía a los cobardes y los animaba a enfrentar con energía situaciones aparentemente insolubles para ellos, pues exigían dinamismo y reciedumbre.

--Si usted me autoriza-- continuó el Bebe--, yo hablaré con Rebeca y combinaré una sesión. No le cobrará ni un peso. Sé que, como todos en el Palacio, lo quiere especialmente.

--No todos... Efraín...

--Ése no es el del Palacio, es uno de afuera, un parásito, un metido.

Sonrió, a su pesar, Charlemagne. Lo halagaba la confirmación del sentimiento que despertaba entre los cisnes, y que resultaba el fruto positivo de su bondad, de su generosidad y de su cortesía, de cuanto lo había transformado, en el andar del tiempo, en una suerte de duende benéfico de la casa, en el humano emblema de lo que ésta encerraba de mejor, por lírico y por pródigo de su comprensión, por dueño también de esos otros cisnes, pintados, esculpidos o fantasmales, que poblaban la atmósfera y con los que el viejo, cuando atravesaba los largos corredores, envuelto en su capa gris y golpeteando con el bastón, hablaba quedamente, por medio de los versos famosos que los concernían y que había traducido.

--Bien...-- se rindió Aníbal--, haga lo que le parezca, Bebe. Arregle esa cita, si lo considera oportuno.

Fue así como, el viernes siguiente, el poeta se encontró estirado en un catre, en el estudio de Rebeca, junto a la gruesa taumaturga que, de pie, le hablaba y hablaba. Los inmensos ojos pardos, circuidos por áureas pintas, de la suministradora de fuerza, rutilaban como esmaltes, como amuletos, como alhajas rituales. En torno, sobre la blancura de las paredes, pendían varios horóscopos decorativos, hermosos e inquietantes como las láminas que ilustran los antiguos tratados de alquimia. Estaba

Charlemagne bastante asustado. De no haberlo acompañado el Bebe, que se esfumaba detrás de la mesa, de sus compases y de sus lápices de colores, es seguro que hubiese abandonado la habitación con un pretexto, antes de que empezara la ceremonia. Pero, si no fuera, el Bebe le comunicaba una solidaria tranquilidad que contribuía a apaciguarlo.

Comenzó la experiencia con la orden, que Aníbal acató disciplinadamente, de cerrar los ojos y de guardar silencio. En seguida captó, desde su aislamiento tenebroso, que Rebeca musitaba una oración incomprensible. El Bebe le refirió lo que tuvo lugar después, ya que su docilidad ante la intimación de la gorda le impedía siquiera entreabrir los párpados y dejar filtrar, entre las pestañas, una vaga imagen. No se hubiera atrevido a insubordinarse y trampear. Díjole Andía que, mostrando ser dueña de una agilidad insólita, la jamona inspirada se esmeró en pasarle las manos encima del cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, conservándolas a una distancia de veinte centímetros del trémulo yacente, a quien nunca rozó, en tanto proseguía ronroneando sus preces secretas. De súbito, detúvose la señora a la altura del pecho de Charlemagne, y éste, enclaustrado en la oscuridad, creyó entenderle que ahora le abriría la chacra, y que no tuviese miedo.

Bastáronle dos o tres segundos al poeta, para deducir que lo que Rebeca pretendía era que se trasladase, con el pensamiento, a la chacra que su tío Charles Charlemagne había tenido en las afueras de Chascomús y en la que transcurrió buena parte de su propia infancia. Por supuesto, le sorprendió que la mujer conociera su existencia, y eso le confirmó que era vidente. En un relámpago, tornó a ver la casa y su palomar, la santarrita, las mariposas, y a oler el perfume de los jazmines. Su hermano y él jugaban al croquet. Se oían las escalas del piano de su Tía Iphigénie. Esa propiedad se había perdido, estúpidamente, durante su adolescencia, a manos de un truhán, incógnito historiador y genealogista, que le vendía a su Tío Charles cartularios, códices y palimpsestos, disfrazados burdamente con la paleografía de los carolingios, para demostrar que los Charlemagne descienden de Carolus Magnus, de Carlomagno. A la muerte de su tío, sus parientes se repartieron docenas de pergaminos ilusorios. De furia, encendieron con ellos una crepitante fogata.

No resistió Aníbal a la sugestión que sobre su sensibilidad ejercían esas memorias, y quebró el mutismo para preguntar estupefacto:

--¿La chacra? ¿La chacra de Tío Charles?

--No *la chacra*-- le respondió Rebeca, majestuosa, técnica, sapiente-- sino *los chakras*, en plural, masculino y con k. Una palabra sánscrita que significa rueda. Ateniéndonos a la definición de Leadbeater, *los chakras* o centros de fuerzas son puntos de enlace por los cuales fluye la energía de uno a otro vehículo o cuerpo del hombre. Yo le abriré a usted el chakra del corazón, el Anáhata. Le repito que no tenga miedo. La energía del Kundalini o Fuego Serpentino (vuelvo a Leadbeater) se origina en el laboratorio del Espíritu Santo, situado en las entrañas de la Tierra y es, dice él, parte del formidable globo ígneo geocéntrico. Las energías que suben de la Tierra y que bajan del Sol confluyen en nosotros. No puedo detallarle todo el Hinduismo en cinco minutos, señor Charlemagne. A mí me ha costado años comprenderlo, y todavía hay mucho que se me escapa y confunde. A menos que usted haya leído, por ejemplo, la "Autobiografía de un Yogui", de Paramahansa Yogananda...

--No-- confesó Aníbal, apesadumbrado y midiendo la totalidad de su ignorancia culpable, en lo que atañe al Kundalini del Espíritu Santo. (¿Del Espíritu Santo de los católicos? ¡Qué enredo'.)

--Lo siento por usted, sobre todo si se tiene en cuenta la importancia que les asigna a los cisnes. "Param" significa *el más alto*, y "hansa", *cisne*: el Cisne más Alto. El hansa, el Cisne, es el vehículo de Brahma, el símbolo de la discriminación, porque se cree que el cisne blanco puede separar el néctar (o "soma") de una mezcla de agua y leche. ¿Está claro?

Aníbal Charlemagne, que por lógica no había entendido absolutamente nada, ensayó con la cabeza un vaivén ambiguo. Imaginó al grotesco cisne del zaguán del Palacio, entregado a la química tarea del separar el agua de la leche, al revés de los lecheros. Pero ese cisne, por azul, probablemente no podría lograrlo. ¿Así que el cisne-hansa era el vehículo de Brahma? E imaginó un dios de piel oscura, sentado en una especie de áureo "sulky" y tirado por un cisne: un Lohengrín oriental, con menos ropa.

--No se mueva-- prosiguió Rebeca, monocorde--. "Hansa" son dos vocablos sánscritos cuya vibración se vincula con la entrada y salida del aliento. Se pronuncian hongsau. Por favor repita, señor Charlemagne: hongsau.

--Hongsau-- resopló Aníbal, perdido y obediente. (Ese dios de la India, en su cochecito...)

--Muy bien. Ya sabe que no es posible abarcar el Hinduismo en cinco minutos. De nuevo: hongsau, respirando.

--Hong... sau...

--Perfecto. Ahora le abriré el chakra del corazón. Usted va a sentir como si le presionara el cuerpo un peso considerable. Es la fuerza. La fuerza obra maravillas. No tiemble, no le sucederá nada que no sea bueno. Se han dado casos excepcionales en que a la gente le brotan de los dedos grandes llamaradas, pero a usted espero que no le va a pasar. Yo le abriré el chakra y luego se lo cerraré. Es cuestión de un instante.

Lentamente, mascullando en un idioma que acaso pretendía ser sánscrito, una mezcla gutural y grave de gárgaras y buches, Rebeca hizo girar la mano derecha encima del corazón de Charlemagne, como si hiciese girar la combinación de una invisible caja de hierro. Sus ojos echaban lumbre. Y tal como se le había anunciado, el septuagenario tuvo la inmediata impresión terrible de que lo ahogaba la carga de una voluminosa piedra. Creía hundirse en el lecho, boqueando.

--Ahora-- avisó, solemne, la rectora de los centros magnéticos-- le cierro el chakra.

¡Qué alivio! El viejzuelo aspiró hondo y recuperó la visión. Ya estaba la fuerza en él. Ya circulaba por su interior el poder que procede de lo más arcano de la Tierra. Y ya no lo sofocaba aquel lastre monstruoso.

Se incorporó, se sacudió, sonrió, se sonó la nariz, transformó al hongsau en un saludo, y se fueron. Al día siguiente, notó que algo raro lo sobrecogía. Sufrió chuchos,

transpiró, se sintió mal, muy mal. A cada momento, le espantaba que le surgiesen de los dedos largas llamas azules. Estuvo postrado, en cama, no una semana, ni dos, ni tres, sino seis meses; siempre. Lo examinaron tres médicos del Ministerio de Educación, sin diagnosticar las razones de su daño. Rebeca, que lo fue a ver a menudo, juró, desolada, llorosa, que por primera vez, en el desarrollo de su actividad ya prolongada de traspasadora de fuerza, le había acontecido algo así. Quizás se le había ido la mano, dada la edad de su cliente. ¡Esos chakras! Durante el medio año, a lo largo del cual el poeta se fue extinguiendo, turnáronse a su lado, el Bebe Andía (singularmente acongojado, por haber sido quien propuso el experimento lamentable) y Leontina del Ponte. La pintora preparaba su ajuar. Sentada junto al bonzo, día a día más amarillo, cuya monda cabeza fulgía como una vetusta bola de billar, cosía camisones, cortaba blusas, hacía alforzas y, enterada del mágico proceso que precediera a la postración de su querido amigo, el Príncipe de los Cisnes, informaba a los del Palacio, cotidianos visitantes, que los chakras son unos hijos de la gran puta. Y de entonces en más, la compungida Rebeca circunscribió sus tareas esotéricas a los inofensivos horóscopos, renunciando definitivamente a remover los poderes ocultos, pues no hay más remedio que ser muy hindú para dosificarlos y dirigirlos.

Allende la habitación de la azotea, donde Aníbal se separaba del mundo, despacio, la vida continuó tejiendo y destejiendo sus telares. María Teresa Giménez Peña y Nicolás Estévez estuvieron a saludar al enfermo: día después se casaban, y viajarían tres meses por Europa, donde su luna de miel tendría por etapas otras tantas exposiciones conjuntas, en Bruselas, en Cádiz y en Hamburgo. La boda se realizó en la iglesia de la Merced. No asistió a ella Niní, a pesar de su intimidad con María Teresa, porque no le había perdonado a Nicolás la bofetada, harto merecida, que le propinó a Efraín, cuando Salomón Pupko lo sorprendió con Madame Rabínskaia, en pleno cocktail artístico. Luego se casaron, con mucho menos pompa, Leontina y Sebastián. Eso no modificó el ritmo de la existencia del nuevo matrimonio. En verdad, hubiese sido absurdo que la cambiasen. Es cierto que al principio, por razones obvias, el crítico quiso que su mujer dejara el cuarto del Palacio de los Cisnes, campo y sede de sus precedentes encuentros profesionales, pero ante el afán de Leontina por conservarlo, terminó cediendo. La flamante señora iba allí a pintar (la Biblia es inagotable, en su divina magnitud), ya que le solicitaban una muestra desde Río de Janeiro y otra desde Caracas, además, por supuesto, de la que le reclamaba la galería porteña que la contaba entre sus artistas exclusivos. Como antes, Sebastián acudía a buscarla, concluida la tarea en el diario, y en algunas ocasiones la encontraba bañándolo a Charlemagne, con ayuda del Bebe, como si entre los dos lavasen, delicadamente, una antigua y esquelética figura china de roído marfil. Pero también, hacia el crepúsculo, solía hallarla en la azotea, solitaria y soñadora, canturriando las palabras de Eurípides que le había oído al coro de Teté, antes de la catástrofe de "Hipólito":

--"¡Ojalá pudiera hundirme en las entrañas de la Tierra!"

No, ella no iba a hundirse; retoñaba, florecía, fructificaba. Despedía un sutil resplandor, como si una lámpara interna la iluminase. A veces, por motivos que escapan a cualquier interpretación, su alegría de vivir lograba transmitirle a Charlemagne, brevemente, la fuerza que la afligida Rebeca no había conseguido conectarle cuando, al revés, labró su física anonadación. Varias de esas tardes, alcanzó tal pujanza la transferencia vigorosa de su amiga, que Aníbal se incorporó en la cama, pidió su cuaderno y su pluma, y reanudó su trabajo habitual de traducir, con lo cual provocó, para Leontina y el Bebe, la ilusión sin substancia de que recobraba la salud.

Corría largo tiempo ya, desde que se proponía verter al castellano dos escritos burlescos: algo de la "Carmina Burana", de esos poemas latinos, tiernos o sarcásticos, a menudo procaces, que en los siglos XII y XIII desafinaron sus autores anónimos, los estudiantes vagabundos, los goliardos, los vagantenlieder, cuando iban de taberna en taberna y de villorrio en villorrio; y también "Le Cygne", la irónica estampa de Jules Renard, que Ravel incluyó en su ciclo de canciones de las "Histoires Naturelles". Comenzó por el coro de escolar juglaría, el cual se refiere a un cisne que se lamenta (con sobrado motivo), mientras lo están asando. Lo trasladó, dulcificando sus crudezas. Es aquel cuya primera estrofa gime:

"Olim lacus colueram,

olim pulcher extiteram

dum cignus ego fueram.

Miser! miser!

modo niger

et ustus fortiter!"

Y Aníbal, compulsando penosamente el diccionario, pues casi siempre los textos populares de la Edad Media se tornan imposibles de interpretar, lo parafraseó así:

"Hace tiempo, junto al lago,

yo vivía y era hermoso.

Era un cisne blanco y joven.

i Miserable! i miserable!

Hoy soy negro, me asan, queman

y es horrible.

El que trincha me da vueltas y la llama me devora.

El que adoba ya me ofrece.

iMiserable! imiserable!

Hoy soy negro, me asan, queman

y es horrible.

Yazgo ahora sobre el plato;

ni nadar ni andar podría.

Veo dientes que amenazan.

¡Miserable! ¡miserable!

Hoy soy negro, me asan, queman

y es horrible"

Dedicóse después, con un esfuerzo agotador (porque de sus labios la vida huía, al paso que se empecinaba en mantener el inverosímil afán que se había fijado), a limar la versión de "El Cisne" de Renard, una caricatura de los líricos ficticios, de los que-- tan opuestos a él, tan antagonistas del buen Charlemagne-- enmascararan su avidez materialista y utilitaria, bajo el simulacro de las actitudes soñadoras. Y lo tradujo:

"Se desliza sobre el estanque como un trineo blanco, de nube en nube. Porque sólo tiene hambre de las nubes, cuyos copos ve nacer, moverse y perderse en el agua. Quiere una. Le apunta con el pico, y zambulle de súbito su cuello vestido de nieve. Lo saca luego, tal como un brazo de mujer sale de la manga. Nada obtiene. Mira: han desaparecido las nubes temerosas. Se desencanta apenas un instante, porque las nubes poco tardan en volver y, donde las ondulaciones del agua mueren, una torna a formarse.

"Dulcemente, sobre su leve almohadón de plumas, el cisne rema y se aproxima. Se consume pescando vanos reflejos, y acaso muera, víctima de esa ilusión, antes de atrapar un trozo de nube.

"Pero ¿qué digo? Cada vez que se zambulle, con el pico excava el fango nutricio y consigue un gusano. Engorda como una gansa."

Fueron sus últimas colaboraciones, para una antología que no se publicó. Mordazmente, las circunstancias impusieron que las postreras obras dedicadas a un cisne que tradujo, pareciesen, en cierto modo, su satírico adiós al Palacio en cuya altura refugió su pobre nido. ¡Desdichado Aníbal Charlemagne! Como el cisne quejoso que pergeñó algún renegado monje medioeval, de los que constituían el Ordo Vagarum, había sido joven y bello, porque el amor embellece. Aníbal había atravesado, estremecido de júbilo y de orgullo, las zonas donde impera el amor, lo mismo que el cisne se había deslizado, feliz, por la serenidad del agua. Y hoy le faltaban ánimo y nervios para amar, igual que el cisne ni nadar ni andar podría. Ya no le era dado amar: apenas suspirar y encariñarse y agradecer y añorar nubes, como le ocurría con el Bebe, que era una nube y la sombra de una nube, la sombra de un recuerdo venturoso. ¡ Ah, el cisne blanco ardía, escaldado, abrasado, negro, y él ardía también, no negro sino amarillo, amarillo, amarillo, viendo los dientes que como al ave lo acechaban, los incisivos desgarradores de la Muerte! Y yacía en su lecho, aguardando que lo trinchasen, como el negro cisne á la broche en el plato del festín. Era inútil que las claras nubes surcasen, como navíos, como galeras, el cielo de Buenos Aires, porque

ya no las podía ver. ¡Cuánta burla! La Vida, que le brindara la impresión de ser tan hermosa, era una burla. Arrojó los papeles al suelo, y se dio vuelta contra la pared.

Por entonces estremeció al Palacio, hasta sus cimientos, la bombástica y bombardeante noticia de que se casaban Niní y Efraín. ¡Se casaban! Sin chacota ise casaban! Niní medía un metro veintiocho, pero, al fin y al cabo, era una Soler (Avellaneda y Saavedra), hija única, y había heredado a su padre y a su madre, a su abuela y a su abuelo; y tenía unos rasgos bastante monos, aunque los ojos medio duros... y esas manitas infantiles... y la fortuna intacta, vigilada, guardada, conservada, acrecentada, multiplicada... Naturalmente, pintaba mal; o, mejor dicho, lo suyo no pertenecía al ámbito de la pintura, no tenía nada que ver con la pintura: eran unas acuarelas, muy semejantes entre sí, rosas, glicinas, paisajes, gatitos y perritos... En cuanto a las exposiciones de los Estados Unidos y de Europa (¿y de Marruecos? ¿y de Acapulco?), en ellas se concentraba la zona oscura y desagradable de Niní. Como las de María Teresa y Nicolás-- que hasta durante su luna de miel se darían la pena de repetir el alquiler de galerías mediocres en el extranjero, y de regresar con páginas de periódicos ignorados--, las referencias a esas muestras enardecían a Calzetti and Co. Sin embargo, por mucho que los privilegios de Niní irritaran y que su figura se prestase a ser puesta en ridículo, lo que más indignaba no sólo a los del Cubo sino a los del Palacio entero, era que Efraín, tan luego Efraín, ese Don Nadie, ese advenedizo, sin origen ni actividad conocidos, sin ningún apellido (alguno poseería, pero para todos siempre se llamó Efraín a secas), ese Efraín a quien ni siquiera se podía tachar de hijo de puta con conocimiento de causa, sino recurriendo a las generalidades, pasase a ser el próximo aprovechador y usufructuario de tantos beneficios (a cambio, como es elemental, de compartirlos con Niní, lo cual se las trae...), sólo porque disponía de ojos verdes y de una piel bronceada de gitano, excedía a su novia por más de cincuenta centímetros, y era dueño de una impavidez que se solía tachar de "cara rota".

Ninguno de los cisnes fue invitado a la ceremonia eclesiástica, que se desarrolló, con misa, infinitas luces eléctricas, velas, flores, órgano, violines, coro y aristocráticas palabras episcopales, en la basílica del Santísimo Sacramento. Se observó la ausencia, en los escaños ubicados a ambas partes del altar mayor, de miembros importantes de la familia de la novia, y se observó que, del lado del novio, no había ni un pariente, mujer, hombre, o criatura, lo cual fue juzgado, por la tía Mimí Sergeant de Moreno (la del ojo llovido), "preferible".

Dijimos que no se invitó a ninguno de los cisnes: es cierto, pero eso no significó que faltaran. Dos de ellos entraron en el templo tan dignamente, con las cabezas tan erguidas y pasos tan arrogantes, con un aire tal de ser íntimos de los contrayentes, y aún más, de que su presencia resultaba imprescindible para que el matrimonio se llevara a cabo, que el ujier los dejó pasar sin solicitarles las tarjetas. Esos femeninos cisnes, avezados en el ensayo de papeles nobles y triunfales, eran Atenea y Artemisa. Sopesaron y comentaron cada movimiento, cada actitud de los cónyuges y de quienes los rodeaban. Opinaron que Niní parecía "de primera comunión", y que debía de haber salido de la mano y no del brazo de su marido, si bien el camino se alargaba tanto, desde el altar hasta la puerta, que hubiese sido mejor que el marido la cargase. Se codearon, cuando el obispo le dijo a Efraín, como en el gran libro y en el tango, que le correspondía mantener a su esposa; anotaron los rostros amargos de los deudos de la niña; dedujeron, por la intensidad de esa amargura en algunos semblantes más jóvenes, cuáles eran los herederos frustrados, los que hasta entonces habían supuesto a Niní "incasable"; y partieron, con los acordes que prolongaban la marcha nupcial de "Lohengrín", cuyo ritmo glorioso les correspondía a ellas más que a ningún otro, en su

calidad de cisnes. Salieron a la calle San Martín, atestada de automóviles que interrumpían el tránsito y, entre bocinas y malas palabras de choferes, fueron a sentarse a la mesita de un cercano café.

Tantos son los personajes que desfilan por estas páginas, que hasta ahora, cuando nuestra historia palaciega avanza hacia sus párrafos últimos, no hemos otorgado trascendencia a las dos confidentas de Teté Morgana, limitándonos a subrayar su jerarquía de favoritas del señor director, y la lealtad que las impulsó a acompañarlo, pasión tras pasión y obra tras obra, a través de sus sucesivos dramas, los íntimos y los teatrales. En realidad merecían un libro entero: sobre todo Atenea (su nombre: Clotilde Rapellini Acosta), mujer de estudios, que además de trabajar en el negocio de sellos raros para filatelistas, daba clases de matemáticas y seguía cursos avanzados de literatura inglesa. Artemisa (Matilde de los Santos de Fernández), a diferencia de su amiga, era casada, sin hijos, de lo que se condolía continuamente (no de carecer de hijos, sino de ser casada), y repartía sus horas entre la tarea de fabricar prótesis dentarias, la atención de su irascible marido y la redacción de sonetos. Uno se pregunta cómo se ingeniaban, tanto Clotilde como Matilde, tanto Atenea como Artemisa, para reservarle al teatro, permanentemente, un espacio de su tiempo, embrollado y exiguo. Pero el teatro era su verdad, su fiebre; y Teté, su numen todopoderoso.

Agotado el tema del matrimonio asimétrico; a poco que tornaron a analizar, detalle a detalle, la apariencia de Niní ("una muñeca con cuerda", "una muñeca de torta de bodas", "un monito amaestrado"); después de que a Efraín lo embadurnaron de desprecio, conviniendo, eso sí, en que estaba "muy buen mozo"; acto continuo de haberse reído de las tías viejas, rescatando, aquí y allá, por magníficas, las alhajas y las pieles; cuando hubieron expresado su escepticismo fácil de pronosticar, acerca de las consecuencias de la alianza que acababa de consagrarse, solicitaron un segundo vermut y enfocaron su atención, rotándola, sobre la vida del Palacio.

Por lo pronto, puesto que eso-- la paz casera--, les interesaba primordialmente, destacaron la excelencia de las relaciones establecidas entre Teté y el Pichón, desde que Efraín se borró del horizonte sentimental del chulito.

--Es verdad-- indicó Artemisa, la de las prótesis (¿diría el clásico: la protésica Artemisa?)--, es verdad que el Pichón Reyna ha dejado su trabajo, en la tienda de artículos de cuero de la calle Florida, y es verdad que no hay forma de que aprenda el papel de Lorenzaccio, pero lo fundamental, para mí, es que Teté esté contento y esté muy contento. El Pichón le hace mucho bien.

--Sí, está muy contento-- respondió Atenea, la de las estampillas, las matemáticas y el inglés--, aunque quizá conviniera que el Pichón, en vez del papel principal, tuviera uno más modesto. Es demasiado largo y complicado para él.

--Eso vendrá. Habrá otro Lorenzaccio. Tiempo al tiempo...

--Espero que no, que el Pichón dure.

--La experiencia nos enseña...

--Tenes razón.

La charla viró hacia Aníbal Charlemagne. Lo querían ambas y deploraban su estado. Diariamente se lo veía decaer.

--Ojalá no se entere de este casamiento-- dijo Clotilde Atenea--, porque terminaría agravándose. El Bebe y Leontina se lo ocultarán, perdé cuidado. Parece que a veces delira, y que su gran preocupación consiste precisamente en evitar que Efraín y la Soler se casen. ¿Qué le importará.?

--Le he oído contar al Bebe Andía que se lo prometió a Miguel González, cuando el pobre estaba loco.

--¡Qué extraño! Ése ¿ves? es un encanto: el Bebe Andía, un muchacho tan formal...

--Y tan buen mozo. Por suerte se escapó de la caverna de Calzetti.

--El Cubo.

--¿ Qué decís?

--El Cubo.

-- ¡ Ah... ! te entendí otra cosa...

--Un ejemplo-- recalcó Atenea--. Fíjate cómo lo atiende a Charlemagne. Entre él y Leontina lo lavan, lo afeitan, le dan de comer... Un ejemplo. Y el Bebe Andía le arregla los papeles. ¡Debe de haber un bochinche en ese cuarto... ! Ayer me dijo que, metida adentro de un libro, había encontrado, por casualidad, una traducción de John Keats, un poema sobre un cisne, precioso.

-- ¡Qué manía con los cisnes! ¿De quién decís?

--De Keats.

--No lo conozco.

--¡Caramba! Un célebre poeta romántico inglés. Murió a los veinticinco años. ¿No has oído hablar de la "Oda a un ruiseñor"? Keats era, según parece, muy bonito y casi enano.

--Como Niní.

--Esa es *totalmente* enana. Espera-- y Clotilde Rapellini Acosta sacó de su cartera una birrome--; me acuerdo de haber leído, cuando lo estudiaba, que John Keats medía alrededor de cinco pies.

Se lanzó a hacer cuentas, sobre una servilleta de papel, a increíble velocidad:

--Para algo sirven las matemáticas. Un pie (one foot) es igual a 12 pulgadas (inches); una pulgada es igual a 25,4 milímetros, o sea 2,54 centímetros. En consecuencia: one foot... 12 por 2,54... sería igual a 30,48 centímetros, y cinco pies (feet) dan 30,48 por 5, o sea un metro con 52,4 centímetros, algo más de un metro y medio. ¡Y se quejaba! ¡y sufría! ¡Qué más hubiera querido Niní que alcanzarlo (no digamos, literariamente), porque yo no creo que ella llegue a un metro treinta!

--Pero se llevó un muchacho lindísimo. Esos ojos verdes...

--¡Calláte, Matilde! un mal bicho, un hijo de... Acordáte... y anda a saber cuántos hubo antes...: Miguel, Teté, el Pichón, Madame... y ahora esta enana... ¡Qué nómina! ¡qué dinastía! ¡qué inventario!

Matilde-Artemisa declamó:

--"Los verdes son los ojos que prefiero,

pues brillan como finas esmeraldas...", así arranca un soneto mío.

-- ¡Qué bien! ¿y con qué rimas esmeraldas?

--Con faldas, con guirnaldas y con espaldas.

--Después me lo vas a decir. Aquí, con este barullo, sería imposible. Quiero saber qué pasa con las espaldas.

Pagaron y se levantaron, enhiestas, verticales. Eran altas, pero se sentían gigantescas y sublimes: dos diosas: Clotilde Rapellini Acosta y Matilde de los Santos de Fernández; Clotilde y Matilde: Atenea y Artemisa.

El Tiempo, ese gran indiferente, continuó su rítmica, eterna caminata. Se supo que Efraín y Niní se habían ido a los Estados Unidos y a Europa. Tal como calculara Atenea, el Bebe y Leontina consiguieron guardar el secreto de ese matrimonio, y Aníbal, sin que por ello desapareciesen sus delirios pasajeros, llegó a suponer que su enfermedad constituía una forma de humano sacrificio, impuesto por las potencias celestes, a cambio del cual se impedía que la boda se realizase. Cuando Nicolás y María Teresa regresaron, infiltróse en todos los oídos del Palacio-- con excepción de los de Charlemagne--, junto a los pormenores acerca del discutible éxito de sus recientes exposiciones en el extranjero, documentado por paupérrimos recortes periodísticos, la noticia de que Efraín había adquirido ya un departamento en París, en la Ile Saint Louis, y de que había sido divisado y reconocido con dos abrigos de pides, uno de puma y otro de breitschwantz (algunas versiones añadían un tercero, de zorros azules), y ni siquiera la mención de que tenía "mala cara," (las drogas...), brindó un paliativo al despecho de los cisnes. Evidentemente, era inútil, era estúpido creer que todavía circula por el mundo eso, tan desprestigiado, que se suele llamar la Justicia.

A todo esto, pues que de exposiciones hablamos, no sólo se ocupaban del asunto María Teresa y Nicolás Estévez, para difundir la inventada buena estrella que acompañó a las suyas en el extranjero; Niní, que seguramente estaba organizando una de flores y gatitos (o varias) en Francia ; y Leontina del Ponte, que debía cumplir con

los requerimientos de diversas galerías y países, sino el propio y genial Leonardo Calzetti, quien preparaba una de especial trascendencia, en la misma vieja y encantadora casa de arte donde exhibiera Leontina.

Un atardecer, conjeturando que la hoy señora de Nogales se hallaría a la cabecera del quebradizo Charlemagne, decidióse el adalid de la geométrica pintura a subir para verlo. Hízolo con el alarde aparatoso que a sus menores gestos imprimía, y dispuso que dos acólitos los escoltasen. No sólo Leontina, sino también el Bebe se encontraban allí. Calzetti actuó como si el joven, traidor a la Ley del Cubo, no existiera. Preguntó por la salud del paciente; charló con él tres minutos; invitó a la menospreciada pintora bíblica a bajar a su taller, "a ver sus cosas, pues le interesaba su opinión"; insistió en que llevase a su marido; obtuvo, por sorpresa, una respuesta favorable; y se retiró con la pompa en el andar que usan los reyes de teatro. Pocos días después, Leontina, cuya bondad invencible consiguió convencer al desganado Sebastián de que participara de la visita, avisó a Calzetti de que estarían allí a las ocho, al término de su clase.

Leonardo extremó los preparativos de la recepción. Sus alumnos salieron y entraron, portadores de botellas y envoltorios, y en breve plantearon (aplicando los principios más estrictos de la ciencia de la línea y del punto), sobre improvisadas mesas, un refrigerio, ambigú, tentempié, pisolabis, o como se prefiera designarlo, ya que el castellano abunda en palabras relativas al comer de cada hora. Rodeaban a los platos de sandwiches y dulces y a las botellas de sidra y vermut, los frígidos cuadros del maestro, bien notorios, al revés de lo que aconteció en el abigarrado cocktail de María Teresa y Niní en honor de Leontina, donde los convidados se desplegaron como biombos delante de las contribuciones de las (entonces) señoritas al progreso de la plástica nacional. Llegaron, pues, los invitados y, antes de que empezara, paralelamente, el examen de los óleos y la desaparición de las viandas, Calzetti, que acababa de enterarse en la mejor fuente, o sea a través del portero Ramón, disparó la tremenda noticia:

--Se ha vendido la casa.

--¿Qué casa?-- inquirió Sebastián.

--Esta casa. Y lo grave, lo peor, es quién la ha comprado.

--¿Quién es?

--Es... la señora Niní Soler.

¡La enana! ¡la mujer del lobo Efraín! Cayó sobre ellos un silencio consternado, del cual se desprendió, según su costumbre, el alma de Calzetti, para planear, flamígera, sobre el cónclave. Luego todos se echaron a perorar, resollar y maullar a un tiempo, pues hasta los neófitos del Cubo ignoraban la novedad, que hacía temblar al edificio mucho más de lo que lo sacudiera la información de que Niní y Efraín se habían casado, porque esto concernía a la estructura misma del Palacio de los Cisnes. Percatóse, algo tarde, el maestro, de que había incurrido en un error y de que la importancia de esa comunicación amenazaba suprimir la del resto circundante, es decir las pinturas y el refrigerio, etc., de manera que, atropelladamente y con el propósito de cerrar el tema así y de concentrarse en seguida en el motivo esencial de la visita, declaró:

--Yo pienso que no fue una idea de la señora Niní, sino de su esposo... de ese muchacho...

Efraín... Es muy probable que al tal Efraín se le ocurra que si manda derribar esta casa, eliminará un pasado que todos conocemos y que, mientras la casa siga de pie, tendrá aquí su escenario inolvidable.

Al pronunciar esa frase elaborada, transparentemente alusiva a las muertes trágicas de Damián y de Miguel, Calzetti clavó sus ojos intensos en los mansos de Leontina, y sólo al observar que las mejillas de ésta se cubrían de rubor, advirtió que había hundido la pata hasta lo más profundo de la conciencia de la señora de Nogales, porque si era cierto que el Palacio de los Cisnes había sido el proscenio de un pasado que Efraín quería borrar, no era menos verdad que lo había sido de un tiempo pretérito que ni Leontina ni Sebastián (en especial este último) deseaban que se recordase, y la fuerza que el pálido Calzetti centralizó en sus ojos, al fijarlos en los de la ex prostituta, dio la impresión, errónea pero firme, de que no estaba refiriéndose únicamente a una época de la vida de Efraín recargada de posibles delitos, sino a la existencia de Leontina anterior a su casamiento, que la zarandeada mujer y su cónyuge preferirían que se esfumara de la memoria. Ardían las mejillas de la artista ingenua y, al volverse, angustiado, hacia su marido, comprobó Calzetti que las del famoso crítico participaban de similar sonrojo.

¡ Qué horror! ¡ qué equivocación! ¡ qué inoportunidad ! ¡ qué fatal pavada! Él, que consideraba que lo tenía a Sebastián Nogales en sus manos, a su disposición, por fin, por fin, sentía en cambio que lo estaba perdiendo, por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa, y ahora para siempre, porque los huéspedes se despedían, se iban, se iban, con el miserable, el absurdo pretexto de que debían avisar a Aníbal Charlemagne, inmediatamente, de la compra del Palacio (como si se pudiera perturbarlo con esa notificación destructora); se iban, se iban, sin probar un sándwich, sin beber un sorbo de sidra y, lo que es más perverso, sin mirar un cuadro, como habían partido del cocktail de las niñas elegantes; se iban, y era inútil que el eximio Calzetti danzase en torno, abatida su altanería, señalando las colmadas mesas, indicando los coloreados cubos; se iban, se fueron. Y los discípulos, luego de una pausa prudencial en la que permanecieron mudos y estáticos, terminaron cayendo sobre los comestibles, con hambre y saña de vampiros, mientras que Leonardo Calzetti se cruzaba de brazos y apretaba los dientes, no, como sus alumnos, contra un emparedado de pollo, o una palmera, o un cañón relleno de crema, sino los dientes superiores contra los inferiores, y los hacía rechinar.

X

LA MUERTE DEL CISNE

Una semana después, Charlemagne agonizaba. Citemos a Shakespeare, para rodear de más grandeza la ocasión: "Y ahora el pálido cisne, en su nido acuático, inicia el canto fúnebre de su muerte segura". Y a Shelley, porque al viejo poeta le hubiese gustado terminar su vida entre la enunciación de los textos que él mismo recopiló: "Mi alma es un bote encantado, que flota, como un cisne dormido, sobre las aguas de plata". Murió al comienzo del otoño, una tarde tibia. En realidad, la constancia de su homenaje al Anas Cynus mereció que se apagase en Mantua, la que tuvo a Virgilio por cisne; o en Stratford-on-Avon, la shakespeariana, en uno de esos hoteles que se denominan "The White Swan" o "The Swan's Nest"; o en Abbotsbury, en la costa sur de Inglaterra, donde construyen, para que los cisnes se reúnan, nidos especiales, y donde la Pávlova (Anna: Anas) iba a estudiar los movimientos de las aves escultóricas; o en París, en esa isla, en esa Ile aux Cygnes que no existe ya, pues se integró con lo que sería el Quai d'Orsay, pero que se llamó así (y todavía hay un camino bordeado de árboles que lleva el nombre) porque Luis XIV la mandó poblar con cisnes blancos; o, mejor todavía, en Baviera, en Neu-Schwanstein, el castillo de los cuentos de hadas, el Castillo del Cisne, del Rey de los Cisnes, el solitario, el artista, el loco. Aníbal Charlemagne murió en Buenos Aires, pero en el Palacio de los Cisnes: ¡ya es algo.

Entre Leontina y Doña Paquita lo acomodaron en el lecho, para el velatorio. Detrás, como siempre, la dibujada efigie de Lohengrín emergía entre las de Aníbal, el guerrero, y Carlomagno, el emperador. Sugirió Sebastián Nogales que sólo se encargasen a la funeraria dos altos blandones, con sus respectivos cirios gruesos, que se colocaron a ambos lados de la cama, y que Doña Paca prestase su rosario de venturinas, para enroscarlo en las manos del poeta, cruzadas sobre la sábana blanquísima, con espectacular monograma antiguo, que trajo María Teresa. En el pecho del anciano puso una orquídea Leontina del Ponte. A los pies de la yacija fúnebre, arrimaron una corona, con esta breve inscripción: "Los Cisnes", de manera que se podía pensar, evidentemente, que había sido enviada por los locatarios de la casa, pero también que las aves gráciles y misteriosas a las cuales el escritor tanto quería y que, según sus cuentos, poblaban la añosa construcción, la habían dejado caer allí, en honor de su amigo.

Ese arreglo, tan simple, tan noble, fue muy criticado por los cuchicheantes primos Morales, cuando al oscurecer se presentaron en la azotea.

El Negro: Esta gente no sabe hacer las cosas. ¡Qué amarretismo! ¿Te acordás del velorio de mi pobre vieja?

Lucho: ¿De Tía Coca? ¡cómo no! Te rompiste todo.

El Negro: Valía la pena. Ha pasado un año, lo estoy pagando mensualmente todavía, y no me arrepiento. Ataúd desde el principio, con manijas de bronce bueno, cofia de puntillas, seis candelabros; atrás, un vitró iluminado con neón, de la Virgen, el Niño y San José, con ovejitas; encima una gran cruz con un Cristo perfecto de plástico, que parecía de marfil. Y dos ángeles casi tamaño natural, hincados... de... sabes... de yeso o de cerámica pintada, con cuatro velas eléctricas cada uno. Y, por supuesto, tarjetero.

Lucho: Sí, el tarjetero queda muy bien.

El Negro: Y un hombre de esmókin toda la noche, a las órdenes. Y café desde el principio, como el cajón. Sin privarse. Aquí no hay tarjetero, no hay nada. Y esas flores... ¿Te acordás de las coronas de la vieja? Mucho color, como le gustaba. ¿Vos pusiste para las flores de acá?

Lucho: ¿Qué flores?

El Negro: Esas... "Los Cisnes"... ¡qué imbéciles !

Lucho: Yo no puse ni un peso.

El Negro: Hiciste bien. ¡Flores naturales! ¡ qué falta de delicadeza! Para que mañana estén marchitas... En el velorio de la vieja, todas las flores eran artificiales... y siempre duran.

Poco a poco, a medida que transcurrían las horas y se difundía la información, llenóse la terraza. Después de comer, estaba allí la casi unanimidad de los moradores del Palacio y algunos a láteres: los Nogales, Doña Paca y cuatro discípulas; el bailarín longevo, colega de la señora Francisca, que hubo de interpretar al "Viento de Otoño", en el malogrado ballet de Pávlova; Teté, el Pichón, Artemisa, Atenea; los Estévez, Rebeca, Sonia; Leonardo Calzetti y tres alumnos; Lucho y el Negro Morales; el portero Ramón. Un alto cielo claveteado de estrellas, se extendía sobre la ciudad. Fuera de la vaga irradiación que emanaba de los edificios próximos y de la calle, cuyo origen no se alcanzaba a percibir, de suerte que se dijera que la azotea flotaba sobre las ondas encendidas y fantásticas, la única iluminación procedía del cuarto de Charlemagne, y proyectaba un rectángulo rosado sobre las baldosas. En el fondo titilante, sin más claridad que la nacida de las velas, destacábase, como transparente, el lecho alto del Señor de los Cisnes. A veces, un temblor de llamas acentuaba en el rostro del poeta su palidez de magnolia que empieza a ajarse, y arrancaba un rápido chisporroteo de las venturinas del rosario, pardas y áureas. Estaba allí, como un santito indescifrable, pero muy caritativo y abnegado, en su pequeña capilla, en su ermita milagrosa, como uno de esos bienaventurados cuyas vidas se saben apenas, con excepción de que los animales más diversos los amparaban y servían, y de que esos hombres serenos rompían su retiro hablando con las bestias apacibles, cuando no copiaban textos inmemoriales en largas hojas crujientes.

Otras relaciones del difunto fueron apareciendo: algunos colegas, desgastados como él en la lucha de las aulas; empleados de la Biblioteca de Maestros... ¿Quién no lo quería a Aníbal Charlemagne? Había sido tan inocentemente, tan excepcionalmente bueno, en un mundo donde la bondad pura asume la rareza del cristal más precioso... Y, con tenacidad monocorde, los Morales estrechaban la diestra de los recién venidos, repitiendo: "no somos nada", como si dijeran: "mucho gusto".

Durante varias horas, el Bebe no se apartó del lado de su mentor. Sucediáanse, en torno, los padrenuestros, las avemarías, las letanías, los misterios, encabezados por Doña Paca, y que Leontina y el Viento de Otoño acompañaban equivocándose. Aguardaban al sacerdote de la iglesia vecina, que por exigencia de la profesora de danzas debía venir a rezar un responso, pero que anunció que lo haría bastante tarde, pues debía atender a un moribundo. Por fin, no pudiendo resistir el peso de la atmósfera y de la amargura, el muchacho salió a la terraza. Sus diecinueve años se rebelaban, por instinto, contra la cercanía, contra el roce de la Muerte. Lo cegó el

contraste entre la luz interna y la penumbra que reinaba en el exterior. Se adelantó, entre los macetones donde languidecían tristes helechos, y llegó, topando y pidiendo disculpas, hasta la balaustrada de la izquierda, la misma a la cual, en nuestro primer capítulo, se asomaron Aníbal, Leontina y un cliente de esta última (ambos a medio vestir), cuando los gemidos de Miguel González proclamaban la destrucción de Damián por la estatua del abrazado cisne. Continuó caminando torpemente, sin ver, guiándose por la barandilla, golpeando tiestos y tal vez jaulas vacías, hasta que su largo y delgado cuerpo tropezó con otro, bastante más menudo.

--¡Cuidado!-- murmuró una femenina voz.

La descripción de este accidentado avance nos ha tomado más tiempo del que insumió en la realidad, porque lo cierto es que, al producirse el tropezón, los pasos que lo separaban del punto de partida no eran muchos. Sus ojos, nublados por el llanto, que hasta entonces apenas distinguían confusas formas, se habituaron por fin a la indecisa oscuridad, y le mostraron una cara fresca, alzada hacia la suya. Recordó haber reparado en ella antes, en el Palacio.

--Soy Katie-- le aclaró la muchacha--, discípula de Doña Paquita... la menor de las discípulas.

Iniciaba la media luna su viaje, detrás de una masa de empinados edificios, y su incierta luminosidad confería a los grupos reunidos alrededor, que hablaban en voz muy baja, un aire aún más fantasmal. Creció entonces la extraña impresión de que la azotea flotaba sobre un tenue vapor resplandeciente, y toda ella era un velero que se engolfaba en el mar despacio, a la deriva. El bote encantado de Shelley, el bajel de Lohengrín, la nave de la Muerte... embarcaciones secretas... En medio fluctuaba el Palacio de los Cisnes.

El Bebe advirtió que hasta él ascendía el aroma delicioso de la juventud. Lo reconoció, porque era también su perfume. Ahora se esbozaba más y más el dibujo del semblante de Katie, ofrecido, tendido hacia el suyo, en la grisácea tiniebla. Vislumbró los ojos almendrados y no pudo rescatar su color, pero notó que también lloraban. Adivinó la respingada nariz, la boca grande y pulposa. Los brazos, las piernas de ambos, se tocaban casi. Ahí, a escasos centímetros, se brindaba el elixir, la pócima feérica, lo único capaz de liberarlo de la opresión que lo agobiaba desde que en el dormitorio imperó la Muerte. Se inclinó y, espontáneamente, sus labios y los de Katie se fundieron. Como él, ella necesitaba beber el zumo de la Vida, sentir que vivía, incólume, cerca del testimonio cruel del fin siempre acechante. ¿Qué edad podía tener Katie? La menor de las discípulas... ¿Quince años? Se abrazaron, se estrecharon; las manos del uno recorrieron el cuerpo del otro. Y se abrazaron y se besaron de nuevo y de nuevo y de nuevo, averiguándose, conociéndose, como quien descubre, como quien desea, como quien ama, pero asimismo como quien conjura, como quien exorciza.

Hubo, pasadas las once, un movimiento en la terraza, entre los inmediatos a la escalera, y se calculó que se trataba del esperado sacerdote. No era así. Los que hicieron su dramática entrada, repartiendo a izquierda y derecha saludos indecisos, recelosos, eran Madame Rabínskaia y Salomón Pupko. Venía Noemí totalmente vestida de negro, cubierta la cabeza por un negro chal. Doña Paca sabía que su ex alumna se había encariñado con el poeta, con quien conversó varias veces en el Palacio. Por ello, no bien se enteró del deceso de Charlemagne, se lo avisó, barruntando que ese sería

quizás un medio para restablecer los vínculos rotos y... vaya uno a saber... para recuperar el suprimido Teatro Smart. Cuando el joyero pasó a su lado (pues tanto ella como el vetusto Viento de Otoño habían dejado de rezar y velar a Aníbal y habían sido reemplazados por Teté Morgana y el Pichón Reyna), la profesora consideró un favorable augurio la casi ceremoniosa inclinación de cabeza que le dedicó el opulento protector de Noemí Rabín. Ignoraba que no la veía; que ni él, ni Madame podían ver a nadie, en la nocturna oscuridad que no disipaba la luna débil. Sólo contemplaban, al término de la azotea frontero de la calle Paraguay, la habitación donde yacía el muerto, flanqueado por dos cirios, y que resplandecía como un diminuto escenario.

Entraron ambos en esa habitación, y aquellos que en la terraza permanecían, se desplazaron, empinaron y torcieron, como si el cuarto de Charlemagne fuera, efectivamente, un proscenio en el que se iba a desarrollar un espectáculo que no debían perder. No se equivocaban, y la curiosidad recibió su premio, porque Madame Rabínskaia, para asombro del público, asumió una actitud magníficamente teatral, propia de la gran bailarina que no era. Entreabrió su mantilla, ante la indignada sorpresa del señor Pupko, y entonces se vio brillar sobre la desnudez de su amplio escote el oro y la plata del collar de la Orden del Cisne, copiado del que rodeaba al escudo, en el antiguo comedor. Retrocedieron el Pichón y Teté, simultáneos, como si el cuadro fuese dirigido por Morgana, y la hermosísima Noemí, radiante, se dobló con la elegancia de la que carecía al danzar, sobre el cadáver amarillento y blanco. Lentamente, noblemente, desprendió el collar de los Duques de Cléves y lo colocó sobre el pecho de Charlemagne. Fulguraba, encima del rosario de venturinas, en la candidez del camisón.

A poco, salieron Madame y Pupko, quien sobre el hombro, lanzaba inquietas miradas a la abandonada joya. Los siguieron, dos minutos después, Teté y Reyna. El muchacho traía en la mano una corta vela encendida, cuyos destellos, al bailotear sobre sus rasgos, indicaban hasta qué punto habíase modificado su aspecto. Enmarcando su fisonomía trigueña, reemplazaba a las triangulares patillas y a las ensortijadas y pegoteadas mechas interrogantes, características del chulo, la lacia guedeja del probable retrato de Lorenzaccio de Médicis por el Parmigianino. La llama, agitándose, inflamaba el cabello rojizo y ralo de Teté. También él traía algo en la mano: unos papeles. Progresaron paulatinamente, con la cera prendida, hasta el centro de la terraza, como un abate singular a quien escoltara su monaguillo, y la atención se trasladó del cuarto del traductor hacia la insólita pareja. Ondulaban los asistentes, como apariciones. Alguno rememoró el fatal desfile de antorchas, en "Hipólito", y lo conmovió un escalofrío. Teté tosió, se alisó el pelo, y dijo, recurriendo a su experiencia histriónica:

--Hace algún tiempo, dentro de un libro de Charlemagne, Andía encontró un extraviado manuscrito del poeta. Lleva adherida una nota redactada así: "Estos son los veinte primeros versos de una composición que John Keats escribió en setiembre de 1816, cuando tenía veintiún años. Están dedicados a Charles Cowden Clarke, su amigo desde el colegio Enfield". He pensado-- agregó Teté-- que el mejor homenaje que podemos tributar a Aníbal Charlemagne, es leerlos. Será un responso, un responso poético. El de la Iglesia vendrá más tarde.

(Y el director evocó, con lucidez instantánea, irresistible, a Monseñor Anselmo González y lo muy bien que hubiese quedado allí, revestido de su sotana espléndida y salmodiando los versículos del responso... pero Monseñor no pisaba el Palacio de los Cisnes.)

Aproximó el Pichón algo más el fuego mezquino, y Teté Morgana se puso los anteojos para declamar:

*"A menudo observáis a un cisne altivo y torvo
coronar con su pecho su propia sombra blanca;
hace cimbrear su cuello bajo el agua brillante,
tan callado que un rayo luminoso parece
que de la Vía Láctea llegó. Más tarde juega.
A la náyade Céfiro, con desplegadas alas,
enamora, o encrespa la lisura del lago
tratando de alcanzar, en su faz cristalina,
unas gotas, diamantes que luego acopiará
para, sin apurarse, beberías en su nido.
Pero ni un solo instante consigue asegurarlas,
ni tampoco atraerlas a tan suave descanso,
porque se precipitan, ansiosas de ser libres
y de caer, lo mismo que en lo eterno las horas.
Como esa ave estoy, con el tiempo perdido,
en cuanto me aventuro por arroyos de rimas.
Quebradas barca y remo, desgarrada la vela,
navego lentamente, sin saber casi a dónde,
y aún recojo en el hueco de mis manos el agua,
mas ni un solo diamante tembloroso conservo."*

De un soplido, Ronaldo apagó la vela. Sobrenadaron en la lobreguez de la vigilia, bajo una luna y unas estrellas exangües, las imágenes armoniosas. Keats añadía su barca a la de Shelley; a esa otra barca también, tan sombría como la de la Muerte, en la que se supone que los cisnes arrastran a la Noche, por aguas de tinta y de azabache, así

como se admite que los corceles color de perla y de nácar tiran del carro del Día, en la pompa del sol. La emoción ganaba a la concurrencia, quizás hasta a Leonardo Calzetti, corazón de poliedro, hasta a Salomón Pupko, corazón de diamante. Pero no, el inalcanzable señor Pupko vigilaba, desde la azotea, el fulgor de su collar. Y Clotilde Rapellini Acosta, Atenea, filatélica, matemática y estudiosa de inglés, recordó que Keats medía un metro con 52,4 centímetros, que sufrió por ello y fue desgraciado en amor. Recordó cuánto lo habían atacado los críticos, cuando publicó su "Endymion" admirable. Y meditó en el trabajo que significaría para muchos críticos regresar a la tierra, desde el trasmundo, a borrar palabra a palabra sus editados desaciertos, hijos a menudo de la frustración.

Así como se perturbó la paz de la terraza, con el arribo de Salomón y Madame Rabínskaia, tornóse a desazonar con la llegada de un desconocido grupo. Formábanlo una señora mayor, de luto, obviamente sofocada por las interminables escaleras, y tres niños de ocho a doce años. Pronto se difundió que eran una hermana de esa esposa fugaz de Charlemagne cuya memoria se desvanecía en la niebla de los lustros, y sus nietos. La dama cruzó el embaldosado recinto, rumbo a la cámara mortuoria, sin detenerse sino para declarar su parentesco al primero que le presentó la casualidad, y que resultó el Viento de Otoño, quien ante ella humilló, en reverencia de ballet cortesano, su peluca gualda y sus dientes flamantes, y prosiguió, trajinera, avizora, como una cacareadora gallina con sus pollos, hasta arrodillarse y hacerlos santiguar, espantados, encorbatados de crespón, a medio metro de los despojos descoloridos. Aún más, besó y los obligó a besar la frente helada de ese hombre a quien no habían visto nunca y que no olvidarían jamás, pues engendraría sueños atroces, y entre tanto sus ojos, que desorbitaba el bocio exoftálmico, revisaban palmo a palmo la pobre pieza, y se detenían, atónitos, como redondos insectos que el fuego encandilara, sobre la extravagante cadena de los duques de Cléves. Al observarlo, y sospechando que quizás la señora se juzgase su heredera, corrió Salomón Pupko y apresuróse a quitarla del pecho de Aníbal Charlemagne, a quien confería una apariencia de remota y policroma estatua tumbal, de monumento fúnebre de cruzado, como esos Godofredo de Bouillon y Balduino, Rey de Jerusalén, a los que una leyenda imagina hijos del misterioso Caballero a quien condujo el Cisne hasta Maguncia. La cuñada desposeída consideró que el resto no valía nada, ni siquiera el dibujo de Lohengrín que luego se llevaría el Bebe, y desfiló, cloqueante, encrestada, pechugona, con sus pollos aterrados a la zaga, camino del gallinero familiar que era fácil representarse repleto de carpetas de ñandutí, y de macramés distribuidos en respaldos y brazos de sillones. (Estos últimos lienzos, defensores contra pomadas y brillantinas, se llaman antimacasares: vaya palabreja.)

La visita de su hermana política, aunque fue la última que los sentidos de los amigos y allegados de Charlemagne pudieron captar, no fue la postrera que acudió al mortuorio lecho. Invisible, inaudible, impalpable, resbalando sobre un rayo de luna, bajó la mujer que había adorado en él al niño precoz y al adolescente tímido, y estuvo de pie, pero sin tocar el suelo, junto a Charlemagne. Luego, la tía Iphigénie, la Tante Iphigénie de la chacra de Chascomús, acarició con sus dedos de aire el rostro yerto, y se alejó, liviana, volandera, undoso el vestido largo, como un hada vieja y sonriente que, en lugar de allegarse a una cuna se detuviese ante un féretro, porque sabe que no son más que etapas del mismo itinerario. Y su gesto cariñoso no fue de adiós sino de bienvenida.

La noche profunda se había adueñado ya de la azotea. Aprestóse Salomón Pupko a partir, arrastrando a Noemí Rabín, a cuyo cuello había ceñido con la cadena célebre,

como con un collar de perro, cuando osó detenerlo el portero Ramón, temeroso de que desapareciese sin despejar una duda que lo roía.

--Señor Salomón-- le dijo el andaluz--, un asunto hay que me hace hervir la sangre. En verdad... los nuevos propietarios... la señora Niní y el señor Efraín... ¿pueden desalojar la casa?

Oyeron la pregunta los demás interesados y, desentendiéndose de lo que hacían o charlaban, aguardaron, ansiosos, la respuesta. Hasta el Bebe Andía desanudó los brazos de Katie, para escucharla. Pupko se hinchó como un sapo que fuese orejudo, narigudo y ventrudo: la mención del nombre de Efraín bastaba para enfurecerlo, y muy tupido tenía que ser Ramón, al pronunciarlo delante de él. Aferró con su espesa mano (la del rubí) la nuca de Madame Rabínskaia, y decidió que la casa estaba condenada y que era inútil alimentar las ilusiones de esos infelices. ¡Que la echasen abajo, ladrillo a ladrillo! ¡Que ni rastros quedasen de ella y del jodido Efraín! ¡Que el sitio que ocupaba se convirtiese en un baldío, o en uno de esos solares vejados donde se depositan automóviles! ¡Y que a Efraín lo mordiese y devorase la enfermedad venérea, debajo de sus zorros azules, apollillados y leprosos! ¡Maldición!

--Sí-- contestó, presentándole al español su máscara más fuerte, su terrible jeta dominante--, pueden hacerlo. Pueden demolerla, si construyen en su reemplazo otro edificio y con ello se triplica la capacidad locativa.

Quedó Ramón en ayunas de lo que se le decía, pero no se resignó a confesar su ignorancia y adoptó una expresión grave. Más tarde, en los corrillos del vecindario, explicaría que el Palacio se podía derribar "si se capacitaba su triplicidad locativa", frase hermética que, a menudo, era acogida con el mismo grave gesto.

Pero si él no comprendió el distingo de Salomón Pupko, comprendieronlo los restantes, y por encima de las voces atropelladas de protesta, levantóse la de Calzetti, quien demandaba, pomposo, si se los iba a indemnizar.

--No-- replicó el joyero, experimentando al hacerlo una alegría malsana, entiendo que no, que si se cumple con esa cláusula, no hay indemnización.

--Pues parecería-- rezongó Ramón-- que es lo que buscan: plantar aquí uno de esos que se rascan en el cielo.

Holgadamente se inferirán las obscenidades y malos conceptos de la madre de Efraín, que llovieron desde diversos rincones. Era lo que aspiraba a provocar el digno artífice. Acto continuo, Noemí y él se retiraron. El señor Pupko había proyectado volver directamente a su casa, pero la alusión a Efraín lo impulsó a modificar sus planes. En su casa se agazapaba, acechando el ruido de la llave al girar en la cerradura, su mujer gorda y tonta, que le serviría el problema invariable e insoluble de sus hijos hippies. No, no sería ahora. No, por favor. Ahora, la hermosa Madame Rabínskaia tendría que acompañarlo al departamento de la calle Las Heras, para vengarlo de Efraín y de su mujer.

Detrás de ellos partieron los Morales, después de tantear y estrechar la mano de todos, en la oscuridad, y de jurar que de "El Cisne Azul" no los arrancarían ni a

bayonetazos, y Ramón, que mascullaba improperios, en cuyo aluvión restallaban, como insultos, los vocablos "locativa" y "triplicidad". En breve los imitaron el benigno y varicoso Viento Otoñal y su contemporánea Doña Paca, quienes divulgaron que descendían al estudio de ésta, para quedar a la expectativa del sacerdote.

Matilde de los Santos de Fernández y Clotilde Rapellini Acosta se sentaron, codo con codo, a un paso del lecho donde Charlemagne se afinaba, modelaba, lustraba y pulía como un alabastro maravilloso. Avizoradas desde la azotea, erguidas y pacientes en el rectángulo de luz, parecían dos Parcas: Cloto y Átropos, en vez de Atenea y Artemisa. Movían las manos suavemente, como si hilasen, y cuando descubrieron un mate y empezaron a pasárselo y a sorberlo, se reforzó la alucinación de que manejaban objetos mágicos. La campana de la iglesia pregonó que estaban viviendo la primera hora del nuevo día. Pronto, los que velaban retornarían a sus hogares, y únicamente perseverarían ahí el Bebe, Leontina y Sebastián. Calzetti consideró oportuno el momento para interesarlo al crítico en su próxima e importante exposición. Caminó hasta donde se hallaba Sebastián y, con su típico empaque, inició :

--Mi querido maestro, dentro de una semana ...

No obstante el rigor de la oscuridad, alcanzó a percibir que su cordial enemigo se ponía un dedo en los labios. Ofendido, pretendió insistir, pero Nogales le oprimió el brazo derecho. Sólo en ese instante oyó, él también, la música. Elevábase, en ráfagas, serpenteando, desde el corazón del Palacio.

--¡Qué vergüenza!-- protestó el amo del Cubo--, ¡con un muerto aquí! ¡No se respeta nada!

--No... no...-- lo interrumpió Leontina--es el vals de "El Lago de los Cisnes". A Charlemagne le encantaba. Debe estar sonando en el tocadiscos de Doña Paquita. Si Don Aníbal puede oírlo, lo hará feliz.

Y se persignó.

Los restantes, entre los macetones, apoyados en la balaustrada, sentados en el banco de rajado cemento, aguzaron las orejas. Giraba en las escaleras la "Invitación al Vals" de Tchaicovsky, como una espiral cuyo término estuviese en la terraza. Y las discípulas de la señora Paca se estremecieron y menearon, cadenciosas, porque en su memoria se impuso el vértigo del pas-de-deux bailado por la Reina de los Cisnes y el Príncipe Sigfrido. Fue entonces, prodigiosamente, como si un aliento cálido, sensual, soplase sobre la azotea. Sebastián abrazó a Leontina; el Bebe a Katie; María Teresa a Nicolás; Teté al Pichón; Sonia a Rebeca; los alumnos de Calzetti a las alumnas de la señora Francisca; y el Poliedro se aisló, incomunicado, abandonado, pero abrazado a su Orgullo.

Un sinuoso y estirado maullido subrayó el supremo éxtasis. El gato Jazmín, espectral de tan blanco, cruzó la terraza. Su dulce queja, mezclada con el inspirado ritmo, vibró como una revelación. Y los que se encontraban en vísperas de abandonar el Palacio, expulsados por el victorioso Efraín, notaron un mínimo oscilar, como si trepidase la antigua arquitectura. Un rumor que crecía y crecía y se mudaba en batir de alas, lo invadía todo. Los cisnes se iban. Los cisnes se iban del Palacio de los Cisnes. Como los cisnes del cuento de Andersen a su hermana Elisa, trasladaban con ellos al alma de

Aníbal Charlemagne. No en vano es el cisne, con el arpa y la nave, el símbolo del viaje místico hacia el más allá. Se llevaban el espíritu del poeta que los había amado, entre sus alas melodiosas, en "el leve almohadón de plumas".

Ahora atravesaban la hoz lunar. Algunos-- Leontina, el Bebe, Katie, un discípulo de Calzetti, el Pichón Reyna, los más ingenuos-- vieron recortarse sus opacas siluetas en la curva del satélite, como en un haikai o como en un exquisito biombo japonés. Volaban los cisnes etéreos, sobre las ambiciones, sobre las envidias, sobre el deseo, sobre la pasión, sobre la tristeza, sobre la duda, sobre la humana debilidad, lejanos y puros.

--¿Qué pasa?-- gritó Teté.

--Nada... nada... silencio...-- lo tranquilizó con dulzura el Bebe.

Y los cisnes se perdieron en la noche.

"El Paraíso", 7 de setiembre de 1976 - 11 de enero de 1977.